

CIEN CANCIONES PARA AMELIA

*Su desaparición ocultaba
un secreto inesperado*

Un nuevo y enigmático thriller de

Maruja Moyano

CIEN CANCIONES PARA AMELIA

Maruja Moyano

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© 2019 Maruja Moyano

1ª Edición 05/2019

Maquetación de la versión digital: Nerea Pérez Exposito de Imagina Designs

ÍNDICE

[AMELIA](#)

[MATI](#)

[PEDRO](#)

[ENRIQUE](#)

[LUISA](#)

[TRINIDAD](#)

[ANTONIA](#)

[AURORA](#)

[ROBERTO](#)

[MANUEL](#)

[BLANCA](#)

[VICTORIA](#)

[ALEJANDRO](#)

[GUILLERMO](#)

[DE NUEVO AMELIA](#)

AMELIA

El día que Amelia desapareció parecía un día normal, como cualquier otro. El otoño hacía semanas que arrancaba hojas de los árboles plantados a la entrada de aquel pequeño patio de vecinos y el viento las arremolinaba obcecadamente junto al pozo situado a la derecha de la entrada de mi casa, justo enfrente de la de Amelia

Apenas había comenzado la tarde y corrí, como cada jornada, con mi pedazo de pan con chocolate, a pasar unas horas con ella, a contarle los pormenores de mi mañana escolar y, mientras me rehacía las coletas con aquellas manos finas y hábiles, escucharla cantar las canciones de aquella época en la que las heridas de la contienda continuaban sangrando y el Madrid de principios de los años sesenta se llenaba de gentes de otras partes de España, que escapaban de la miseria de sus pueblos y se encontraban de bruces con más miseria.

La puerta estaba cerrada, extrañamente cerrada, porque en aquel tiempo las puertas se cerraban solo de noche y la casa de mi vecina siempre estaba abierta y más a aquella hora en la que yo solía visitarla. Apliqué la oreja a la madera después de llamarla varias veces sin obtener respuesta, y volví sobre mis pasos mordisqueando con desgana el chocolate, defraudada por el inesperado plantón de mi vecina.

Nadie había echado en falta a Amelia aquella mañana. Los hombres partían muy temprano hacia el trabajo, aquellos que lo tenían, los demás salían también temprano a buscarlo por las obras y los talleres. Había que caminar un cuarto de hora hasta llegar a una parada de autobús que comunicaba aquel barrio marginal y apartado con el centro de la capital y otros barrios colindantes y más afortunados. Excepto Pedro, un joven al que una bomba en el año 44, siendo un niño pequeño, le había amputado una pierna y le había dejado privado de la visión de un ojo cuando jugaba con otro niño en el campo. Él vivía con su madre, ya anciana, que recogía chatarra y la revendía para abastecerse de lo más básico; los niños y niñas, que en aquella época abundábamos, acudíamos a la escuela muy pronto, aliviando la carga de trabajo de nuestras madres durante unas horas; las mujeres trabajaban sin descanso desde el amanecer: después de preparar el almuerzo de sus maridos y el bocadillo que los hijos que ya iban a la escuela comerían en el recreo, calentaban la leche para todos —en el caso de que tuvieran—, después salían con los orinales repletos de porquería a volcarlos en el descampado anexo a aquel conjunto de casitas en las que habitábamos, y que crecía con el paso de los meses sin permiso ni control.

Aquel era un barrio colonizado por la miseria, sin agua corriente ni alcantarillado, con luz eléctrica enganchada quién sabe cómo, rodeada de campo con escasos árboles y un buen montón de basura. Sus habitantes, en su mayoría inmigrantes andaluces, luchaban a diario por sacar la cabeza de los barrizales de los días de lluvia y las colas de leche en polvo para sus hijos, como resultado de una parte del acuerdo del régimen franquista con EEUU, a cambio de la instalación de bases militares en territorio español.

Pero como decía, nadie echó en falta a Amelia. Yo insistía en preguntarle a mi madre dónde estaba Amelia, y ella, molesta y un poco celosa por mi interés, me daba razones vagas que no acababan de convencerme: «Se habrá ido a comprar un vestido nuevo», «Estará durmiendo todavía, total, no tiene mucho que hacer», «Déjame en paz y haz los deberes». Nadie atendía a mi preocupación, ni mi madre ni las vecinas del patio. Nadie. En realidad, nunca se hace mucho caso a los niños, y en aquellos años menos aún. Nadie parecía percatarse de que mi angustia, la

angustia de una niña de cinco años, era algo lo suficientemente importante como para pararse un momento y escuchar.

Fue la señora Josefa la que dio la voz de alarma avanzada la tarde, cuando al sacar agua del pozo encontró las gafas de Amelia con un cristal roto enganchadas en el cubo. Recuerdo que, a pesar de mi escasa edad y de que no entendía muy bien la situación, el hecho de que todas las vecinas acudieran curiosas y alertadas a contemplar aquella pesca fortuita, evidencia de que algo andaba mal en el vecindario, me produjo cierto alivio. ¡Por fin se habían dado cuenta de que Amelia había desaparecido! Padecía una miopía lo suficientemente importante como para impedirle marchar sin sus gafas.

Entonces comenzaron los golpes en la puerta, los gritos de llamada, los corrillos y los comentarios morbosos sospechando que ella, mi querida Amelia, pudiera estar en el fondo del pozo de cuyas aguas bebíamos los habitantes de aquel patio; o tal vez un ataque repentino la hubiera dejado muerta o postrada, incapaz de moverse y abrir la puerta. Unas vecinas jaleaban para tirar la puerta abajo, otras, más prudentes, preferían llamar a las autoridades y que se hicieran cargo de una posible desgracia. Tardaron mucho en decidir qué hacer, hasta que dos vecinos en moto marcharon hacia el puesto de policía más cercano —y bastante lejano— para alertar del incidente.

Era ya de noche y me encontraba acostada en mi cama, a punto de sumergirme de lleno en el sueño, cuando los vecinos volvieron acompañados de varios policías. Escuché las voces de los adultos y el ruido del motor del coche patrulla. Me asomé a la ventana: todo el mundo estaba reunido en el patio frente a la casa de Amelia. Sonaron varios golpes en su puerta y la llamada potente de una voz masculina que achaqué con acierto a los uniformados. Por fin, el estruendoso golpe de una patada en la puerta de Amelia resonó en la noche en medio del sepulcral silencio de los vecinos expectantes.

La casa de Amelia estaba vacía. Digo vacía porque ella no estaba; en cambio, su humilde pero primorosamente decorado hogar se presentaba ante los circunstanciales invasores pulcro y acogedor. Yo lo conocía bien, no era necesario entrar para visualizar cada detalle de aquella casa. Empecé a llorar al pensar en que aquellos hombres revolverían sus delicadas pertenencias, aquellas que yo no volvería a tocar jamás. Supe, porque me lo decía el corazón desde un lugar no identificado dentro de mí, que no volvería a ver a Amelia, que los días de dicha en los que me cantaba sus canciones mientras trenzaba mi pelo; que me enseñaba fotos de los años en que actuaba en los teatros; que me permitía disfrazarme con sus zapatos y sus complementos de coloridas plumas... aquellos días en los que con dulzura me llamaba «carita de ángel» habían desaparecido para siempre con ella.

Al día siguiente sondearon el pozo, cuyas aguas abastecían a un buen número de familias, y comprobaron que no albergaba cadáver alguno, calmando así los peores temores de los vecinos preocupados por su salud. Yo también me alegré, pero no porque temiera contaminarme con los fluidos de un cuerpo muerto, sino porque al menos estaba segura de que Amelia no se había ahogado en aquel oscuro y profundo hueco al que a los niños y niñas del patio se nos tenía prohibido asomarnos. Una vez lo hice bien agarrada al cuello de mi padre y me dio pavor mirar hacia aquellas profundidades negras como el mismísimo infierno; al menos eso es lo que me sugirió aquel abismo interminable y oscuro, y también fue esa la intención de mi padre: provocarme un sentimiento de miedo hacia el pozo y mantenerme alejada de él.

No recuerdo con claridad qué pasó después. Las idas y venidas de gente a aquella casa, posiblemente la policía y algunos familiares que fueron localizados, se mantuvieron durante

algunas semanas. Lo que sí recuerdo es un profundo sentimiento de tristeza, un vacío que permaneció dentro de mí durante mucho tiempo. Lloré la ausencia de Amelia como si hubiera sido la de mi propia madre.

Creo que escuché la palabra «muerte» por primera vez durante los días que siguieron a la desaparición de Amelia. Aquella palabra me produjo una sensación de desazón inexplicable. No sabía muy bien qué pasaba con la gente que moría. Decían los mayores que tras la muerte las personas subían al cielo si habían sido buenas, o caían a las llamas de un infierno aterrador si habían sido malas. Amelia debía estar sin duda en el cielo, no podía imaginármela en ningún otro lugar si no estaba a mi lado, así que dirigía mis ojos hacia lo alto, escudriñaba con los ojos semicerrados entre las nubes; trataba de mirar directamente al sol con mis manos por visera; buscaba verla, una señal, un saludo, sus rasgos dibujados en el aire... cualquier cosa que me indicara que no la había perdido para siempre. No era posible que se hubiera marchado, ni siquiera al cielo, sin despedirse de mí, eso no era propio de ella.

A veces escuchaba hablar a mi madre con otras vecinas, y al acercarme curiosa callaban o decían bajando la voz: «Que no lo oiga la niña». Y aunque era muy pequeña, me producía enfado, me sentía absolutamente sola ante una pena que no me permitían compartir con nadie. Eran mi pena y mi soledad mucho más grandes que el pecho que las albergaba.

Ni siquiera mi madre conseguía calmar los llantos nocturnos que ella atribuía a pesadillas y terrores infantiles. En realidad, cada noche creía que al despertar todo sería como antes, pero nunca fue así, la verdad se me mostraba implacable cada amanecer.

* * *

Tan solo hacía tres años que Amelia ocupaba aquella casita con patio. Tres años desde el milagro, o eso decía mi madre al recordar lo que pudo haber sido un drama en mi casa y que, gracias a la vecina recién llegada, no llegó a pasar.

Unas pocas semanas desde que aquella mujer joven, sola y peculiar se instaló en su casa frente a la mía, ocurrió algo inesperado. Era invierno y anochecía pronto, mi madre planchaba y mi padre aún no había vuelto del trabajo. Yo era muy pequeña y lloriqueaba aburrída y soñolienta después de tomarme un vaso de leche con galletas. No había mucho más. Mamá decidió acostarme, más que nada por quitarme de en medio para que la dejara trabajar tranquila en sus quehaceres. Al poco de acostarme, dejé de lloriquear y mamá continuó con su plancha creyéndome dormida. El viento silbaba frío en el exterior. Ella acabó pronto con la plancha y entró en el pequeño cuarto para asegurarse de que estaba bien arropada en mi mantita, pero lo que encontró le hizo gritar de horror: yo estaba boca arriba, fría y con los ojos abiertos, inmóvil y segregando una espesa espuma blanca por la boca.

Abrió la puerta de la calle gritando desesperada y pidiendo ayuda; los vecinos abrieron sus puertas. También Amelia. Ella fue la primera en entrar, me cogió en brazos y me tumbó en el suelo de la cocina mientras todo el mundo se arremolinaba impotente a nuestro alrededor. Con su propio pañuelo limpió mi boca por dentro y por fuera y comenzó a presionar rítmicamente mi pecho, soplando aire en mis pulmones de tanto en tanto. Aquel masaje cardíaco duró unos minutos que a todos les parecieron interminables; eso es lo que me contaron años después. De pronto comencé a llorar con todas mis fuerzas, despertándome de no se sabe qué triste sueño. Mi corazón latía y mis pulmones se llenaban de aire y lo exhalaban de nuevo.

El médico que me exploró pocas horas después no encontró nada anormal en mi organismo; un ataque, dijo que debió de ser, pero no determinó de qué, ni creo que lo supiera. Cualquier reacción médicamente inexplicable que experimentara una persona, se le llamaba «un ataque», de qué o de quién era lo de menos, pero se salía del paso con aquel diagnóstico genérico y peregrino. Jamás volvió a repetirse en mi vida aquel episodio tan extraño.

Puede decirse que Amelia me dio la vida por segunda vez. No sé si fue por eso que ambas nos queríamos como si me hubiera parido ella misma.

A pesar de los recelos y los prejuicios de las vecinas de aquel patio hacia Amelia — incluyendo a mi madre—, aquel acto de valor tan resuelto de la extraña y recién llegada vecina aportó un sentimiento de respeto hacia ella por parte de todos.

El agradecimiento de mis padres también se mostró a lo largo de los años que siguieron hasta su desaparición en 1965. No impidieron jamás que compartiera con ella tantas horas, tantas tardes en las que me hizo sentir tan feliz, porque ella, Amelia, tenía ese don: me hacía feliz, alegraba mis días entre canciones, boas de colores y *zapateaos*.

Con ella aprendí a bailar y a cantar aquello que llamaban «coplas», y con mis escasos años y mi pequeña estatura le ponía toda la gracia que una niña pequeña era capaz de poner a aquellas canciones de letras atrevidas.

Ella nunca negó que había trabajado como bailarina en los teatros; contrariamente a eso, lo llevaba con mucho orgullo. Eso se lo escuché contar a mi madre años después. Decía que se vio obligada a dejar su profesión por sus problemas de visión, aquella miopía que en pocos años se había incrementado y que le obligaba a ponerse gafas, aunque solía quitárselas en la mayoría de ocasiones cuando se encontraba en compañía de otras personas que no fueran yo, por pura coquetería. Ella era así: preciosa y coqueta.

No debía de contar más de veintiocho años. Alguien pagaba el alquiler de su casa y le enviaba dinero a través de giros postales que le llevaba Mariano, el cartero. La mujer de Mariano, Petra, era prima de otra de las vecinas del patio, la señora Josefa, la misma que pescó en el pozo las gafas de Amelia el día en que desapareció.

Había todo tipo de comentarios acerca de Amelia: los extraños giros postales que le permitían sobrevivir; el pago del alquiler que el casero recibía mensualmente con un ingreso anónimo en su cuenta corriente; su soledad, que tan solo era rota por mis visitas cada tarde o las de una mujer que parecía ser la única amiga de Amelia y a la que vieron en escasas ocasiones.

Realmente ella salía poco. Suspiraba y cantaba, bordaba y me enseñaba sus canciones, sus bailes y sus historias llenas de color. A veces, su amiga llegaba y se marchaban juntas, pero Amelia siempre volvía pronto.

Recuerdo las tardes de verano en las que Amelia se sentaba frente a mí y enchufaba un viejo ventilador que ponía sobre la mesa. Tenía un pañuelito con bordes de encaje que a mí me encantaba. En una esquina llevaba bordadas sus iniciales con hilo azul: A.L.B. (Amelia López Barrera). Se secaba el sudor del escote y del cuello dándose pequeños golpecitos, y hasta aquel gesto suyo tan inocente imitaba yo.

Un año después de que las puertas de la casa de Amelia se cerraran para siempre, mi familia y yo nos marchamos a otra ciudad donde el trabajo era mejor y nuestra vida sería más próspera.

Allí vi el mar por primera vez. Tan solo tenía seis años, y aquella inmensidad azul llenó mis pupilas y me ayudó a adormecer el recuerdo de Amelia.

MATI

Matilde es mi nombre. Nunca me gustó, pero me acostumbré a escuchar en labios de los demás el diminutivo «Mati» y dejó de disgustarme.

Volví a Madrid cincuenta años después, cincuenta y dos exactamente. El director de la empresa nos convocó a una reunión de jefes de departamentos comerciales, había que hacer algunos ajustes en la estrategia comercial y de *marketing* y allí me encontré, acomodándome en una habitación de hotel del centro. Hacía mucho tiempo que no iba a Madrid.

El programa era reunirnos unas horas hasta el mediodía, comer juntos en un restaurante cercano a la oficina central de la empresa y continuar la reunión hasta ni se sabe cuándo. Luego, cena todos juntos en el mismo restaurante, una copa con los compañeros de trabajo, vuelta al hotel y por la mañana, tren hacia casa de nuevo.

Algo le ocurrió al director. Una indisposición inoportuna le hizo cancelar el programa de trabajo previsto y aplazarlo para la mañana siguiente a la misma hora. Todo el mundo había llegado ya y nos encontrábamos con ese fastidioso cambio de planes.

—¡Tranquilos! —nos advirtió su rubia secretaria acallando las protestas que empezaban a surgir—. ¡Todos los gastos de alojamiento y dietas corren por cuenta de la empresa! ¡Faltaría más!

En realidad no tenía nada programado para esos días, no me alteraba gran cosa estar un día más en Madrid. Un compañero me sugirió salir en grupo para visitar un museo. Conociéndole, debía referirse al Museo del Jamón y le dije que no.

Por alguna razón, el recuerdo de Amelia volvió con fuerza a mi mente. Desde que llegué a Madrid, y, sobre todo, desde que me anunciaron que la reunión de trabajo se aplazaba veinticuatro horas, rememoré aquellos años. Ni siquiera estaba segura de todos mis recuerdos. La mayor parte de las cosas que sucedieron hace cincuenta y dos años no eran más que sensaciones y sentimientos que nunca se durmieron del todo; pasajes borrosos de mi vida reforzados por las historias que sobre aquel tiempo he escuchado relatar a mis mayores durante años. Todas esas historias contadas cientos de veces han permitido que no se borren completamente de mi memoria.

No sé por qué sentí la necesidad de recorrer el barrio que dejé al marchar. Incluso me daba cuenta de que no tenía la certeza de cuál era el lugar exacto en el que se ubicaba mi antigua casa. Sentía curiosidad y deseos de acercarme a recordar los años de mi infancia, aquellos que viví allí, en esa ciudad que ya sentía tan desconocida, que siempre fue desconocida para mí.

Recordaba el nombre del barrio, no porque lo hubiera tenido presente todo ese tiempo, sino porque se lo he oído nombrar a mis padres durante años, así que me encontré de repente bajando a la calle y buscando con la mirada un taxi libre.

—¿Dónde vamos? —preguntó el taxista, solícito.

—A Orcasitas —respondí acomodándome en el asiento trasero.

Me miró a través del espejo retrovisor e insistió.

—Pero... ¿en concreto a qué calle?

Me quedé muda durante unos interminables segundos y, embargada por un sentimiento de ridículo, balbuceé una rápida explicación.

—Hace tantos años que salí de allí... no recuerdo la calle, solo que un descampado nos separaba de Usera.

El taxista se giró y me miró sorprendido.

—Cuando dice «años», quiere decir «muchos años», ¿verdad?

—Más de cincuenta —respondí.

El hombre comenzó a reír. Era una risa amable. Me miraba con cierta piedad. Medio calvo y con grandes bolsas bajo los ojos, aparentaba algunos años más que yo.

—Yo también viví en ese barrio hace muchas décadas —dijo, poniendo en movimiento el vehículo—. Ya no hay nada allí que pueda recordar —continuó—. Madrid ha cambiado mucho en cincuenta años, pero si usted quiere intentarlo, la voy a llevar a una zona del barrio que podría corresponder aproximadamente a esas señas que usted me cuenta, aunque le advierto que no va a encontrar nada de lo que busca.

Hablaba con ese acento castizo que yo debería haber conservado de no haberme marchado tan lejos siendo una niña, y sonreí al pensarlo.

Me dejó en una plaza no muy concurrida a aquellas horas. Chispeaba, y los transeúntes se paraban lo justo, a la puerta de los establecimientos o para abrir los portales de sus casas.

En efecto, todo me resultaba ajeno, desconocido. Caminé bajo la débil lluvia por todas aquellas calles; primero las que encontré alrededor de la plaza, después amplíé la zona de búsqueda, anhelando ver algo que me resultara familiar. Al cabo de más de una hora me di por vencida. El taxista me había advertido bien: no quedaba nada. A mi alrededor se alzaban edificios de pisos, algunos locales comerciales y una zona deportiva donde algunos adolescentes jugaban al fútbol jaleándose los unos a los otros. Pero ni rastro de aquellas casitas bajas de estructura humilde, ni del descampado que yo recordaba. Las calles se llenaban ahora de vehículos, pero en mis recuerdos solo había niños jugando a la pelota entre charcos o corriendo por medio de la calle sin apenas coches. Yo misma, cuando no estaba disfrutando de la compañía y los cuidados de Amelia, me recordaba jugando con otras niñas, inventando juegos sin juguetes en medio de la calle.

Decidí dejar de buscar. Había sido una idea absurda arrastrada por el romanticismo, y suspiré experimentando una punzada de tristeza. Había perdido incluso el escenario de mi infancia y la esperanza de encontrar algo de Amelia que siguiera manteniendo una llama viva en mi recuerdo; hasta eso se apagaba.

Me dirigí de nuevo a la plaza donde el amable taxista me había dejado hora y media antes. La lluvia arreciaba y corrí a resguardarme bajo el saliente de un balcón, junto a una tienda de frutas de nombre árabe que exponía su colorida mercancía en la puerta del establecimiento.

Miraba caer la lluvia con fastidio, pensando dónde encontrar por allí algún taxi que me devolviera a mi hotel. En mi deambular de las horas precedentes no había visto ni una sola parada de taxis donde acudir, así que barajé la posibilidad de utilizar el autobús. No estaba lejos de una parada, pero desconocía la dirección que tomaría y corría el riesgo de alejarme aún más de mi destino. Resolví que lo más eficaz sería entrar en la tienda y preguntar por un número de radiotaxi; no había tenido la previsión de pedirle al taxista que me llevó hasta allí una tarjeta para poder utilizar sus servicios más adelante. ¡Mi maldita impulsividad! A mis años aún no había cambiado aquel defecto que tantos problemas me había causado a lo largo de toda mi vida. Le hacía más caso al corazón que a la cabeza, y no siempre había sabido combinarlos.

—Bueno, lo he intentado —me dije a mí misma, tratando de perdonarme aquel nuevo ataque de romanticismo que había acabado en nada.

En dos pasos me planté en la puerta de la frutería al mismo tiempo que un anciano salía del establecimiento. Casi chocamos de frente. «Perdón», dije sin fijarme siquiera en él, y le cedí el paso. Sin embargo, mi mirada se posó en su espalda ligeramente doblada. Caminaba apoyado en

una muleta. Me fijé entonces en que le faltaba una pierna y que en su mano libre sujetaba una bolsa con fruta.

No sé por qué salió aquello de mí, fue algo involuntario. Ese impulso inconsciente del que siempre me quejo pero que me domina a mi pesar: mi boca se abrió y emitió un nombre, algo en lo que ni siquiera fui consciente de estar pensando; fue como si otra persona hablara a través de mí.

—¡Pedro!

El anciano paró su lento caminar y giró su cabeza mirándome con extrañeza, mirándome... con un solo ojo. Observé entonces su párpado pegado en una cuenca hundida bajo unas cejas pobladas y blancas como el resto de su pelo.

—¿Nos conocemos? —preguntó inclinando hacia un lado su cabeza, con su ojo entornado, intentando recordar mi cara.

—No... no creo... no sé —balbuceé—. Ha sido una tontería —continué balbuceando mientras el anciano escudriñaba dentro de mis ojos—. Conocí hace muchos años a un Pedro, y era... era... así —dije avergonzada mirando su muleta.

El hombre se giró entonces completamente hacia mí sin dejar de clavar su ojo en los míos.

—¿Años? ¿Cuántos años?

—Muchos —respondí—, más de cincuenta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

Callé un segundo para serenar mi voz.

—Me llamo Matilde.

—Matilde —repitió el hombre.

Siguió mirándome durante unos segundos eternos, pero su mirada traspasaba mi cara, mis ojos; su mirada atravesaba el tiempo y sentí que también mi alma.

—¿Mati? —exclamó abriendo mucho aquel único ojo velado por los años, y también, intuí, por el sufrimiento de una existencia poco afortunada.

Tragué saliva antes de responder.

—Sí. Así me llaman.

PEDRO

Los brazos de Pedro se abrieron, quedando por unos instantes equilibrando el peso sobre su única pierna. Yo di un paso inseguro hacia él sin saber bien qué debía hacer, qué tocaba hacer en aquel momento. Fue un instante incómodo para mí. En realidad no conocía a aquel hombre, aunque fuera el Pedro de mis desdibujados recuerdos en aquel patio. Realmente, siempre me dio un poco de miedo su aspecto, tan diferente del resto de las personas que me rodeaban. A veces aquel joven tullido se acercaba a mí y me saludaba, o me preguntaba por la escuela, tratando de obtener una sonrisa o unas palabras tímidas de mi boca. Lo único que consiguió siempre fue que echara a correr en dirección contraria. Aun así, reconozco que Pedro siempre fue un vecino amable y nunca hubo quejas de él, o al menos eso era lo que escuchaba de labios de mis mayores cuando la conversación versaba sobre aquel patio de mi niñez.

Pero en ese momento no tenía ya ni cinco ni seis años, tenía cincuenta y ocho. Toda una señora más que madura que debía responder como se espera de alguien bien educado, y Pedro me ofrecía aquel abrazo emocionado que esperaba respuesta; tal vez el único abrazo que podría haber recibido durante décadas.

Sin demasiada convicción le abracé y plasmé dos besos en sus mejillas. Entonces noté cómo temblaba. Olía a tabaco y a colonia barata y me sorprendió comprobar que la calidez de su beso en mi mejilla también me emocionó a mí.

Qué curioso es el destino, que nos lleva por caminos insospechados. Nunca pensé en Pedro. En realidad, nunca conocí a Pedro. No podría recordar ni una sola de sus facciones, solo reconocería a Amelia, solo sus palabras cariñosas, sus manos, su voz cuando cantaba, sus ojos risueños... solo a ella podría reconocer hoy mismo si se presentará ante mí, pero a Pedro... a Pedro no, ni a nadie de aquel patio de mi infancia.

De Pedro solo recordaba el miedo que me daba su aspecto tan diferente, tan terrorífico para mí, con su párpado pegado y hundido, apoyado en su muleta con la pernera doblada hasta la entrepierna y sujeto el tejido con un gran imperdible. Eso recordaba de Pedro.

Pienso en cómo nos moldean la mente, cómo nos la adaptan desde la más tierna infancia hacia un sistema injusto, repleto de tabúes y prejuicios que rechazan todo lo que no responde a lo establecido como perfecto, bello o bueno... cómo acabamos, sin saberlo, siendo cómplices de nuestra propia decadencia.

Pedro me recordaba a los seres malvados de los cuentos: brujas feas y perversas, ogros deformes y malos que se comían a los niños. Todo lo contrario a los seres bondadosos: princesas dulces, tímidas y bellas; príncipes hermosos y valientes, cabalgando seguros sobre sus corceles, casi siempre blancos.

Pedro representaba la imperfección, y por lo tanto lo percibía como alguien malo. Me aterrorizaba su presencia.

Pero ya no era una niña pequeña, ya me había convertido en una mujer madura, luchando contra la celulitis, las patas de gallo y la flacidez facial a base de dietas, cremas y potingues, buscando la eterna juventud para seguir siendo la bella princesa virtuosa que nos inculcaron como una obligación vital.

Y allí estaba yo, sentada en un sofá gastado, en el minúsculo salón de Pedro. Me había invitado emocionado a tomarme un café con él, a recordar aquellos tiempos de los que yo apenas guardaba

recuerdos. Pero él sí. Pedro guardaba muchos recuerdos de entonces y a mí me interesaba conocerlos, así que le seguí a su piso, una casa humilde en la primera planta de un edificio con fachada de ladrillos rojos, exactamente igual a los edificios colindantes. No había ascensor. Me sorprendió la habilidad con la que el hombre subía aquellos tramos de escalera que por suerte no eran demasiados.

Me sirvió café con leche y no permitió que le ayudara en nada. Sacó una caja de galletas que parecía llevar allí mucho tiempo esperando una visita a la que ofrecérsela.

La casa estaba limpia pero olía a tabaco, tal vez su único vicio.

—Has tenido suerte —dijo Pedro mientras colocaba la caja de galletas sobre la mesa—; la chica del ayuntamiento ha venido esta mañana.

—¿Qué chica?

—La que me mandan los servicios sociales cada quince días a limpiar la casa. Bueno —continuó—, yo también le doy un repaso casi todos los días, no te vayas a creer.

—Estoy segura de que te las arreglas bien —respondí dirigiéndole una sonrisa cómplice.

—Sí, he tenido que aprender a hacerlo. ¡A la fuerza ahorcan!

Nos miramos sin hablar durante un minuto, mientras bebíamos el café que él había preparado, pero yo había ido a buscar mi pasado y parte de él estaba frente a mí, así que quise saber.

—Cuéntame cosas de ti, Pedro. ¿Hace mucho que vives aquí?

Pensó un momento mientras miraba con lentitud a su alrededor.

—Más de treinta años. Esta casa la conseguimos a través de un programa de esos de los servicios sociales del ayuntamiento. Al poco de venir, mi madre falleció.

—Lo siento —dije mirándole apenada.

—No, tranquila. Es ley de vida. Era ya muy mayor y llevaba enferma mucho tiempo. Ya ves, se quedó viuda siendo muy joven y al poco yo tuve aquel accidente, ya sabes, aquella bomba olvidada de la Guerra Civil que me dejó así para siempre. Al otro niño le mató.

—No lo sabía.

—Claro, cómo lo vas a saber. Tus padres también serían niños por aquel entonces. Yo me recuerdo así de siempre. Era muy pequeño cuando sucedió.

Suspiró hondo, apartando los recuerdos y la tristeza que por un momento me pareció ver ensombreciendo su cara. Dejó su taza sobre la mesa y se acomodó en el sillón.

—Seguro que tú tienes cosas más interesantes que contar. ¿Te has casado? ¿Tienes hijos?

No me apetecía nada hablar de mi vida, tenía más curiosidad por saber qué pasó en aquel patio, pero las circunstancias me obligaban a contarle al menos algo sobre mí.

—Bueno... sí. Me casé y me divorcié hace casi cinco años. Tengo un hijo de veintiséis, se llama Guillermo, vive con su novia desde hace más de seis meses. Yo trabajo en una empresa publicitaria y dirijo uno de los departamentos, o sea, que en estos momentos soy una mujer libre y entregada a su trabajo, con una vida social no demasiado extensa. En fin, tengo lo que necesito y me siento bien así.

—¡Vaya! —exclamó Pedro—. Las cosas te van bien y eso me alegra, pero te divorciaste, eso no es buena noticia.

—¡Qué va! —reí—. Estoy mejor que nunca, te lo aseguro.

—Y tienes un hijo —sonrió—. Eso está bien.

Se hizo un silencio de pronto. Un silencio durante el que Pedro no dejó de mirarme fijamente antes de romperlo con su voz calmada, suave, como si no quisiera despertar a un niño.

—Pero tú no has venido hasta aquí por casualidad. ¿Qué te ha empujado a volver a este barrio?

Le miré, buscando en su cara surcada de arrugas las respuestas a todas las preguntas que se me habían agolpado en la mente durante tantos años.

—¿Qué pasó aquel día, Pedro? ¿Qué le pasó a Amelia?

—No lo sé, pero te enseñaré algo.

Apoyado en su muleta, el anciano salió del salón entrando a una de las habitaciones. Al cabo de un par de minutos, regresó con una carpeta de cartón azul en la mano. Apartó las tazas de café y las galletas y abrió aquella carpeta cerrada con gomas cruzadas, poniendo ante mis ojos un buen puñado de fotos. Fotos en las que, de una forma o de otra, aparecía Amelia.

—Mira —dijo Pedro ofreciéndome una de ellas—. Esta es mi favorita.

Era un primer plano de Amelia. Se asomaba a aquel recuadro en blanco y negro apoyando el mentón sobre uno de sus puños, sonriente y mirando fijamente al objetivo.

—¡Qué guapa era! —exclamé con profunda nostalgia.

—Era preciosa —suspiró Pedro acariciando la imagen.

Puso ante mí otra foto en la que aparecía un grupo de gente. Reconocí el pozo y me reconocí también a mí, de la mano de mi madre.

—¿Te acuerdas de esto? —preguntó Pedro.

—No, te aseguro que no me acuerdo.

—Fue durante las fiestas de la Virgen de la Paloma. Decidimos hacernos una foto casi todos los vecinos del patio.

Pero yo no reconocía a nadie, excepto a mi madre y a mí cogidas de la mano, Amelia un poco más allá y, por supuesto, a aquel muchacho joven, que hubiera sido guapo de no ser por su ojo cerrado y hundido. Estaba sentado con su muleta a los pies; una mujer mayor y con un moño tirante en la nuca apoyaba las manos sobre sus hombros. Imaginé que era su madre, aunque no fui capaz de recordar su cara. Otros tantos vecinos completaban el grupo, mientras media docena de chiquillos se sentaban en el suelo a los pies de sus mayores. Yo era la única niña que se mantenía de pie junto a mamá. Le di la vuelta a la foto y leí una inscripción: «La Paloma 1963».

—No reconozco a casi nadie.

—Ya me lo imagino.

Y siguió enseñándome fotos. En otra de ellas, Amelia posaba en medio de dos amigas. La de la derecha apoyaba su cabeza en el hombro de Amelia en actitud amigable; la de su izquierda parecía mucho más joven que ellas y también de menor estatura. Estaban sonrientes y tras ellas se podía leer el cartel del Teatro Maravillas.

Otra de las fotografías me llamó la atención: Amelia se sentaba junto a la misma chica de la foto anterior, la que parecía más amiga o más cercana; a ambos lados de ellas, dos hombres que sujetaban sendos cigarrillos humeantes. Amelia miraba al que se situaba a su lado. Era una mirada especial, como de admiración. El hombre era un joven de bigote oscuro y traje a rayas de buen corte; el otro era un poco mayor, canoso en las sienes y también vestido con un traje de chaqueta cruzada. Ambos flanqueaban a las chicas apoyando un codo en la barra que tenían tras ellos.

Mientras yo miraba una a una las fotos que había colocado frente a mí, Pedro escarbaba entre los recuerdos que contenía aquella carpeta azul. Sacó aún dos cosas más que atrajeron mi atención poderosamente: un carné de identidad y una carta. Los puso sobre la mesa y me miró esperando la inevitable pregunta.

—¿De dónde has sacado eso?

Sujeté en mi mano el documento. La foto de Amelia estaba plasmada en aquel DNI. No aparecía muy favorecida, aunque indiscutiblemente era su nombre y confirmaba que le pertenecía.

—Amelia López Barrera —leí en voz alta.

Le di la vuelta al documento. Era muy antiguo, de tamaño grande y con los extremos medio despegados por el paso del tiempo. Seguí leyendo.

—Nacida el 4 de abril de 1937 en Pedrezuela, provincia de Madrid, hija de José Luis, de profesión agricultor, y de Amelia, de profesión S.L. (sus labores).

Volví a mirar a Pedro sorprendida.

—¿De dónde has sacado el DNI de Amelia?

—Ahora te lo contaré. Mira esa carta.

Leí primero el sobre. Estaba dirigida a ella y en el remite se podía leer: Luisa López Barrera, y una dirección del pueblo donde figuraba su nacimiento.

—¿Alguna hermana suya? —pregunté.

—Eso parece.

Abrí el sobre y saqué el papel doblado en cuatro. Estaba fechada el 3 de marzo de 1962.

Mi querida Amelia:

Espero que al recibo de esta te encuentres bien, padre, madre y yo, estamos bien gracias a Dios.

Madre me ha pedido que te escriba sin que lo sepa padre, ya sabes que sigue sin querer saber de ti. Él cree que no hemos contactado contigo desde que te fuiste a Madrid porque esa era su voluntad, por eso no le hemos contado tampoco lo de la niña, total, para qué. Sin embargo, tanto madre como yo estamos sufriendo mucho por ti.

Madre quiere que sepas que reza todas las noches para que las cosas te salgan bien y puedas volver de nuevo a casa, que a padre se le pase el disgusto algún día y te abra los brazos otra vez.

Dentro de dos semanas tengo que ir a Madrid a visitar a la tía Cándida. Está muy malita y las primas me dijeron que me pasara alguna vez por allí, por si el Señor se la lleva y me pueda despedir de ella, así que les dije que sí, que iría para su cumpleaños, que ya sabes que son setenta y cinco. Le llevaré un regalo que madre está tricotando. Aprovecharé para ir a verte y también te voy a llevar a ti algunos embutidos que madre está preparando a escondidas y algunas cosas más.

Siento mucho todo lo que estarás pasando allí sola. Quiero que estés segura de que no te juzgo, que no me importa lo que te ha pasado, te conozco bien y sé que todo eso ha sido porque eres demasiado buena y hay gente mala que se dedica a engañar a los demás y a hacerles daño. A ti te ha pasado como a tantas chicas, pero eres mi hermana y nadie va a venir con cuentos para envenenarme contra ti.

Ya sabes que puedes seguir escribiéndonos a casa de la abuela Enriqueta, ella apenas se entera de nada. Ayer preguntaba que si había ido a verla su novio, ya ves, con ochenta y tres años y once hijos, nos sale ahora con esas. Nos moríamos de risa. Pobrecita.

Amelia, te quiero y pronto te daré un abrazo fuerte de mi parte y de parte de madre, que se muere por verte de nuevo.

Tuya que lo es,

Luisa.

Volví a interrogar a Pedro con la mirada. Él cruzó las manos sobre la mesa y comenzó a hablar.

—La tarde anterior a la desaparición de Amelia, vino a verla una mujer.

—¿La mujer de la foto? —señalé a la sonriente acompañante que se recostaba en su hombro.

—No. Amelia apenas recibía visitas. Esa mujer de la foto era su mejor amiga, o a lo mejor su única amiga, no sé. Ella venía de vez en cuando, pero no con demasiada frecuencia, y las dos se marchaban juntas, aunque Amelia jamás volvió más tarde de las once que yo recuerde. Solo esa chica y otra, a la que solo vi dos veces, que con seguridad era su hermana; bastante más joven que ella pero se parecían mucho, por eso creo que era su hermana. Esas fueron las únicas personas que yo recuerdo haber visto de visita en su casa. Pero la mujer de la que te hablo solo la vi esa vez. Era una mujer mayor pero muy bien vestida. Desde luego no era de este barrio. Vino en un coche que se quedó aparcado fuera, junto al descampado. Ya sabes que las únicas casas del patio que tenían un pequeño jardín trasero vallado eran la mía y la de Amelia, que estaban pared con pared. Nuestros patios daban a la parte trasera. Desde allí se veían bien la carretera, el camino que atravesaba el descampado y los pisos de Usera, que estaban al otro lado de él.

—Apenas recuerdo nada fuera de aquel patio y de su pozo —aclaré encogiéndome de hombros.

—Claro, ¿cómo te vas a acordar? Eras tan pequeña... A mi madre le molestaba que fumara dentro de casa, así que me mandaba a tomar el aire cada dos por tres. Aquella tarde salí a fumar al patio cuando esa mujer tocó a la puerta de Amelia. Ella abrió y pude ver su cara, entre sorprendida y enfadada. La hizo pasar y estuvieron un buen rato discutiendo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Discutían pero no gritaban. Posiblemente a ninguna le apetecía compartir su discusión con el resto del vecindario. Yo acabé mi cigarro y entré de nuevo en casa. Apliqué la oreja a la pared, pero mi madre me reprendió por ello y me aparté. No pude entender lo que decían, pero cuando vi por la ventana que la mujer salía dando un portazo, me acerqué a casa de Amelia. Por la ventana de su cocina la vi sentada, sollozando con la cara entre las manos. Me quedé tan petrificado que solo pude observarla unos momentos sin atreverme a llamar. Luego volví a mi casa. No podía dormir esa noche, preocupado por ella. Debí dormirme de madrugada y cuando desperté, sobre las ocho, no se oía nada en casa de Amelia. Pensé que le había pasado como a mí y que estaría durmiendo, pero su puerta no se volvió a abrir.

—Pero ella ya no estaba.

—No. Se debió marchar mucho más temprano, aunque nadie se cruzó con ella. No sé a qué hora se pudo ir.

—¿Le contaste eso a la policía?

—Sí. Por eso no hubo caso.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando la policía forzó la puerta, encontraron la casa en orden. No había ningún cuerpo tendido en el suelo ni en ninguna parte; todo estaba ordenado. No había motivo para sospechas de ningún tipo, sobre todo cuando yo les conté que ella estaba viva cuando se marchó la visita. Concluyeron que simplemente se había marchado unos días y que había sido una falsa alarma.

—Pero, ¿y las gafas? ¿Por qué estaban rotas en el pozo?

—Tampoco eran suficiente motivo como para pensar que le había pasado algo. Se le pudieron caer o las pudo tirar... no lo sé.

—Pero ella nunca volvió. ¿Qué pasó entonces con la casa?

Pedro suspiró y tomó de nuevo en sus manos la foto de Amelia.

—Reventaron la cerradura y la casa quedó abierta. No podíamos dejarla así, tanto si volvía como si no lo hacía. Me ofrecí para hacer guardia aquella noche. Nadie se opuso. Al día siguiente pondríamos una nueva cerradura por si ella volvía y para evitar que entraran extraños. Dormí

sobre su cama, oliendo su ropa y llorando su ausencia. Por la mañana dejé entreabierta la puerta de atrás y me marché.

—¿Por qué la dejaste entreabierta?

—Quería volver, tumbarme de nuevo en su cama y soñar que ella volvería.

—Estabas enamorado de Amelia.

—Hasta los huesos. Desde la primera vez que la vi, aun sabiendo que ella jamás me miraría, o al menos no me miraría como a un hombre, pero yo no podía dejar de serlo. Tener una discapacidad física no te inhibe del resto de capacidades.

Apreté su mano, callosa por el roce continuado de años de sujetar su muleta, con el corazón encogido por su tono de rabia contenida, por el brillo de las lágrimas que ahora asomaban a su ojo y que no pudo contener.

—Lo sé, Pedro. Lo sé.

—Fue tu padre quien puso la nueva cerradura la tarde siguiente, pero yo empecé a pasar a su casa a través de la tapia del jardín.

—¿Cómo lo hiciste? Era imposible que pudieras saltar la tapia.

—No saltaba. La tapia que nos separaba era de madera. Los tablones eran viejos y los clavos estaban bastante oxidados. Había uno especialmente deteriorado, solo tuve que forzarlo un poco. Yo era muy delgado en aquella época, pero estaba fuerte y era hábil, como todos los muchachos de veintipocos. No resultó difícil pasar a su jardín y de ahí a su casa por la puerta trasera.

—¿Y tu madre?

—No sabía nada. Aprovechaba cuando ella se iba.

—Y durante esas incursiones escarbabas en sus cajones.

Lo dije con un gesto de reprobación.

—Por favor, tienes que comprenderme, Mati. Era lo único que podía hacer, buscar, tratar de entender por qué o por quién no volvía.

—¿Encontraste algo? ¿La clave de aquel asunto?

—No. Pero cuando entré al día siguiente pisé algo junto al fregadero.

—¿Qué pisaste?

—Cristales.

—¿Cristales? ¿Tal vez los cristales rotos de sus gafas?

—Sí. Eso parecían, los cristales de sus gafas.

Le miré intrigada.

—¿Y no dijiste nada?

—¿Qué iba a decir y a quién? ¿Que había entrado a hurtadillas en casa de mi vecina y que descubrí los cristales que faltaban en las gafas que sacaron del pozo? ¿Cómo crees que hubiera caído eso en el patio? Hubiera sido el foco de todas las sospechas.

—Entonces ¿qué hiciste?

—Ya te lo he dicho: buscar. Empecé a abrir cajones esperando encontrar una pista que me indicara adónde podría haber ido. Pero no encontré nada excepto esta carta y todas las fotos en donde ella aparecía.

—¿Solo había una carta? Es imposible.

—No, no es que solo hubiera una carta, había más, claro, pero esta me llamó especialmente la atención. En las otras no decía nada que se saliera de lo normal, ya sabes: *Todos estamos bien, en el pueblo ha pasado esto o aquello, me alegro de que las cosas se hayan calmado en tu vida y estés más repuesta...* en fin, nada que me indicara algo significativo.

—Ya. Y esta carta dice cosas que no están nada claras.

—Sí, esta carta está escrita pocas fechas después de que Amelia fuera a vivir a aquella casa. Nunca supimos qué hacía Amelia allí. No tenía nada que ver con ninguno de nosotros. No era una mujer como el resto de las vecinas del patio. Una mujer sola, joven. Siempre dijo que había trabajado como bailarina y como actriz de reparto en el teatro. Nunca lo ocultó, lo llevaba con mucho orgullo. Pero sus problemas de visión la obligaron a dejar aquel trabajo que tanto le gustaba. Nadie contrataba a una chica que necesitaba gafas para moverse en el escenario. Al menos eso era lo que ella nos contó.

—¿Y crees que no era verdad?

—Yo no digo que no fuera verdad, de hecho era cierto que necesitaba gafas de cristal grueso, aunque no las llevara siempre puestas. Lo que digo es que había más cosas que nunca nos contó, y que tal vez fueran la causa por la que se marchó y no volvió más.

Releí de nuevo la carta:

... Siento mucho todo lo que estarás pasando allí sola. Quiero que estés segura de que no te juzgo, que no me importa lo que te ha pasado, te conozco bien y sé que todo eso ha sido porque eres demasiado buena y hay gente mala que se dedica a engañar a los demás y a hacerles daño. A ti te ha pasado como a tantas chicas, pero eres mi hermana y nadie va a venir con cuentos para envenenarme contra ti....

Volví a doblar la carta metiéndola en el sobre.

—Engaños... sufrimientos... no te juzgo... te ha pasado como a tantas chicas... Parece estar hablando de un desamor, tal vez de un amor prohibido; sin embargo hay algo que no me cuadra. Por lo que le oí a mi madre contar durante estos años, el alquiler de la casa de Amelia lo pagaba alguien a quien nadie conoció jamás.

—Sí —asintió Pedro—, y cada mes recibía un giro que le daba en efectivo el cartero.

—Cuéntame eso. No acabo de entenderlo y no parece encajar en esta historia.

—Solo puedo decirte hasta donde yo sé.

—De acuerdo, dime.

—Verás, Mariano, el cartero, jamás despegó los labios; en parte porque era un hombre prudente, y en parte porque, de haberlo hecho, seguramente hubiera perdido un trabajo seguro y bien remunerado para los tiempos que corrían, y que seguramente se lo debía a algún buen enchufe.

—¿Por qué supones eso?

—Porque era cuñado de Josefá, la que vivía junto a tu casa, y lo comentó en más de una ocasión. Pero como te decía, el giro solía ser puntual cada mes y debía de ser una cantidad suficientemente buena, porque a Amelia nunca le faltó de nada en la mesa, incluso a veces ayudaba a otras vecinas en apuros. Fíjate en ti, por ejemplo. Tu padre estuvo parado muchísimo tiempo y solo hacía chapuzas de vez en cuando, sin embargo nunca os faltó de comer.

—Es verdad.

—¿Quién crees que ayudaba a tu madre a llenar la despensa?

No pude evitar la emoción en aquel momento. Las lágrimas se me desbordaron y rebusqué un pañuelo entre las mil cosas que llevaba en el bolso.

—¿De verdad?... ¿Amelia nos ayudaba?

—Amelia siempre ayudaba.

—Mi madre nunca mencionó eso.

—Pues debió hacerlo. Tu madre tenía un punto de orgullo que debió haberse tragado.

Reconocí en mi interior que a Pedro no le faltaba razón. Mi madre tenía algunos defectos y ese era uno de ellos. Tal vez por eso no me apartó de Amelia durante todo aquel tiempo. A pesar de los celos que le tenía y que hasta yo misma evidenciaba, Amelia fue un apoyo en mi familia, no solo porque me daba la merienda casi todos los días, sino porque compraba los alimentos de los que una familia no podía prescindir. Comprendí algunas cosas en aquel momento.

Me soné la nariz y me sequé las lágrimas.

—Sigue contando, por favor.

—El casero era un hombre que no se dejaba ver mucho por allí, pero a nadie se le escapaba que retozaba con la señora Virtudes, una viuda con dos hijos, bastante llenita y con unos pechos enormes, que trabajaba para él en una tienda de ultramarinos en Usera. Todos decían que era la única del patio que no pagaba alquiler, que se lo cobraba en carne al casero.

Nos echamos a reír los dos.

—¿Y era cierto?

—No lo sé. Nunca me interesó saberlo, pero fue ella la que hizo correr la voz de que el casero recibía un dinero fijo todos los meses por el alquiler de la casa de Amelia, y que era un secreto muy bien guardado; que su jefe había sido amenazado de muerte si decía el nombre del protector de Amelia.

—Es posible que eso sí fuera cierto.

—Es posible —confirmó Pedro.

—Sin embargo, tú dices que jamás fue a visitarla ningún hombre.

—Te aseguro que no.

—Eso no tiene sentido —suspiré—, en aquella época se hablaba de que los hombres de cierta posición tenían «mantenidas», pero dudo mucho que lo hicieran sin visitarlas ni mantener relaciones con ellos.

—Yo diría más aún —apuntilló Pedro—. Las «mantenidas» las tenían en buenos pisos, pero no en casitas sin agua corriente en una barriada marginal de Madrid.

Me eché hacia atrás en mi asiento.

—Buena observación. No me cuadra nada esta historia.

Repasé en mi mente fugazmente todo lo que Pedro me había contado, tratando de encontrarle lógica a los hechos.

—¿Qué pasó con el resto de enseres y la ropa de Amelia?

—Pues, siguiendo con el tema del casero, resultó que el siguiente mes de alquiler al parecer no fue pagado, como tampoco hubo visita de Mariano con el giro postal.

—¿No?! —exclamé sorprendida.

—No. Fue el mismo casero el que se puso en contacto con la familia de Amelia para que desalojaran la casa. Esa fue una de las pocas veces que vi a su hermana. Tu padre le dio la llave de la nueva cerradura y al cabo de dos o tres días vino un camión de mudanzas y vaciaron la casa.

—Pero tú ya te habías llevado todo esto.

—En efecto.

Miré de nuevo las fotos.

—¿Puedo llevarme alguna?

—Puedes llevarte lo que quieras, menos mi favorita.

—¿La carta también?

—Si la quieres, llévatela.

Cogí algunas de aquellas fotos, las primeras, aquellas dos en las que posaba con su amiga, e incorporé la carta al lote que metí en mi bolso.

—Estoy pensando —dijo de pronto Pedro— si no te apetece tomar conmigo una copa. No suelo beber mucho, pero creo que el que hayas venido después de tanto tiempo merece celebrarlo.

No podía decir que no. Acepté la invitación de Pedro, que sacó una botella de Anís del Mono que llevaba esperando abrir desde la Navidad anterior. Mientras él servía dos copitas, volví a remirar las fotos que aún estaban esparcidas por la mesa. En algunas de ellas, Amelia aparecía vestida con trajes de escena, algunos de ellos típicas batas de cola con las que interpretaba, seguramente, las coplas que tanto le gustaba cantar. Eran fotos fechadas en los años cincuenta. Solo había una fechada por detrás en 1961. Seguramente, después de ese año no hubo más representaciones, no hubo más teatro y la corta vida artística de Amelia se acabó.

—Me acuerdo de este vestido —señalé en una de las fotos—. Lo tenía en su armario y siempre me gustó.

Pedro me ofreció la copita llena hasta el borde. Sorbí un poco antes de brindar para evitar que se derramara el contenido sobre el mantel.

—Yo os solía escuchar —dijo Pedro cerrando los ojos, rememorando de nuevo aquellos días—; escuchaba cómo cantaba ella y cómo repetías tú cada estrofa. Cómo reía y cómo te enseñaba el *zapateao* que llegaste a dominar tan bien.

Me eché a reír, cerré los ojos yo también y visualicé la escena que Pedro me describía. Dentro de mi cabeza sonó la música y entonces no pude evitar que de mi garganta saltaran las palabras, los versos y la melodía de aquellos días...

*Qué tiene la Zarzamora,
que a todas horas
llora que llora por los rincones...
ella que siempre reía y presumía
de que partía los corazones.
Lleva anillo de casao me vinieron a decir
pero ya lo había besao y era tarde para mí.
Que publiquen mi pecao,
y el dolor que me devora,
y que tos me den de lao
al saber del querer desgraciao
que embrujó a la Zarzamora.*

Pedro empezó a aplaudir. Yo tomé mi copa de un trago y él volvió a llenarla.

—Tienes una voz tan bonita como ella —declaró Pedro entusiasmado.

—No me negarás que aprendí bien —respondí entre risas.

—No podría negarlo. ¿Cómo era aquella otra que cantaba como si fuera una nana?

—¡Ah! ¡Sí! Te debes referir a esta:

*Te quiero más que a mis ojos,
te quiero más que a mi vida,
más que al aire que respiro
y más que a la mare mía;*

*que se me paren los pulsos si te dejo de querer
que las campanas redoblen
si te faltó alguna vez.
Eres mi vida y mi muerte,
te lo juro compañero
no debía de quererte,
no debía de quererte,
y sin embargo, te quiero.*

Bebimos y cantamos durante un buen rato, hasta que los vecinos empezaron a dar golpes en la pared. Entonces me di cuenta de la hora que era.

—¡Dios mío, Pedro! Es más de la una y mañana, bueno, dentro de unas horas, tengo una reunión de empresa.

—Quédate si quieres —se ofreció él—, yo puedo dormir en el sofá.

—¡No, por Dios! Pido un taxi y me voy al hotel. Tendré que ducharme y cambiarme de ropa. Pero no va a ser la última vez que nos veamos.

A Pedro se le entristeció la voz, tan alegre un momento antes.

—¿Volveremos a vernos?

—¡Pedro! —reí—. Estoy muy borracha, pero no lo suficiente como para olvidarme de ti.

Saqué una tarjeta de mi bolso y se la entregué.

—Este es mi teléfono. Ahora anótame el tuyo. Te prometo que estaremos en contacto.

Cuando llegué al hotel pasaban de las dos y media de la madrugada. Intenté que mi embriaguez pasara desapercibida cuando pedí la llave de mi habitación, pero no estoy segura de que diera resultado.

Durante mi trayecto en taxi las náuseas habían ido aumentando y no veía el momento de llegar al hotel, pero una vez allí corrí al cuarto de baño y metí la cabeza dentro del inodoro con el tiempo justo de vomitar hasta el desayuno del día anterior.

Me tumbé en la cama vestida. Todo me daba vueltas, aunque vaciar el estómago contribuyó a que me sintiera un poco mejor, y sin darme cuenta me sumí en el sueño.

Las imágenes pasaban por delante de mis ojos a una velocidad pasmosa. Amelia me cantaba, pero no podía escuchar su voz, solo sentía la caricia de sus manos en mi pelo. Luego la vi bailar como ella hacía, con el tocadiscos puesto, enseñándome los pasos. Ella giraba y giraba, la falda se movía y se alzaba mostrando sus muslos blancos; un revolotear de volantes a mi alrededor, como si yo formara parte de aquel vestido; levanté los brazos y me convertí en ella, bordando el aire con las manos, frunciendo el ceño en un quejido largo; taconeé el suelo con unos zapatos negros y los volantes de mi vestido se volvieron olas... olas que me arrastraron mar adentro mientras a ella la veía en la orilla cada vez más pequeña; me llamaba, pero su voz no se oía por el estruendo del mar, solo veía su boca abrirse y gritar, extendiendo sus manos hacia las mías cada vez más lejanas. Fue lo último que recordé antes de abrir los ojos. El ruido de las olas se convirtió de pronto en un timbre insistente. Eran las siete y media de la mañana y de recepción me llamaban siguiendo mis instrucciones del día anterior.

Me costó levantarme. El dolor de cabeza era agudo. No recomiendo a nadie una resaca de anís. Dejé que el agua de la ducha corriera sobre mi cara intentando despejarme al máximo. Sentía la boca pastosa incluso después de cepillarme los dientes.

Cuando llegué a la sala de reuniones me di cuenta de que no era la única asistente con resaca. Los ojos enrojecidos de mis compañeros evidenciaban muy pocas horas de sueño. Eran los peligros de tener una noche libre en Madrid, lejos de la familia que no podía controlar las horas de juerga y la cantidad de copas que eran capaces de ingerir antes de caerse al suelo.

Dudo que la reunión fuera muy fructífera para casi nadie, a pesar de que todos nos empeñábamos en poner atención; sin embargo, hubo más de una respuesta torpe y fuera de contexto que nos hizo estallar en carcajadas. Hubiera sido mejor anular la convocatoria e intentarlo unas semanas más tarde, pensé. Pero luego recordé el motivo de mi dolor de cabeza y se me dibujó una sonrisa. No, volví a pensar; ha estado bien quedarme esta noche en Madrid.

Abrí el bolso para buscar mi agenda y topé con la carta y las fotos que me había entregado Pedro. Aunque me lo hubieran jurado un millón de veces, jamás me podía haber imaginado que encontrarme medio siglo después con aquel muchacho tullido que me aterrorizaba de niña, hoy convertido en un viejo solitario, me iba a alegrar tanto.

ENRIQUE

Teníamos comida de empresa, y al terminar cada cual cogería su camino de vuelta a casa.

Debí haber esperado a que la mesa estuviera más concurrida para acomodarme en alguna silla vacante lejos del estúpido de Enrique Casado, un pretencioso de 45 años dispuesto a matar a su madre por un puestecito a la derecha del jefe. Pero no fui lo suficientemente avispada y, como me temía, él me buscó y se sentó a mi lado.

—¡Hola, Mati! ¿La silla está libre, verdad?

—Ya no —le respondí con la mayor sequedad de la que fui capaz.

—Vamos, mujer —me dedicó una estudiada sonrisa—. He venido a felicitarte.

Le miré extrañada.

—¿De qué hablas?

—De tu intervención. Ha sido la más brillante entre tanta mediocridad. Te habrás dado cuenta de que he sido el primero en aplaudir.

—Sinceramente, Enrique, ni siquiera me he fijado en que estabas en la sala.

Se echó a reír. Una risa exagerada y teatral. Así era él: cínico y manipulador. Un auténtico gilipollas.

—Y también para decirte...

Ahora era yo quien se reía.

—¡Acabáramos! Ahora sabremos exactamente para qué me buscas.

—¡Cómo eres, Mati! Solo quería decirte que el contrato con Gil & Gil se firma mañana. Me volví mirándole de frente.

—Eso ya lo sé.

—Pero lo que no sabes es que el proyecto lo voy a dirigir yo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé exasperada—. Ese proyecto lo he llevado a cabo yo desde el principio.

—Por favor, Mati, no te pongas así. Sabes perfectamente que Gil & Gil ha contratado gracias a mi intervención, por eso Roberto ha decidido que lo dirija yo.

—¡Eso no es cierto!

—Claro que lo es.

—¡No, Enrique! Gil & Gil estaban interesados en él desde mucho antes de que tú metieras las narices. Siempre haces lo mismo, te apropias del trabajo de los demás. ¿Qué has hecho tú?

—Convencerles de que era la mejor opción.

—¡Por favor!... Ni siquiera serías capaz de explicárselo.

—Pues, como ves, he resultado muy convincente.

—Eres un cabrón, Enrique. Roberto y tú os podéis meter el proyecto y a Gil & Gil por el culo. Volvió a reír como si le hubiera contado un chiste.

—¡Me encanta tu sarcasmo, Mati!

No le respondí. Me levanté tan bruscamente que la silla se volcó contra el suelo. Ni siquiera me paré a recogerla. Salí del local sin mirar atrás. Ahora la cabeza me dolía con más intensidad que antes, y la agradable sensación que me dejó la noche anterior se había convertido en un cabreo monumental. Tenía ganas de estrangular a Enrique y también a Roberto por haberse dejado manipular de aquella manera por un personaje tan tóxico como aquel hombre.

Necesitaba calmar mi ansiedad y también mi estómago, así que entré en uno de tantos bares alrededor de Atocha. Pronto tuve delante de mí una cerveza grande junto con varias raciones de todo lo que me pedía el cuerpo. No era un día como para pensar en comida sana y recuento de calorías. Me importaba una mierda si me llevaba un kilo de más a mi casa aquella mañana.

Llegué con el tiempo justo de subir al vagón. Intenté relajarme en mi asiento mientras el tren se deslizaba a toda velocidad por la vía. Cada vez que cerraba los ojos se me aparecía la estúpida risa de Enrique. Decidí entretenerme con cualquier cosa, así que saqué del bolso las fotos que me dio Pedro para que la sonrisa volviera a mi cara avinagrada desde hacía casi tres horas.

Mi móvil sonó y la imagen de mi hijo apareció en la pantalla. Lo cogí rápidamente.

—¿Guillermo?

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal la reunión?

—De puta pena —resoplé.

Se echó a reír.

—¡Vamos, mamá! Eres demasiado perfeccionista, seguro que no ha ido tan mal.

—La reunión, no —aclaré—. Es que me he enterado por boca del imbécil de Casado de que se ha apropiado de todo el trabajo que mi equipo y yo hemos realizado en los últimos seis meses. Si tú crees que es para estar contenta...

—¡Vaya! Lo siento. ¿No hay forma de cambiar eso?

—Teniendo en cuenta que Roberto está de acuerdo, creo que no hay nada que hacer. Mañana se lo diré a los demás para que lo vayan encajando y, por supuesto, tendré unas palabritas con Roberto.

—No te pases, mamá, que te conozco. A ver si te vas a jugar el puesto.

—Con el cabreo que tengo en estos momentos, me trae al fresco el puesto.

—Bueno —insistió Guillermo—, por lo menos habrás hecho algo más que discutir con Enrique.

Recordé a Pedro.

—Sí, ya te contaré. Ha pasado algo agradable. Me encontré con alguien de mi niñez y me dio mucha alegría.

—Me alegro. ¿Cenas conmigo esta noche y me lo cuentas?

—Claro. ¿Qué pasa con Irene? ¿No estará contigo?

—Se ha ido unos días con su hermana a la casa de la playa. Estoy de Rodríguez.

—Vale. Te veo esta noche, cariño.

La llamada de mi hijo hizo que mi ánimo se calmara. Él tenía esa virtud. Hacía una semana que no hablábamos y ya lo echaba de menos. Compartiría con él toda la historia que Pedro me había contado. Recordé que nunca le había hablado de mi vida de niña, antes de que me fuera de Madrid y me instalara en Alicante. A Guillermo le gustaba escribir y seguro que le encantaría aquella historia.

Cerré los ojos, estaba muy cansada y esta vez sí los abrí llegando ya a mi estación de destino.

Aquella noche cené con mi hijo Guillermo. Se mostró interesado en la historia que le contaba y miró con interés las fotos y la carta de Luisa.

—Nunca me habías contado nada de esto, mamá.

—Nunca me preguntaste y tal vez no hubo ocasión para ello.

—¿De verdad desapareció sin dejar rastro?

—Así es —suspiré—, se la tragó la tierra.

—No creo que se la tragara la tierra, esas cosas no pasan. Alguien debe saber dónde está, viva

o muerta. De hecho, dices que cuando esta mujer desapareció, la persona que pagaba el alquiler y le enviaba dinero dejó de hacerlo de forma automática, luego debía estar al tanto de que nunca más volvería a aquella casa, y eso no lo sabía nadie más.

—Sí, es verdad, pero ha pasado mucho tiempo, Guille, más de medio siglo. No quedará casi nadie vivo de esa época.

—Pedro sigue vivo —insistió.

—Bueno, pero Pedro era unos años más joven que Amelia.

—¿Y su hermana Luisa? Pedro te contó que era mucho más joven que ella. ¿Cuántos años tendría Amelia ahora? ¿Ochenta?

—Sí, ochenta.

—Pongamos que su hermana tenga setenta, no son tantos años.

—Es posible. Buscaré su nombre en la guía telefónica a ver qué sale, pero no confío mucho en que esté localizable.

Realmente, aunque una parte de mí me instaba a seguir escurriendo para entender qué fue de Amelia, no era lo que más me preocupaba en aquel momento. Mi orgullo herido seguía escociéndome dentro del estómago y no podía dejar de pensar en que, al día siguiente, estaba dispuesta a enfrentarme a Roberto sin importarme las consecuencias.

No quería preocupar a mi hijo, así que no toqué el tema. Tampoco aquella noche pegué ojo. Di vueltas y vueltas sin conseguir alcanzar el sueño hasta que empezó a amanecer, y poco después me levanté lista para el combate, pero con unas ojeras difíciles de disimular.

Enrique no había llegado cuando entré en la oficina y me alegré de ello. No tenía ganas de verle la cara. Me dirigí directamente al despacho de Roberto. Llamé y entré sin esperar respuesta.

—Buenos días, Mati —saludó como si no pasara nada—. ¿Qué tal por Madrid?

—De puta madre.

Me senté ante él sin esperar a que me lo pidiera. No disimulé mi mal humor y, por su expresión, él tenía también muy claro cuál era el motivo de mi irrupción en su despacho.

—Imagino que estás así por lo de Gil & Gil —carraspeó.

—Imaginas bien.

—Te lo iba a decir esta misma mañana. No he tenido un minuto de tiempo hasta ahora.

—¡Vamos, Roberto! ¡Puedes hacerlo mejor! La firma es a las doce del mediodía, solo son las nueve de la mañana. ¿Pensabas decírmelo a las once y media? ¿Sabes lo que más me jode de todo esto? Que te he salvado el culo un millón de veces, que en los veinte años que llevo en esta empresa os he visto llegar, a ti, a Enrique y a otros cuantos hombrecitos más pasando por encima de mí, y escalar puestos mientras yo trabajaba y me mordía la lengua, pero esto se pasa de castaño oscuro.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Que se te ha discriminado por ser mujer? Eres jefa de un departamento importante, no se te ha discriminado en ningún momento.

—¡Oh, claro! Se me concedió la limosna de dirigir un departamento importante, ese es mi techo de cristal. Sabes muy bien que hace años que yo debería estar ahí, en el sillón que tú calientas cada día.

—Te estás pasando de la raya, Mati. Te guste o no, yo soy tu jefe y empiezo a estar harto de tus paranoias conspirativas de feminista rancia. Eso está ya muy sobado. Asume que te has quedado atrás.

—¡¿Ah, sí?! ¿En qué sentido me he quedado atrás? ¿Es porque soy una cincuentona que no os pone? —saqué a pasear mi ironía moviendo las caderas con descaro ante él.

—No quiero decir eso exactamente... entiéndeme.

—Pues yo te recuerdo que eres tan solo dos años menor que yo, pero vosotros os creéis irresistibles aunque se os caiga el pelo y echéis una barriga cervecera que os impida ataros los zapatos.

—No es eso, Mati, es que... Enrique ha dado algunos toques innovadores a este proyecto. La campaña quedaba algo sosa y él la ha revitalizado...

—¿Pero qué estás diciendo? —interrumpí—. ¿De verdad te crees lo que dices? ¿Cambiarle el color al envase del producto es revitalizar la campaña?

—No voy a discutir contigo sobre esto. Enrique tiene grandes dotes para las relaciones públicas y ha favorecido este contrato.

Le miré con todo el desprecio del que era capaz.

—¿Pero tú te estás escuchando, Roberto? ¿A que le llamas «grandes dotes para las relaciones públicas»? ¿A llevarse a los hermanos Gil a un puticlub de lujo? ¡Claro!, yo nunca encajaría en esa pandilla, pero seguro que tú sí. Es así como decidiste pasarle el protagonismo de este proyecto de campaña a Enrique, ¿verdad?!

—¡No es necesario que seas tan impertinente!

Empezaba a estar muy exasperado y yo tenía que rebajar tensión o aquello acabaría mucho peor para mí.

—No, Roberto, tienes razón, no voy a rebajarme tanto. Solo te recuerdo que Gil & Gil ya eran clientes, no es la primera campaña que les diseño. Enrique no les ha convencido de nada que no tuvieran previsto comprar ya, pero mira... —respiré hondo y le miré a los ojos—. Estoy cansada... muy cansada. El año pasado no cogí vacaciones, precisamente para dedicarme a diseñar este proyecto que vas a firmar sin mí en pocas horas. Pero está claro, para eso tengo un sueldo.

—¡Mati...!

—Déjame terminar, por favor. Quiero... necesito coger esas vacaciones. Esas y las de este año. Me las debes, me las merezco.

—¡Mati, no me hagas esto ahora, vamos a necesitarte...!

—¡Sí, para dirigir en la sombra lo que no va a ser capaz de hacer el inútil de tu amigo!

Roberto guardó silencio un minuto mientras me miraba con dureza a los ojos.

—Creo que tienes razón —exclamó por fin modulando la voz—, necesitas unas vacaciones. Habla con Recursos Humanos, te las autorizaré esta misma mañana.

Antes de salir de su despacho me giré de nuevo. Aquello me quemaba en mi interior.

—Una última cosa, Roberto. Algún día, más pronto que tarde, tú serás su víctima. Te quedarás mirando con cara de pasmado mientras te pisotea, pero te lo habrás merecido. Él es un jeta sin escrúpulos, pero tú eres un imbécil.

—¡Sal de mi despacho! —bramó—. ¡Ya!

Di un portazo al salir. Me hubiera gustado que la puerta de cristal del despacho de Roberto se hiciera añicos, cayendo tras mi espalda trozo a trozo sin dejar en pie ni la pared, pero no ocurrió. Era de muy buena calidad. Todos estaban mirando con caras muy serias, más bien expectantes. Enrique esperaba a que yo saliera para entrar con un portafolios bajo el brazo. Ni siquiera le miré, pero por el rabillo del ojo me pareció detectar una sonrisa irónica en sus labios. Había vencido... de momento.

LUISA

Me desperté descansada. Hacía tiempo que no tenía la sensación de haber dormido tan profundamente. Di un respingo al darme cuenta de que había demasiada luz al abrir los ojos. El despertador no había sonado y yo llegaba irremisiblemente tarde a la oficina, pero, una vez que salté de la cama, recordé que acababa de empezar mis vacaciones y me dejé caer de nuevo sobre el colchón pensando en cómo organizarme el día.

Había perdido la costumbre de disfrutar de mi tiempo, de dedicar a mí misma las horas que durante años había empleado en trabajar para los demás, incluyendo a la familia. Decidí empezar por ordenar mi bolso. De uno de los bolsillos interiores saqué un papel doblado: era un trozo de hoja de libreta con el número de teléfono de Pedro.

No sería mala cosa intentar localizar a Luisa López como me sugirió Guillermo, pensé.

Encendí el ordenador y rastree el nombre de Luisa López Barrera, pero no hubo ningún resultado. No aparecía ningún teléfono registrado con ese nombre.

Continué pensando en la forma de localizar a Luisa mientras me relajaba en la bañera con un té bien caliente, pero solo se me ocurrían inconvenientes. Luisa no tenía por qué seguir viviendo, medio siglo después, en aquel pueblo. O tal vez sí, pero o no tenía teléfono fijo o no estaba registrado a su nombre. A menudo los teléfonos figuran a nombre de los maridos y era muy probable que la chica se hubiera casado. Ambas posibilidades eran factibles. Bueno, aún quedaba un riesgo: que aquella mujer no estuviera ya entre los vivos.

Concluí que solo me quedaba un recurso: ir personalmente a aquella dirección. De nuevo la impulsividad de mi corazón le ganaba la batalla a mi cerebro. Sabía que era una locura, pero ¡a la porra todo! Estaba de vacaciones y me podía permitir el lujo de gastar mi tiempo como me diera la gana. ¿A quién tenía que rendir cuentas? A nadie. Amelia merecía aquel gesto por mi parte... y Pedro... y yo misma. No sería capaz de descansar sin saber qué pasó, cuál era aquel secreto que se llevó con ella sin saber hacia dónde... encontrarla viva o muerta. Si no lo conseguía, al menos lo habría intentado.

Cerré los ojos y le hablé como si pudiera oírme, como si estuviera allí conmigo.

—Voy a buscarte, Amelia. No voy a permitir que desaparezcas para siempre. No mientras tenga fuerzas y pueda intentarlo.

Preparé el equipaje aquella misma tarde.

* * *

A la mañana siguiente salí muy temprano, comí en un bar de carretera y solo descansé un par de horas durante el trayecto. Cuando llegué a Pedrezuela, iniciada ya la tarde, me encontraba bastante cansada, ya no tenía la vitalidad de otros tiempos aunque estaba en buena forma y me empeñara en mantenerme ágil. El pueblo no era muy grande, se veían construcciones recientes junto a viviendas antiguas, casi todas de una o dos plantas. Algunas de aquellas viviendas estaban remozadas sobre las estructuras de viejas casas de piedra, de muros anchos. La dirección fue fácil de localizar, estaba situada en el centro del pueblo. Aparqué en la misma puerta de un caserón que, igual que otras viviendas, había sido reformado con materiales más modernos; tenía una verja de hierro de un metro de altura que separaba la acera de una pequeña senda de adoquines de poco más de un

metro y de los tres escalones que daban acceso a la entrada principal. La traspasé, toqué el timbre y me aparté unos pasos. Pronto se abrió la puerta y asomó un chaval de unos quince años.

—Buenos días —saludé—. Estoy buscando a Luisa López, ¿vive aquí?

El chaval se me quedó mirando un poco alelado y, sin devolverme el saludo, respondió:

—No.

—¿Conoces a alguien con ese nombre en este pueblo? —insistí.

El chico no me contestó, se giró dándome la espalda y gritó desde la puerta:

—¡Abuelaaaa! ¡Una mujer pregunta por no sé quién!

Entró en la casa sin despedirse. Resoplé y esperé tomándome con humor aquel gesto de mala educación. No tardó mucho en aparecer una mujer gruesa de rizos canosos secándose las manos en un paño de cocina.

—Buenos días —saludé dirigiéndole una amistosa sonrisa.

—Buenos días —respondió la mujer—. ¿A quién busca?

—Estoy buscando a Luisa López, la última dirección que tengo de ella es en esta casa.

—Yo vivo aquí hace ya treinta y ocho años —dijo la mujer entrecerrando los ojos.

—Sí —continué—, pero quien busco debió de residir en esta casa mucho antes. ¿Es posible?

—¿Y cómo dice que se llama? —preguntó de nuevo la mujer.

—Luisa López Barrera.

—¡Ahhh! ¡Claro, es la francesa!

—¿La francesa? —me sorprendí.

—Sí.

La mujer bajó los tres escalones poniéndose a mi altura y continuó hablándome.

—¡Ni me acordaba ya del nombre! Verá: mi marido y yo compramos esta casa cuando nos casamos. Llevaba cerrada varios años, desde que los antiguos dueños murieron. La hija, que era la única heredera, vivía en Francia y venía los veranos, así que fue ella la que nos la vendió. Aquí la llaman «la francesa». ¡Cosas de los pueblos! —se rió levantando los hombros.

—Entonces —insistí decepcionada—, ¿no vive en España?

—Sí, hace unos años que volvieron. No les fue mal por allí, pero como casi todos acaban por volver al *terruño*, como dicen los gallegos.

Respiré aliviada.

—¿Y sabe usted dónde la puedo encontrar?

—Claro. ¿Es usted de la familia?

—Bueno... —busqué una excusa rápida que convenciera a aquella mujer—; soy... de la familia, sí. Una prima segunda. Le perdí la pista hace años y... pasaba por el pueblo... en fin, ya sabe, pensé en darle una sorpresa.

La señora asentía con la cabeza a mis palabras entornando los ojos. Tragué saliva y puse cara de añorar mucho el posible encuentro.

—Pues... —dijo al fin fijando la mirada al final de la calle—... No estoy segura de si es la primera o la segunda bocacalle girando por ahí. —Salió a la acera y señaló un punto—. Luego baja usted a la derecha y verá que se acaban las casas del pueblo. Ellos se compraron un chalet por ahí. Verá que tiene un jardín grande con rosales. A la francesa le gustan las rosas y tiene un jardín precioso. No tiene pérdida.

El corazón me latía fuerte cuando me despedí de la amable señora. Me temblaban las piernas cuando subí de nuevo a mi coche y encendí el motor. Tenía que contarle aquello a Guillermo, se iba a partir de risa. Siempre decía que me metía en unos líos descomunales porque era incapaz de

reprimir mis emociones, y no le faltaba razón. Aquel viaje le iba a parecer la locura más grande del mundo. Su padre hubiera opinado que, en efecto, yo no andaba bien de la cabeza. Por esas cosas y otras muchas acabamos como el rosario de la aurora. Mi hijo al menos se reía de mis locuras sin censurármelas, incluso me había llegado a decir que le parecía una madre genial, diferente de las otras madres que conocía entre sus amigos. Eso me animaba a seguir siendo yo misma. Si contaba con el apoyo de mi hijo, nada era imposible para mí.

Recordé de nuevo al viejo Pedro. Mientras me desplazaba calle abajo con mi vehículo, siguiendo las instrucciones de la mujer, pensé también que debía llamar a Pedro y contarle aquella aventura, aquel viaje improvisado en busca de Amelia... o de su hermana... o de lo que quedara de su vida. Estaba dispuesta a no tirar la toalla y descubrir qué le ocurrió fuera cual fuera el final.

No me costó mucho encontrar la casa. Tal y como la mujer de los rizos canosos me había indicado, a unos doscientos metros de las últimas casas del pueblo se levantaban varias viviendas rodeadas de jardín. La primera de ellas destacaba por el colorido de los rosales que la circundaban.

Se había levantado una ligera brisa fresca en aquel atardecer que me trajo el aroma de aquellas rosas como nunca antes lo había percibido. Aparqué en la puerta de la verja de barrotes altos, a través de los cuales se podía admirar el fabuloso jardín que rodeaba la casa.

Me acerqué un poco más aspirando el aire perfumado y atisé entre los barrotes de la verja. Al fondo, podía divisar la figura inconfundible de una mujer acucillada junto a uno de los arbustos de flores blancas; vestía un chándal viejo y se protegía de los rayos del sol cubierta con un sombrero de paja; era delgada y manejaba sus herramientas de jardinería con las manos enguantadas.

—¡Hola! —grité desde mi posición.

La mujer giró la cabeza y se me quedó mirando un momento antes de ponerse en pie. Dejó en el suelo sus herramientas de trabajo y caminó sin prisa hacia mí.

Escuché varios ladridos y enseguida vi un perro de mediano tamaño, de color negro con patas y hocico marrones, que se apresuró corriendo hacia la verja anticipándose a su dueña.

—¡Quieto, Moro! —le gritó ella sujetándole por el collar.

El perro la miraba inquieto esperando alguna orden, pero ella se limitó a acariciarle la cabeza mientras se dirigía a mí.

—¡Hola! ¿Se ha perdido?

—No —respondí—, al contrario, espero haber encontrado lo que buscaba.

—¿Y qué es lo que busca? —continuó preguntando.

—Busco a Luisa López, ¿es usted?

Me miró con curiosidad. Había algo en su cara que me resultaba familiar, tal vez sus gestos. No podía decir que fuera la viva imagen de Amelia, suponiendo que aquella mujer fuera en realidad su hermana. Claro que no era comparable una mujer de alrededor de setenta años, con la joven que yo conocí. Posiblemente Amelia, en el caso de que aún viviera, tampoco se parecería a ella misma cincuenta años antes.

—Sí, yo soy. ¿Y usted?

—Soy... una amiga de Amelia.

Dio un paso atrás y me miró con escepticismo.

—¿De Amelia? ¿De mi hermana? Hace más de cincuenta años que desapareció. ¿Qué puede saber de ella?

—Por favor —rogué—, no desconfíe. Me llamo Mati, no sé si ella le habló alguna vez de mí.

Me cuidaba cuando niña.

Su cara palideció.

—Dios mío —susurró—, me habló muchas veces de Mati. ¿Cómo me ha encontrado?

—De eso vengo a hablarle si usted me lo permite. He recorrido muchos kilómetros para encontrarla.

Abrió la verja y se echó a un lado invitándome a pasar. Cerró aquel portón tras ella y me condujo a una mesa de piedra en medio del jardín. Alrededor de la mesa, unos troncos gruesos de madera hacían las veces de taburete. Luisa seguía muy pálida y por un momento pensé que las piernas le iban a fallar.

—¿Puedo tutearte? —me preguntó mirándome de frente.

Por supuesto. Lo prefiero así.

Bien. ¿Te gusta la limonada?

—Sí, claro —respondí sentándome en uno de los troncos.

—La tengo recién hecha. Espera aquí.

Entró en la casa y pronto salió con una jarra de limonada y un par de vasos sobre una bandeja de plástico.

—Toma, esto siempre viene bien, los limones son de mi huerto.

Me observó beber mirándome fijamente, como analizando cada uno de mis rasgos.

—¿De verdad eres Mati? ¿Eres la niña que Amelia cuidaba en Madrid?

—Sí, soy yo.

—¿Y qué haces aquí después de tantos años? ¿Qué sabes de mi hermana?

—Poco de momento, por eso he venido. Necesitaba saber qué fue lo que le pasó.

—Nadie sabe lo que le pasó.

—¿Vuestros padres no trataron de averiguarlo?

—¿Mis padres...? —suspiró con tristeza—. Mi padre no quería saber nada de ella. Para mi padre, Amelia había muerto años antes de que desapareciera cuando decidió marcharse a Madrid a trabajar como artista de teatro. Para él eso era una deshonra, la profesión de las mujeres de mala vida; mi madre era un ser débil y sometido a la voluntad de su marido, que vivió sufriendo sin valor ni coraje y yo... era muy joven, casi una niña cuando pasó todo aquello. ¿Dónde la iba a buscar? ¿Qué podía hacer? Si hubiera sido por mí, hubiera desaparecido con ella.

—¿Por qué dices eso?

Volvió a sonreír con tristeza apoyando los codos sobre la mesa de piedra.

—¿Sabes por qué me llamo Luisa?

—No, aunque supongo que por tu padre. ¿José Luis, verdad?

—Así se llamaba mi padre, pero no fue por él, sino por mi hermano.

—¿Tenéis un hermano? No tenía ni idea.

—Teníamos —puntualizó—. Yo no llegué a conocerle, murió un par de años antes de que yo naciera. Era el pequeño, el varón y el ojito derecho de mi padre, pero a los cinco años, un día empezó a tener unas fiebres muy altas y en veinticuatro horas había muerto.

—¿De qué murió? —quise saber.

—De meningitis. No hubo nada que hacer. Fue el peor golpe que unos padres pueden recibir. De la noche a la mañana, mi hermano Luis se había ido y con él se llevó todo lo bueno que mi padre tenía. Jamás se recuperó de aquel golpe y su carácter cambió. Mi hermana y mi madre me decían que antes de morir el niño era un hombre diferente, un padre cariñoso y alegre, pero yo jamás conocí a ese hombre que me describían. Yo fui un accidente. Cuando mi madre iba a dar a

luz, él aún tenía la esperanza de que mi hermano renaciera de nuevo de aquel parto, pero en su lugar nació yo.

—Y heredaste su nombre.

—Yo heredé todo: lo bueno y lo malo. De niña heredaba la ropa de Amelia cuando se le quedaba pequeña y también sus muñecas y los juguetes que ya no usaba. Mi nombre también fue heredado en recuerdo de mi hermano muerto. En realidad yo nunca tuve nada en mi vida hasta que me casé y pude huir de esa casa.

—Mientras te buscaba —conté— creía que te encontraría, precisamente en esa casa de tus padres.

—¡No! ¡Por Dios! Jamás quise vivir allí. Esa casa estaba llena de fantasmas y yo era uno de ellos.

—¿En qué sentido lo dices?

—Mujer, no en el sentido de que se aparezcan espectros por la noche, sino en el de que está llena de recuerdos negativos para mí, de tristeza, de dolor, de gritos y de crueldad... se me hizo eterno salir de allí. A Amelia le pasó lo mismo, solo que ella tuvo el valor de marcharse en busca de sus sueños, de convertirse en una gran artista. Estaba dotada para ello y lo hubiera podido conseguir.

—Eso lo sé.

—Mi padre, de alguna manera culpaba a mi madre de la muerte de Luis.

—La enfermedad no es culpa de nadie —repliqué.

—Claro que no. Pero mi padre necesitaba volcar su ira con el mundo y lo que tenía más cerca era mi madre. En más de una ocasión le vi darle una bofetada que ella aceptaba sin rechistar.

—Tal vez también se culpaba.

—Tal vez. Los traumas afectan a las personas de forma diferente. Tal vez ambos se culpaban a sí mismos y decidieron ser infelices el resto de su vida, lo peor es que no tuvieron compasión, no solo consigo, sino tampoco con las dos hijas que tenían.

—¿Os pegó vuestro padre alguna vez?

—No. Al menos yo no recuerdo que nos tocara ni a mi hermana ni a mí. A ella la rechazó y jamás volvió a aceptar verla y a mí... bueno, a mí simplemente me ignoraba y eso tenía incluso cierta ventaja. Era su forma de maltratarnos. Se puede hacer daño de muchas maneras, y sentir que no existes para tu padre... —suspiró—. Es, posiblemente, peor que el hecho de que te den un bofetón.

—Tienes razón —asentí.

—Cuando Amelia desapareció yo aún no había cumplido los dieciocho años. Pasaron los meses —continuó contando—, y empezamos a asumir que jamás volvería. El dolor de mi madre aumentó hasta el punto de que empezó a perder la salud a pasos agigantados. Casi siempre estaba en la cama y yo me hacía cargo de toda la casa.

—Supongo que entró en una depresión tremenda.

—Sí, es posible que fuera eso, aunque en aquellos tiempos lo de las depresiones no se conocía ni se trataban como ahora; se decía que enfermaban y nada más, pero la gente no acudía a psicólogos ni a psiquiatras, eso era como decir que estabas loca. Nadie hablaba de depresiones entonces, solo de enfermedad, así, en general.

Di un largo trago a mi vaso hasta acabar el contenido. Luisa volvió a llenarlo.

—¿Y qué pasó contigo? —pregunté interesada por la historia.

—Si mi vida no había sido muy alegre hasta aquel momento, la presión a la que me sentía

sometida, las continuas exigencias de mi padre y la falta de apoyo de mi madre estuvieron a punto de hacerme enfermar a mí también. Visto ahora, en la distancia del tiempo, creo que algo de depresión también tenía yo. Pero no estaba dispuesta a hundirme, tal vez era la única persona de la familia que aún no se había hundido del todo y te aseguro que estaba al borde. Yo tenía entonces un novio, Cristóbal, que luego fue mi marido durante casi cincuenta años.

— ¡Vaya! —exclamé mirando a mi alrededor—. ¿Está por aquí?

Luisa bajó los ojos clavándolos en su vaso de limonada.

—No. Va a hacer un año que me falta.

Me sentí abrumada.

—Lo siento. Qué torpeza la mía.

Me miró con aquella sonrisa comprensiva y sacudió la cabeza.

—Qué tontería. No me ha molestado en absoluto, cómo ibas a saberlo. Además, aunque al principio me costó un poco, lo voy asumiendo bastante bien. La vida es así: nadie se queda para contarlo. Hemos sido muy felices, eso es lo que me queda de él, eso y cuatro hijos maravillosos. La vida de cada cual solo le pertenece a uno mismo. La suya llegó a su fin llena de felicidad, eso es algo que no todo el mundo puede decir.

Pensé en mi vida. ¿Hasta qué punto era yo feliz? Tuve la sensación de no haberlo sido nunca completamente. Había dentro de mí una especie de hueco vacío. Aspiré de nuevo el aire impregnado de olor a rosas, la tarde avanzaba y el sol estaba ya desapareciendo por el horizonte volviendo el ambiente más fresco. No me importó. Se estaba tan bien allí... la paz lo envolvía todo. Los pájaros seguían trinando despidiendo el día y la mirada calmada de Luisa hacía que me sintiera como en mi propia casa. Quería saber más de ella y, a través de su historia, comprender mejor la historia de su hermana Amelia.

—¿Qué pasó entonces? ¿Huiste con Cristóbal?

Se echó a reír.

—No. No fue así. Cristóbal tenía un tío que tras la Guerra Civil se había exiliado en Francia, ya sabes, como tantos miles de personas. Su tío llevaba años trabajando allí y conocía mucha gente, tanto españoles como franceses. Un año antes, el hermano mayor de mi novio se había marchado a trabajar con su tío a Toulouse. Le iba bien, y Cristóbal decidió probar suerte marchándose a Francia. Ese fue otro palo para mí. No podía soportar tanta soledad. Yo se lo contaba en mis cartas y él me animaba a resistir hasta que sus condiciones de vida le permitieran volver a por mí. Nos veíamos dos veces al año, cuando él volvía de vacaciones, y así aguanté dos años. Pero cuando cumplí los veinte, Cristóbal volvió a por mí tal y como me lo había prometido. Nos casamos en unas semanas, las suficientes como para organizar una boda sin grandes pretensiones.

—¿Tu padre no se opondría a eso, claro?

—Por supuesto que no se opuso, al revés, estaba encantado de que al menos una hija se marchara de casa por la «puerta grande». Después de casarme nos marchamos a Francia y nos instalamos, primero en Toulouse, donde tuve a mis dos primeros hijos, los únicos que conocieron mis padres antes de morir; pocos años después nos trasladamos a Fontainebleau, un pueblo cerca de París, allí nacieron los dos pequeños y allí nos quedamos hasta que Cristóbal se jubiló y decidimos volver a España para instalarnos en esta casa.

—¿La comprasteis después de vender la de tus padres?

—No. En realidad la fuimos construyendo poco a poco durante los años precedentes. Al principio, durante las vacaciones de verano y en Navidad, nos quedábamos en casa de sus padres

hasta que esta casa estuvo totalmente construida, después ya veníamos aquí. Durante aquellos años en Francia ganamos un buen dinero y nos pudimos permitir construirla. Es lo que hacían casi todos los inmigrantes.

—Entonces, ¿echabais de menos esto?

—Mi marido sí; yo, no demasiado. Pero fíjate, siempre que planeábamos venir tenía la esperanza de volver a ver a mi hermana, de que aparecería un día y nos sorprendería. —Miró a su alrededor con languidez—. Pero nunca apareció. Era lo único que echaba de menos.

—Sin embargo, te has quedado aquí y no has vuelto a Francia.

—Sí, supongo que me he vuelto a acostumbrar. Este es un pueblo tranquilo y mi vida ha cambiado completamente. De vez en cuando me voy a París a visitar a los dos hijos y las nietas que se quedaron allí. Ellos ya son más franceses que españoles. Otras veces me visitan ellos a mí, sobre todo en verano, tanto los de Francia como los de España. Mientras tanto, simplemente vivo, cultivo mis rosas y disfruto de cada momento del día. ¿Qué otra cosa debo hacer?

La miré con simpatía. Entonces recordé lo que había ido a hacer allí y escarbé en mi bolso. Saqué el sobre donde había colocado las fotos y la carta que Pedro me había dado, y lo puse todo sobre la mesa. La expresión relajada de Luisa cambió y el asombro hizo que palidiese al posar sus ojos en aquello que le mostraba.

—¡Son fotos de mi hermana! ¿De dónde has sacado esto?

—Pedro las rescató de la casa de Amelia antes de que la vaciaran.

Me miró interrogante.

—¿Quién es Pedro?

—Un vecino —me apresuré a explicar—, un joven minusválido que vivía en la casa de al lado.

—No recuerdo a nadie así.

—Es posible, pero fue él quien guardó durante todos estos años las fotos de Amelia y... y esta carta.

—Sigo sin entender por qué tienes tú todo esto.

—Todo esto es lo que me ha impulsado a buscarte para tratar de entender qué fue lo que le pasó aquel día a tu hermana.

Conté a Luisa mi visita al barrio donde viví de niña, el encuentro fortuito con Pedro, lo que él me contó y la razón por la que guardaba como auténticas reliquias las fotos de Amelia. Luisa me escuchaba en silencio, no trató de interrumpirme en ningún momento. Noté el brillo de sus ojos húmedos tratando de contener la emoción de los recuerdos.

Cuando acabé mi relato, Luisa quedó callada mirando con detenimiento cada una de las fotos mientras gruesas lágrimas se desbordaban de sus ojos. Luego cogió en sus manos la carta y abrió el sobre.

—Esta carta la escribí yo.

—Sí, es la que me ha conducido hasta aquí.

La leyó en silencio de principio a fin antes de doblarla con delicadeza y meterla de nuevo en el sobre.

—La recuerdo bien. La escribí después de que Amelia nos comunicara su nueva dirección y la desgracia que tuvo. Fueron tiempos muy malos para todos.

—Perdona —interrumpí—. ¿De qué desgracia me hablas?

Me miró con tristeza.

—Claro, tú no puedes saberlo. En realidad no lo sabía nadie excepto mi madre y yo. Amelia solo podía apoyarse en nosotras, sabía que no la traicionaríamos. Tanto mi madre como yo la

queríamos por encima de todo, y nos sentíamos unidas frente a la arbitrariedad y la incompreensión de mi padre.

—¿Me lo quieres contar?

—Sí, ahora ya no importa. Verás, Amelia conoció en el Teatro Maravillas, después de una función musical en la que ella bailaba, a un hombre de muy buena posición. Aquel hombre estaba casado, pero empezó a visitarla con frecuencia, le enviaba flores, tarjetas con frases poéticas... Ya sabes, lo que suele ocurrir en estos casos. Amelia era una joven llena de ilusiones y creía que la vida era un jardín de rosas.

—Pero las rosas tienen espinas —apostillé.

—Así es. Se enamoró locamente de aquel hombre. Él le juraba que su matrimonio no era más que una unión de conveniencia, no tenían hijos, según él porque ni siquiera existía vida conyugal en la pareja. Amelia creía todo lo que aquel hombre le contaba; si le hubiera dicho que era capaz de convertir el agua en vino, lo habría creído también. Se quedó embarazada y la despidieron del teatro. Se lo confesó a su amante y este, lejos de desvincularse de la situación, recibió la noticia con mucha alegría. Eso hizo que Amelia se sintiera mucho más enamorada de él. La instaló en un piso de su propiedad en el barrio de Malasaña y le dijo que no se preocupara por nada, que él cuidaría del bebé y de ella... hasta que llegó el momento del parto.

—¿La abandonó?

—No exactamente. El parto fue complicado y largo. La criatura no nació bien y aunque la llevaron enseguida a la incubadora tratando de salvarle la vida, falleció. Era una niña.

—¿Es esa la niña a la que te referías en la carta?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando le dieron a Amelia la noticia del fallecimiento de su hija, se le vino el mundo abajo. El padre de la criatura la mantuvo durante unos meses más en el piso de Malasaña, pero su relación ya no fue igual. Perdió todo interés por ella, apenas la visitaba. Cuando consideró que mi hermana empezaba a estar más recuperada del parto, le dijo que no podía seguir allí, que había decidido arreglar su situación familiar y que no podía permitirse aquella relación.

—¿Y cómo fue a parar a aquella vivienda en un barrio marginal como el poblado de Orcasitas?

—Él mismo lo arregló. Conocía mucha gente. Era un hombre bien relacionado y a través de un obispo muy amigo de su madre, consiguieron esa casa. Amelia había quedado muy mal parada en todos los sentidos. Su vista, ya sabes que no era buena. En realidad tenía un problema hereditario por parte materna y que yo, por suerte, no adquirí, pero Amelia llevaba ese gen en su cuerpo y el difícil parto que tuvo aceleró el deterioro de su vista. Era imposible que volviera a trabajar en los teatros, necesitaba las gafas para casi todo y eso era incompatible con el baile y con la escena.

—Entonces, ¿era él quien le pagaba el alquiler?

—Me imagino que ese hombre se sentía en parte culpable por la situación en la que se quedaba mi hermana. Una especie de tributo por haber sido el causante de su desgracia. Se quedaba sola, sin trabajo, sin su hija, sin posibilidad de volver a casa de sus padres... Algo de corazón debió de tener para mantenerla, aunque lejos de él, durante los siguientes tres años, hasta el día en que desapareció sin dejar rastro.

Busqué, entre las fotos extendidas sobre la mesa, aquella en la que posaba con una amiga y dos hombres a ambos lados.

—¿Era este hombre? —dije señalando al joven del bigote que Amelia miraba candorosamente.

—No lo sé. Nunca le vi. Ni siquiera me dijo su nombre, no quería que nadie los vinculara.

—Pero aceptó que siguiera enviándole dinero mensualmente.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Las mujeres de aquella época no tenían grandes oportunidades sin un hombre que respondiese por ellas. No podía encontrar trabajo, ni abrir una cuenta bancaria a su nombre, no podía contar con el apoyo de su padre. Dependía de aquel dinero que recibía para vivir y no podía ahorrar demasiado. Siempre me decía en sus cartas que volvería a casa cuando padre faltara, pero ni siquiera tuvo esa oportunidad.

—¿Y estas otras chicas que aparecen en las fotos con ella? —Volví a señalar las fotos—. ¿Las conociste? ¿Sabes quiénes son?

Luisa cogió la foto en la que posaban las tres chicas.

—Esta era su mejor amiga —dijo señalando a la que recostaba la cabeza en el hombro de Amelia—, pero no recuerdo cómo se llamaba; la otra, la más joven, sí. Se llamaba Trinidad, como una de mis primas, por eso retuve mejor su nombre. Tenía más o menos mi edad y me acuerdo de que hablaba por los codos. La conocí en uno de los viajes que hice a casa de mi tía Cándida, era la única manera de encontrarme en Madrid con mi hermana. Fue al año de irse allí. Su amiga también era bailarina y actriz, como Amelia. Eran inseparables. Trini formaba parte del equipo de vestuario del teatro. Su madre era la sastra y la chica era incluso mejor que su madre con la aguja. Eso era un secreto a voces, según me contó mi hermana. Arreglaban, diseñaban, adaptaban los trajes de los actores... todo el mundo apreciaba a Trini por la maestría que demostraba en su oficio de modista a pesar de su juventud.

—Después de aquella visita, ¿volviste a tomar contacto con Trini?

—No, yo no. Pero mi prima Candi creo que les encargó algunos vestidos. Eran muy buenas cosiendo y, además de su trabajo en el teatro, cosían vestidos a medida en su casa.

—¿Montaron su propio negocio?

—Más o menos. El padre era electricista y ellas ganaban más dinero cosiendo que él poniendo instalaciones eléctricas. Creo que con el tiempo sí llegaron a hacerlo, les llovían los pedidos. Eso me lo contó Candi después de casarme, en una de las visitas que le hice en vacaciones. Pero no me vayas a preguntar cómo se llama su negocio porque no tengo ni idea, lo más seguro es que ya ni exista.

Se había levantado viento y empezaba a hacer frío. El sol se había ocultado casi por completo y había ya poca luz en el jardín. El perro empezó a ladrar mirando a Luisa.

—Vaya, parece que Moro empieza a tener hambre, es la hora de su cena.

Se puso de pie y me tendió la mano.

—Vamos dentro. Tú también debes de tener hambre y además ya hace fresco. Estaremos mejor dentro de la casa.

—No quiero molestar.

—¡Por favor! —insistió ella—. Hace tiempo que no me visita nadie. Quédate a cenar y seguiremos hablando, me vendrá bien tu compañía.

Entramos en una cocina amplia, diseñada para acoger a una familia grande. El ambiente cálido de la estancia me reconfortó. Realmente había empezado a tener frío en el jardín. Luisa le puso la comida a Moro en un cuenco mientras este saltaba a su alrededor moviendo desenfrenadamente el rabo, luego puso agua en una olla y encendió el fuego.

—Hay verduras y tortilla de patatas —dijo sin volverse—, ¿te gusta o te preparo cualquier otra cosa?

—Me parece una cena perfecta.

No me permitió ayudarla en nada. Se movía con agilidad y preparó la mesa para las dos

mientras las verduras cocían. Yo seguía teniendo preguntas pendientes de respuesta. Quería elaborar un mapa mental de aquellos días, como si los hubiera vivido yo en primera persona.

—¿Cómo te enteraste de que había desaparecido? —pregunté de pronto.

Se volvió con una jarra de agua en la mano y la posó sobre el mantel.

—Recibimos un telegrama del casero de Amelia. Decía que tenía conocimiento de que había abandonado la casa hacía ya varias semanas. Que debíamos dejarla vacía antes de quince días o requisaría todas sus pertenencias.

—¿Envió el telegrama a casa de tu padre? ¿Cómo tuvo conocimiento de la dirección?

—No lo sé. Pero aquel telegrama originó un nuevo ataque de ira de mi padre. Fue muy desagradable. Nosotras tratábamos de convencerle de que había que ir a aquella casa, recoger los enseres y la ropa de mi hermana y tratar de averiguar qué le había pasado o dónde había ido. Fue la única vez que vi a mi madre enfrentarse desesperada a él. La bronca fue tan fuerte que los gritos se oían en varias calles a la redonda. Mi tío, al que mi padre respetaba mucho porque era su hermano mayor, vivía dos casas más abajo y vino alertado por aquel escándalo. Fue él quien puso fin a la trifulca. Unos días después, mi tío cogió su furgoneta y nos llevó a Madrid. Metimos en dos maletas de madera toda la ropa de mi hermana, la de calle y la de teatro, y todas las cosas que pudimos recoger. Los muebles los dejamos allí, no tenían gran valor; eran pocos y viejos, seguramente se los habían facilitado de segunda o tercera mano.

—¿Y no encontrasteis nada que os indicara lo que había podido pasar?

—No. Pero aún conservo algunas cosas. Nunca he querido deshacerme de ellas para que no se perdiera su memoria.

—¿Qué cosas?

—Sus trajes del teatro, por ejemplo. Mi hija mayor ha lucido alguno de ellos en las funciones del colegio, y también los documentos de la maternidad.

—¿Los documentos de la maternidad?

—Sí. Los que le dieron cuando salió de dar a luz. El certificado de defunción de su hija y el alta médica después del parto. Los encontré en el fondo de un baúl.

—¿Los tienes todavía?

—¡Claro!

Salió de la cocina. Tardó un buen rato en volver, pero traía una caja de lata del tamaño de un folio en las manos. De una funda de plástico transparente sacó los papeles, amarillos por el paso del tiempo. El certificado de defunción a nombre de Amelia López, nacida y fallecida el 14 de enero de 1962, estaba firmado por el doctor Eusebio Fuentes. El nombre de la clínica en donde dio a luz aparecía en el membrete del parte de alta médica: «Maternidad Jesús de Medinaceli». La dirección también aparecía bajo el nombre.

—Según leo aquí —observé—, la niña lleva vuestro apellido, no fue entonces reconocida por su padre.

—Así es. Ten en cuenta que era un hombre casado, no se complicó más la vida.

—¿Puedo tomar nota de todos estos datos?

—Puedes tomar notas de todo lo que quieras si eso sirve para dar algo más de luz a este asunto, pero no veo que esto tenga mayor trascendencia. Mi sobrina murió tres años antes de que Amelia desapareciera.

—Bueno —me encogí de hombros—, no sabemos a dónde nos puede conducir esta información. Supongo que hay una tumba.

—Sí. Mi hermana iba a la Almudena todos los eneros a ponerle flores. Yo nunca visité esa

tumba, solo sé que grabaron «Amelia López» y la fecha del fallecimiento sobre la lápida.

—¿Te lo dijo tu hermana?

—Sí.

—Supongo que se hizo cargo del enterramiento la misma persona que proporcionaba la manutención de Amelia, y todo hace pensar que era el padre de la niña.

—Supongo —repitió Luisa.

Cenamos las dos en medio de una charla animada con Moro acostado a los pies de su dueña. Luisa me confesó que, pese a admirar el talento para el baile, la interpretación y la bonita voz de Amelia, nunca le gustó el estilo musical de su hermana. La diferencia de edad entre ambas también marcaba el gusto por la música de aquel tiempo. Mientras Amelia interpretaba con maestría la copla de la época y emulaba a las grandes voces de aquellos años, Concha Piquer, Marifé de Triana, Juanita Reina... Luisa se decantaba por la música que en los años sesenta empezó a sonar con fuerza en voces de grupos masculinos que traían aire de protesta y músicas bailonas. Los Bravos, Los Brincos, The Beatles, Simon and Garfunkel...

Ella pertenecía ya a otra generación y yo la entendía bien, pues era aún más joven que Luisa y las canciones que escuchaba en mi infancia en el tocadiscos, primero de Amelia y luego de mi madre, eran melodías marcadas en mi recuerdo de la forma que se nos queda impreso todo aquello que aprendemos en edades tan tempranas: a fuego, indeleble y eterno, como escribir, hablar o caminar. En mis años de adolescente me gustaban más las canciones de Mecano, Hombres G, Aretha Franklin o Phil Collins, pero también Víctor Jara, Violeta Parra, Mercedes Sosa o Atahualpa Yupanqui. Aún me acuerdo de alguna de sus canciones:

*Hay un asunto en la tierra
más importante que Dios,
y es que nadie escupa sangre
pa' que otro viva mejor.
¿Que Dios vela por los pobres?
Tal vez sí y tal vez no,
¡pero es seguro que almuerza
en la mesa del patrón!*

Formaban parte de mi juventud rebelde. Me identificaba con ellos, con sus canciones; aquellas letras que me tocaban el alma y me hacían sentir culpable por participar de un mundo injusto como mera espectadora. Sigo sintiéndome así, al mismo tiempo que cobarde e impotente por mi propia cobardía, por no saber romper con esa parte de mi cultura basada en la comodidad y en la indiferencia.

Hablamos largas horas sobre todo eso, sobre cómo la música refleja la vida de la sociedad que la crea, de quienes la escuchan y de quienes la cantan... es como una necesidad humana la de plasmar a través del arte su rastro sobre la tierra, y la música, como cualquier otra manifestación del alma, lo hace a su manera.

La música rebelde y contestataria era el sello de nuestra generación y en ello coincidimos Luisa y yo, pero ¿y la época de Amelia?, la inmediata anterior a la nuestra.

Analizamos canturreando las letras de aquellas canciones de nuestra infancia. Canciones que hablaban de heroínas absolutamente marginales en aquella España en blanco y negro: mujeres que se buscaban la vida cantando en las tabernas; prostitutas; madres solteras; mujeres engañadas;

amantes de hombres casados; mujeres solas de vida disoluta... vidas marcadas por el brillo de las navajas a las puertas de los colmados, de las traiciones amorosas, de la lujuria escondida en la oscuridad de las alcobas...

Todo lo que rechazaba de facto una sociedad gobernada por una élite profundamente conservadora y ultrarreligiosa, donde la moralidad se centraba casi exclusivamente en la represión sexual de las mujeres, pues la sexualidad de los hombres era permisiva aunque se traspasaran los límites de lo público; pero en privado no había normas para ellos que no se pudieran disculpar cuando se transgredían. La hipocresía social era contestada a través de la música como a través de cualquier otra manifestación artística, como en todas las épocas. Las heroínas de aquellas canciones se asemejaban más a las gargantas que las cantaban en los teatros, que a aquellas otras que lo hacían mientras lavaban la ropa o limpiaban los cristales de sus ventanas convirtiéndose internamente en ellas, soñando por un momento en vivir sus vidas de mujeres libres.

—Algunas de aquellas letras, que eran auténticas historias, tenían unos contenidos violentos que me río yo de los narcocorridos mexicanos —observé con ironía.

—No andas muy descaminada —respondió Luisa riéndose de la comparación.

Ante la insistencia de Luisa, me quedé a dormir en su casa y ¡vaya si lo agradecí! Estaba tan cansada, que me quedé dormida en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

* * *

Cuando desperté, ella ya llevaba un buen rato en pie atareada con sus cosas. Me esperaba un buen desayuno y un paseo por los alrededores que Luisa había planificado para aquel día. Aún abusé de su hospitalidad un día más antes de que tomara de nuevo mi camino hacia Madrid.

Había encontrado en Luisa una nueva amiga con la que tenía muchas cosas en común. Nuestras charlas eran largas y animadas. Todos aquellos años que vivió fuera de España la habían convertido en una mujer de horizontes amplios, muy diferente de la muchacha que me describió antes de tomar junto a su marido el largo camino hacia Francia.

—He hablado con mi prima Candi esta mañana —me dijo mientras llenaba mi taza de café con leche.

—¡Tan temprano! —exclamé.

Se echó a reír.

—Somos viejas y madrugamos mucho, hay que aprovechar cada minuto del día. Le he preguntado por Trinidad, por si la recordaba y por si tenía idea de qué fue de ella.

—¿Y...?

—Pues sí que se acordaba. Durante años le estuvo encargando sus vestidos y los de su hija. Pero hace tiempo que esas cosas ya no se hacen; ahora la ropa se compra en tiendas. Casi nadie encarga un vestido a medida, es demasiado caro.

—Y no sabrá ya nada de ella, claro.

—En los últimos años, no. Pero me ha contado que dejaron el teatro, tanto la madre como ella, allá por los ochenta y algo, y montaron un negocio familiar de confección. Confecciones Trinidad o Creaciones Trinidad... algo así. Y hasta ahí me ha podido contar.

—Algo es algo —contesté interesada—; miraré en Internet por si hubiera alguna referencia a esa empresa.

—¿De verdad crees que vale la pena indagar tanto después de más de cincuenta años?

No estaba segura de cuál era la respuesta a esa pregunta. Reconocía que mi empeño en encontrar a Amelia era como buscar una aguja en un pajar. Solo estaba segura de que salió de su casa por propia voluntad, pero, a pesar de que todo parecía indicar que no volvió también por decisión propia, algo dentro de mi corazón me decía que no era así. Me negaba a admitir que me hubiera abandonado, que nos hubiera abandonado a las personas que la queríamos sin un adiós, sin una explicación. Además, había cosas que no eran lógicas: ella se marchó sin su carné de identidad, lo olvidó en un cajón de su mesita de noche; dejó también el certificado de defunción de su hija, sus recuerdos, sus fotos... No, Amelia no desapareció por su voluntad, ella no pudo volver por alguna razón, esa era la única explicación posible.

Pero nadie la buscó ni reclamó su cuerpo, eso era algo que me enervaba. No se merecía la indiferencia de todos, y sin embargo esa fue la respuesta a su desaparición. Pensaran o no pensarán en ella, nadie la buscó más allá de aquel patio y de aquel pozo. Su huella desapareció en medio de la oscuridad de la madrugada sin dirección aparente. Se fue orientada por su conocimiento del camino, pues sus ojos le eran de poca utilidad; las lentes que los ayudaban a ver con nitidez, habían caído destrozadas al fondo del pozo.

Amelia nunca habría tirado las gafas allí, de eso también estaba segura. Aquel pozo nos abastecía de agua a todo el vecindario, nadie tiraba objetos dentro, era un pacto sagrado y nunca escrito. Ella era respetuosa con todo el mundo. No, no lo haría. Alguien lo hizo en su lugar. Posiblemente aquella mujer que salió de su casa la tarde anterior en un arranque de rabia tras la discusión que mantuvieron. Tal vez también fue aquella mujer quien tiró sus gafas al suelo y rompió el cristal.

—En serio, ¿vale la pena? —repitió Luisa sacándome de mi abstracción.

La miré a los ojos, segura ya de la respuesta.

—Sí, para mí vale la pena.

Apretó mi mano pensativa, sin levantar los ojos de la mesa, y asintió con la cabeza.

—Ojalá yo hubiera tenido el coraje de hacer lo que tú estás haciendo ahora —dijo en voz baja—. Ojalá no me hubiera vencido la desesperanza. Pero no me atreví a iniciar una búsqueda que todos daban por baldía. Amelia está muerta, lo está para todo el mundo desde hace cincuenta años. Posiblemente forma parte de esas tumbas llenas de cadáveres indocumentados que se encuentran cada año y que nadie reclama.

—¿Y no te parece triste que ella pueda ser uno de esos cadáveres?

Cerró los ojos con pesar.

—Sí. Me parece triste y me parece injusto.

Esta vez fui yo quien apretó su mano.

—Lo voy a intentar, Luisa. No puedo prometer que encuentre algo o alguien que me indique si está viva o muerta, o si sus huesos están en algún osario olvidado, pero no lo sabré si no lo intento. ¿Qué pierdo aunque busque a ciegas?

—Tiempo —respondió Luisa.

—Estoy de vacaciones, lo que me sobra ahora es tiempo. —dije tratando de destensar la conversación.

Sonrió con desgana.

—De acuerdo. Pero prométeme que seguiremos en contacto y me dirás si encuentras cualquier cosa.

—Claro.

—Y no dudes en llamarme para todo lo que pueda hacer para ayudarte.

—Puedes estar segura.

Nos abrazamos largamente en la despedida. Me puse en marcha renovada y con un montón de preguntas rondándome la cabeza. Luisa agitó la mano mientras Moro ladraba moviendo el rabo hasta que mi coche empezó a desaparecer por el recodo del camino.

TRINIDAD

Me alojé en el mismo hotel que la vez anterior. Era céntrico y me movía con facilidad por aquella zona. Telefoneé a Pedro, que recibió la llamada con auténtica alegría. Le invité a cenar advirtiéndole que no volvería a caer en un fin de cena de anís, y se partió de risa.

Había dejado mi vehículo en un parking dispuesta a no volver a cogerlo hasta mi vuelta. Cogí un taxi hasta su casa. Prefería utilizar ese transporte antes que perderme por la ciudad agobiada por el tráfico. Él ya me esperaba en la puerta con su mejor traje, como si tuviera una cita de verdad. Fuimos a un bar pocas calles más allá de su casa. Era familiar y agradable aunque bastante ruidoso, y eso nos impedía hablar con normalidad. Cenamos bien y luego nos trasladamos a otra cafetería, mucho más tranquila, donde tomar algo en un ambiente que me permitiera contarle todo lo que me había relatado Luisa de la vida de Amelia y de su familia, así como los datos que me había facilitado para continuar averiguando algo más de ella.

La noticia de la muerte de la hija de Amelia pareció afectar bastante al ánimo de Pedro. Entendía que el secreto y el dolor que aquella mujer llevó en su interior habría sido muy difícil de sobrellevar durante todos aquellos años sin poderlo compartir con nadie, aunque ambos sospechábamos que al menos su amiga, la que aparecía en la foto junto a ella y a Trinidad, debía de conocerlo.

Pasadas las doce de la noche acompañé a Pedro a su casa y cogí otro taxi desde allí mismo para volver a mi hotel. El último café me había despejado, así que decidí, una vez en mi cuarto y con el pijama puesto, abrir mi ordenador y empezar a buscar algo de nombre «Trinidad» en Madrid que tuviera que ver con fabricación o venta de ropa.

Había al menos una treintena de referencias posibles y anoté una a una todas ellas. Cuando me di cuenta, era ya avanzada la madrugada y mis párpados empezaban a cerrarse. Di por terminada la búsqueda en Internet y me dejé llevar por el sueño.

Por la mañana desayuné en el hotel y me dispuse a contactar con aquella larga lista de teléfonos. Me llevó horas. Algunos no respondían y los anotaba con un signo de interrogación, otros me contestaban diciendo que no tenían nada que ver con una tal Trinidad que hubiera trabajado en el Teatro Maravillas alguna vez, y los tachaba directamente. No fue hasta la llamada número veintiocho cuando alguien respondió de forma positiva. Dijo ser hija de Trinidad y también ella, por tradición, llevaba ese nombre, como su difunta abuela, y en efecto, sus antecesoras trabajaron en el Teatro Maravillas durante muchos años.

Me cité con ella en la dirección que me dio y que anoté apresuradamente en una servilleta de papel, pidiéndole encarecidamente poder hablar con su madre, que aún cosía pese a su edad.

Llegué a media tarde, a la hora prevista con aquella saga de Trinidades. La tienda estaba situada en el barrio de La Latina, en una calle arbolada. La fachada era antigua, en cambio el interior de la tienda había sido reformado con bastante buen gusto y aparecía como una moderna tienda dedicada a la venta de ropa *vintage*. Parecía que el negocio no les había ido del todo mal. Dos muchachas curioseaban la ropa colgada en las perchas que había a mi derecha y yo hice lo mismo que ellas.

—¿Puedo ayudarle? —sonó una voz femenina detrás de mí.

Me volví. Una mujer joven, de unos cuarenta años, me miraba sonriente.

—Buenas tardes. Busco a Trinidad.

—Ah, usted debe de ser Matilde, ¿verdad? Hemos hablado esta mañana.

Me ofreció su mano y se la estreché con firmeza.

—Venga por aquí, por favor, mi madre la está esperando.

La seguí a la trastienda. Abrió la puerta de una habitación con una ventana a través de la cual podía verse un pequeño patio lleno de macetas de geranios. Una mujer de unos setenta años, bien llevados, se sentaba ante una máquina de coser moderna cuyo motor paró al entrar yo.

—Bueno —anunció su hija—, yo me voy a atender a las clientas. Vosotras tendréis muchas cosas de las que hablar.

Trinidad se levantó de su máquina de coser y me plasmó dos besos como si me conociera de toda la vida.

—Mi hija me ha dicho que me estabas buscando en relación con mis años de trabajo en el Maravillas. Yo no me acuerdo de ti, pero me gusta recordar aquellos tiempos. ¿Eres hija de alguna de mis compañeras? Porque te veo muy joven para haber trabajado allí conmigo...

Realmente, tal y como me la había descrito Luisa, Trinidad hablaba por los codos. No encontraba el momento de poder decir algo en aquel monólogo que la buena mujer había iniciado, hilando una frase con otra sin posibilidad de darme la vez en la conversación. Intenté cortar por algún sitio sin molestarla.

—¡Qué tienda tan bonita tienen ustedes! No me la imaginaba así, tan moderna.

—Pues sí —reinició un nuevo monólogo—. Esta tienda en realidad fue idea de mi hija. Durante muchos años, después de dejar de coser en el teatro, mi madre y yo estuvimos cosiendo vestidos de encargo y hasta trajes de novia. ¡No veas la de trabajo que teníamos entonces! No dábamos abasto, y la verdad es que no me puedo quejar. Ganábamos buenas pesetas pero trabajábamos como burras. Yo no dejé de coser ni dando de mamar a mis hijos. ¡Una barbaridad! Pero, claro, llegó un momento en que el trabajo ya no era tanto porque la gente prefería comprar la ropa *prêt-à-porter*. Ya sabes, aquello se puso muy de moda y todo el mundo buscaba los vestidos de El Corte Inglés y de todas las tiendas de ropa que empezaron a crecer como setas. Ahí la cosa empezó a funcionar mal y, como dice el dicho, «Renovarse o morir». Así que pusimos una tienda de moda pequeñita, pero también anunciamos arreglos de ropa, y eso nos permitió continuar ganando, no tanto pero lo suficiente como para tirar *p'alante* bastante bien. Y hace ya unos años que mi hija dijo de poner esta tienda de ropa *vintage*, que para mí es solo una tienda de ropa antigua, pero que parece que está de moda otra vez. Y fijate qué pena, que mi madre, que en paz descansa, ya no pudo ver esto porque se murió muy mayor. Ya no cosía, claro. Llegó casi a los cien años. ¡Qué daría yo por llegar a los cien años!

Empezaba a agobiarme. No porque lo que aquella mujer me contaba no fuera interesante, sino porque el cometido de mi visita no parecía importarle mucho. Hablaba y hablaba sin parar y yo necesitaba decir algo antes de caer desmayada de agotamiento mental.

—¿Se acuerda usted de Amelia? —interrumpí de pronto.

—¿Amelia? —hizo memoria durante un momento—. ¡Claro! Amelia. ¿Qué fue de ella? Corrió la voz de que la habían despedido porque estaba embarazada. ¿Eres tú su hija?

—No. Yo soy... soy una amiga de la familia.

—No volví a saber de ella desde entonces. ¿Está bien? ¿Vive aún?

No le respondí. Saqué de mi bolso la foto en la que posaban Amelia, Trinidad y la amiga de la que aún desconocía el nombre. Se la enseñé. Trinidad se puso las gafas y miró aquella foto. Una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios.

—¡Qué jóvenes éramos!

—¿Recuerda a esta mujer? —señalé a la joven desconocida.

—¡Pues claro que me acuerdo! ¡Cómo no me voy a acordar! Buenas risas nos echábamos las tres juntas. Esa es Antonia, Antonia Gato. Lo del apellido siempre traía cola. Todo el mundo le hacía chistes y cuando se ennovió con el que luego se casó... ¡Menuda risa! Juan Mata se llamaba. Le decíamos: Cuando tengáis un hijo le llamarán «Matagato». A ella no le hacían gracia aquellas bromas, pero nosotras nos hartábamos de reír. En fin, cosas de crías, sin ninguna mala intención. Luego dejó el teatro y se dedicó a su familia.

—¿Se acuerda de cuándo fue eso?

—No, no me acuerdo. Fue hace tanto tiempo...

—¿Y no volvió a verla más?

—Pues... sí. Me acuerdo que la vi unos años después de irse. Me la encontré un domingo que iba yo con mi marido y mi hija Trini al Rastro. Ella iba con el Mata —se echó a reír—; perdona, hija, es que me sigue haciendo gracia. Pues como te decía, me la encontré por allí porque parece ser que vivían cerca, y ella iba empujando un carrito de esos dobles de mellizos. Que creía yo que los mellizos siempre eran del mismo sexo, pero no, ella tenía mellizos niño y niña. ¡Muy guapos los críos! Estaba más gordita... bastante más gorda, la verdad, y me dijo que sí, que vivía por allí y que su marido había encontrado un trabajo muy bueno, y que estaban bien, pero ya no volví a verla más. Ya ves tú, con lo que es ahora Madrid, aunque vivas al lado ni te encuentras.

La mujer volvía a embalsarse con su cháchara y empecé a temer que me dieran las uvas escuchándola, así que consideré que Trinidad no iba a darme más información, o al menos no la que yo venía buscando. Había cambiado de tema y continuaba hilvanando una cosa con otra, seguramente hasta el infinito. Dejé de escucharla y busqué la forma de salir de allí cuanto antes o acabaría gritando.

Me levanté de un salto mirándome el reloj como si me acabara de acordar de algo urgente.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué tarde se me ha hecho! Lo siento, Trinidad, estoy muy a gusto con usted, pero me están esperando y ya llego tarde.

Cogí mi chaqueta, que un rato antes había dejado sobre el respaldo de la silla, y abracé efusivamente a Trinidad, que cortó su monólogo en seco. La mujer respondió al abrazo con la misma efusividad y me recomendó, mientras yo salía casi corriendo de allí, que volviera otro día para contarme cosas de su época de juventud. Le mostré mi mejor sonrisa como respuesta. A los pocos minutos ya estaba en la calle sorprendida de haber sobrevivido a Trinidad. Al menos me había facilitado algo: el nombre de la mejor amiga de Amelia, aunque no podía decirse que fuera mucho.

La tarde se había vuelto despacible y decidí cenar cerca de mi hotel y volver pronto a él. Buscaría, igual que hice con Trinidad, todos aquellos teléfonos que tuvieran que ver con Antonia Gato, con Juan Mata o con ambos.

Mientras engullía una pechuga de pollo con guarnición, comencé a pensar en la forma de encontrar a Antonia, si es que aún vivía. La edad de ella y de su marido superaba con seguridad los ochenta años, y la lógica empezó a pedir sitio entre los pensamientos que se arremolinaban y que bullían dentro de mi cabeza.

Era más fácil empezar a buscar a sus hijos, las probabilidades eran mayores, así que me dije a mí misma que comenzaría por los apellidos Mata y Gato, juntos en ese orden. Podía tener más o menos éxito en la búsqueda, pero se acotaría bastante.

El buscador me ofreció tan solo tres nombres; uno de ellos era Juan Antonio Mata Gato. Casi salté de alegría, eran pocos entre las posibilidades que podría tener en una ciudad con cerca de

cuatro millones de habitantes. Empezaría por él a la mañana siguiente, se había hecho tarde y había que dosificar las energías.

Mis llamadas telefónicas del día siguiente no tuvieron gran éxito. De las tres posibilidades, tan solo una respondió a la llamada, y no conocía a Antonia Gato. Decidí probar suerte más tarde con las otras dos, y mientras tanto aprovechar la mañana visitando el cementerio de la Almudena, donde reposaban los restos de la hija de Amelia. Quería averiguar quién corrió con los gastos del enterramiento y visitar la tumba, si es que el cadáver de la niña no había pasado aún a un osario común.

Había poco público gestionando sus asuntos cuando llegué al departamento de la administración del cementerio. Esperé mi turno y no pasó demasiado tiempo hasta que uno de los funcionarios, un hombre de mediana edad, me preguntó el motivo de mi visita. Saqué el papel con los datos que había anotado en casa de Luisa y me apoyé en el mostrador.

—Necesito información sobre el enterramiento de una fallecida.

—¿Qué clase de información? —preguntó el hombre arrugando la frente.

—Pues... el fallecimiento se produjo el 14 de enero de 1962.

El funcionario levantó las cejas sorprendido.

—Esa fecha es de hace muchísimo tiempo. ¿Qué es exactamente lo que busca?

—Solo necesito saber quién fue la persona que pagó la lápida, y además desconozco si continúa enterrada en suelo o la han cambiado de ubicación.

—Señora, tendrá que rellenar un formulario y esperar la autorización para darle toda esa información. Hay que buscar en archivos muy antiguos y eso lleva tiempo; además, no se consideraría una gestión prioritaria.

—Pero para mí sí es una gestión importante —argumenté molesta—, ¿qué tipo de formulario debo cumplimentar y de cuánto tiempo estamos hablando?

El funcionario puso ante mí un impreso.

—Este es el formulario de solicitud, y en cuanto al tiempo... varias semanas.

—¡Varias semanas! —protesté.

—Compréndalo, no es un expediente prioritario, es una persona fallecida hace más de cincuenta años, y en estos casos solo se consideraría urgente si la solicitud proviniera de un requerimiento judicial o de una investigación policial. Pero este no es el caso.

—No, claro —balbuceé—, no es una investigación policial, pero sí es una investigación... importante... para la familia.

—De acuerdo. —Me sonrió—. Rellene el formulario, por favor, y entréguemelo.

—El cadáver pertenece a una recién nacida —aclaré—; como puede ver, nació y murió el mismo día, lo que desconozco es cuándo se produjo el enterramiento.

El funcionario me miró pensativo, apoyó los antebrazos en el mostrador acercándose más a mí y preguntó en voz baja:

—¿Algo que ver con... la asociación?

No sabía de qué me estaba hablando, pero me pareció que su postura se había flexibilizado y que la palabra «asociación» la pronunciaba con cierta simpatía, así que decidí seguirle la corriente y ver hacia dónde me llevaba. Bajé yo también la voz al responderle.

—Sí, en efecto. La investigación tiene que ver con la asociación.

Anoté en aquel documento todos los datos de que disponía y se lo entregué con mirada de complicidad.

Aquel hombre dibujó una cruz con rotulador rojo en una de las esquinas del formulario y me

guiñó un ojo antes de despedirme.

—Tranquila, yo colaboro con la asociación lo más estrechamente que puedo. Procuraré tener la información en unos pocos días. Ha anotado su *e-mail* y su teléfono, ¿verdad? —escudriñó el contenido del formulario que le acababa de entregar.

—Sí, por supuesto. Estaré esperando sus noticias con impaciencia.

Aún me gritó antes de salir de allí:

—¡Y dele recuerdos a Aurora!

Estuve a punto de preguntarle quién era Aurora, pero frené el impulso. Me dije a mí misma que debía de ser alguien de la «asociación», así que me volví y con una amplia sonrisa respondí:

—¡Lo haré!

Nunca pensé que unas vacaciones pudieran ser tan cansadas. Estaba recorriendo de la ceca a la meca en mi empeño de tratar de averiguar lo que ocurrió aquel día otoñal de 1965, pero parecía que la historia se complicaba más y más a medida que salían a la luz nuevos datos de la historia de Amelia. Empezaba a pensar que me había metido en un berenjenal de aúpa, aunque aquello solo confirmaba mi fama de follonera en mis círculos más cercanos y también en los menos cercanos. Esa impulsividad casi incontrolable me había llevado a iniciar una aventura cuyo final era incierto y quién sabe si también desagradable. De momento, lo que había sacado en claro era una parte de la vida de Amelia que desconocía por completo y que jamás escuché de boca de nadie. Ahora sabía más sobre ella y sobre sus terribles circunstancias, y eso hacía que mis deseos por llegar hasta el final de aquel asunto se incrementaran; me daba igual dónde buscar y a dónde ir: quería encontrarla, saber qué le sucedió para abandonarme aquel día y no volver jamás.

Cené pronto en un bar cercano a mi hotel. Mientras lo hacía, no dejaba de mirar la pantalla de mi móvil. No sabía cuál sería el momento apropiado para volver a intentar contactar con los Mata Gato. Aún no había llegado al postre cuando ya estaba pulsando las teclas del primer número de teléfono de la lista, de aquel tal Juan Antonio Mata Gato que me daba a mí buenas vibraciones. Esta vez hubo suerte, alguien descolgó el auricular.

—Buenas noches —saludé—, busco a Antonia Gato y no sé si estoy llamando al número adecuado, tal vez podría ser usted su hijo.

—Pues... tal vez. Mi madre se llama Antonia Gato. ¿Quién es usted?

Di un brinco en la silla.

—Me llamo Matilde Romero y con seguridad no me conoce, pero tal vez sí conozca a Amelia López. ¿Trabajó su madre en el Teatro Maravillas?

—Sí, trabajó allí antes de casarse con mi padre y esa... Amelia, me suena de haber contado alguna historia de una amiga de ese nombre. ¿Por qué la busca?

—Entonces, ¿vive aún Antonia?

—Sí, aún vive.

—Le ruego que me permita hablar con ella si está en condiciones de hacerlo, por favor. Es muy importante.

Guardó silencio unos instantes.

—Mi madre está en una residencia geriátrica, yo voy a verla los domingos.

—¿Me podría decir qué residencia es?

—Preferiría que estuviésemos presentes mi hermana o yo si una persona desconocida la visita.

—Claro... por supuesto... Lo comprendo. Lo haremos como ustedes dispongan, no tengo ningún problema en eso.

—Pero —insistió el hombre—. ¿A qué se debe todo esto?

—Su madre era íntima de un familiar nuestro. Lo estamos buscando. Posiblemente nos pueda ayudar si su memoria está todavía bien.

—Hoy es viernes —añadió él—; si no le importa, la llamaré el sábado por la noche para que nos cite allí el domingo por la mañana.

—Muchísimas gracias. Anote mi número, por favor, le estaré esperando.

El corazón me iba a mil por hora cuando se cortó la comunicación. Iba dando pequeños pasos hacia mi objetivo. Crucé los dedos rogando a no se sabe qué, para que aquella entrevista en menos de cuarenta y ocho horas me aportara luz sobre todo aquel asunto. Desconocía el grado de lucidez que pudiera tener todavía Antonia Gato y confiaba en que, a sus ochenta años, mantuviera con la suficiente frescura los recuerdos de su juventud. Dicen que las personas ancianas recuerdan mejor el pasado remoto de sus vidas que sus vivencias más recientes. Esperaba con el corazón en vilo que así fuera.

ANTONIA

No me apetecía nada quedarme sola en Madrid. Llamé a Luisa por teléfono y me invitó a pasar aquel tiempo en Pedrezuela hasta la cita con Antonia y su familia. Realmente, estábamos a una hora de distancia en coche. No tuve que pensarlo mucho. Pasar día y medio con Luisa en su casa era un plan que me resultaba apetecible.

Moro ladraba detrás de la verja cuando aparqué frente a la casa. Me olisqueó y enseguida empezó a mover el rabo. Luisa me recibió con su chándal viejo y un gran abrazo. Me sentía muy a gusto en aquel jardín.

Le había contado por teléfono mis andanzas por Madrid en busca de nuevas piezas para completar aquel rompecabezas que cada vez parecía complicarse más, y nuestra conversación durante la cena giraba en torno a las posibilidades que se abrirían si encontraba a la persona que mantuvo a Amelia durante los tres años que pasaron entre la pérdida de su hija y su desaparición.

—Me gustaría ir contigo el domingo —sugirió Luisa—. Si a ti no te importa.

—¿Por qué va a importarme? Me parece perfecto que me acompañes, al fin y al cabo era tu hermana.

—Es que... me siento tan culpable de no haber tenido el valor de buscarla... como tú. Necesito hacer algo para compensar ese error. Me has demostrado que es posible averiguar lo que le pasó. Tiré la toalla sin ni siquiera luchar.

—Nadie te va a reprochar nada, Luisa. Tampoco tuviste ocasión de hacerlo.

—Tal vez sí o tal vez no —mover la cabeza—; o tal vez fue pura cobardía o pura comodidad por mi parte.

—¿Quieres dejar ya de castigarte? —le reproché—. Estamos aquí ahora, tratando de hacer algo sin saber si eso nos llevará a algún puerto. Intentarlo no significa necesariamente conseguirlo.

—Lo sé, lo sé.

—Pues entonces marquémonos posibles objetivos, pero no nos propongamos unas expectativas tan altas que luego se conviertan en frustraciones.

—Tienes razón.

—Vale, pues si estás de acuerdo cambiemos de tema: esta noche ponen en televisión una película que me apetece mucho ver.

—Pues veámosla —respondió Luisa sonriente, y añadió—: Gracias por estar aquí.

—¿Por qué? Este es mi hotel favorito.

La estancia en casa de Luisa se me pasó rápido. Era muy fácil empatizar con aquella mujer. Durante la jornada del sábado aprendí sobre rosas y jardinería más de lo que había sabido durante todos mis años de vida. No tuvimos tiempo para la impaciencia, la jornada transcurrió en un vuelo y cuando anocheció, la llamada que esperaba se produjo. El hijo de Antonia cumplió su palabra y me citó a las diez de la mañana en una dirección, allá donde se encontraba residiendo su madre desde hacía unos años.

Nos levantamos temprano, no queríamos llegar tarde a la cita. Luisa tenía cara de no haber pegado ojo en toda la noche, sospecha que me confirmó durante el desayuno. Estaba nerviosa y se le caían las cosas de las manos.

—Luisa, por favor, siéntate y tranquilízate, yo fregaré los platos. Encárgate de Moro, que se va a quedar solito durante todo el día.

El trayecto hasta Madrid fue bastante silencioso. Hablamos poco. Luisa suspiraba de vez en cuando y miraba por la ventanilla. Me centré en la carretera y en no perderme por Madrid hasta llegar a la residencia de la tercera edad donde nos habíamos citado con Juan Antonio. Él, junto con uno de sus hijos, nos esperaban ya cuando aparqué el coche. Se dirigieron a mí, seguramente al observar mi cara de despiste mirando hacia todas direcciones y con el móvil en la mano lista para hacerle una llamada de urgencia.

—¿Es usted Matilde?

—Sí, soy Matilde. Usted debe de ser el hijo de Antonia, ¿verdad?

—Sí, y mi hijo Javier —me señaló a su acompañante.

—Hola a todos —respondí—; yo también he venido con mi amiga Luisa, tiene mucho interés en esta entrevista con su madre, igual que yo.

—¿Quién es la persona que están buscando? —quiso saber Juan Antonio.

—Era mi hermana —se apresuró a responder Luisa— Amelia López. ¿Le suena de algo?

—Sí, alguna vez escuché a mi madre ese nombre. Historias de su juventud.

—Sí, eran muy amigas.

—El hombre dudó; al final asintió de manera casi imperceptible. Me pareció que podía leer sus pensamientos. Historias del pasado, cuentos de viejas... ¿a quién podían hacer daño?

—Vale, pues... entremos.

Luisa y yo esperamos sentadas en una de las salas de espera. La familia de Antonia había ido a buscarla a su dormitorio, y un rato después aparecieron con ella: una anciana de cara redonda y caderas muy anchas que caminaba a pequeños pasos apoyada en un andador. Ellos la seguían con cuidado, vigilando que sus movimientos fueran seguros.

Durante la espera, Luisa me había pedido que no hiciera alusión a su vínculo familiar con Amelia; no quería que esa información sesgara el relato que Antonia nos pudiera hacer sobre la situación de su hermana durante el tiempo en que fueron amigas.

Luisa y Antonia se habían conocido durante una de sus visitas a Madrid para ver a su hermana, pero solo se vieron personalmente en aquella ocasión, así que no era posible que la anciana la recordara, después del tiempo transcurrido y del cambio que ambas habían experimentado a lo largo de más de medio siglo.

Antonia se dejó caer lentamente en el sillón y se iniciaron las presentaciones. Nadie le había avisado de que tendría visitas extraordinarias aquel domingo y se alegró muchísimo de ver caras nuevas. Nos presentamos como amigas de la familia que tratábamos de averiguar los motivos de su desaparición. En realidad no les estábamos mintiendo.

La mujer se acordaba muy bien de aquellos días. Fue un tiempo imborrable para su memoria y lo conservaba íntegro, así que le rogamos que nos contara la historia tal y como la recordaba.

—Éramos muy jóvenes —comenzó a decir—, y también insensatas y soñadoras, como todos los jóvenes. Amelia y yo teníamos muchas cosas en común, nos caímos bien desde el principio. A las dos nos contrató una de las compañías de teatro como coristas, aunque nosotras queríamos ser mucho más, como las grandes. Estuvimos mucho tiempo trabajando en la misma obra musical. ¡Tenía mucho éxito aquella comedia!

—¿Nunca les dieron algún papel más importante? —quise saber.

Se echó a reír.

—Eso no era tan fácil, hija mía. Había mucha competencia y los empresarios teatrales se las saben todas. Allí quien no corría, volaba.

—¿Quiere decir que solían pedirles algún tipo de... favor? —aventuré.

—Mira, hija, allí todas éramos jóvenes y guapas, y había que tener buenas piernas; no valía solo que tuvieras talento, que bailaras y cantaras como los ángeles. No, eso daba igual. Tenías que tener buenas piernas, porque en la escena se bailaba y había que enseñarlas, pero lo malo no era eso. Eso formaba parte de la obra. Lo malo era cuando te proponían subir un poquito más de categoría. Entonces era cuando tenías que enseñar piernas y lo que no son piernas... —señaló su bajo vientre—. Ya me entiendes.

—¡Mamá! —le riñó su hijo—. No es necesario que seas grosera.

—¡Qué sabrás tú! —protestó ella.

El niño empezó a reírse tapándose la boca y su abuela se volvió hacia él.

—¡Ríete, ríete! Pero las cosas eran así. Y tu abuela no llegó más alto por honrada, no te creas, porque bien guapa que era yo en mis tiempos. Pero mira, cuando conocí a tu abuelo, al principio iba a verme al teatro, pero luego la relación se hizo más seria y me dijo que lo tenía que dejar, que aquello no le gustaba para mí y que quería que tuviera un trabajo normal.

—¿Y lo dejó? —intervine.

—Sí. Tuve que elegir entre mi novio y el teatro y elegí a Juan. Yo también quería tener una familia, y si nos casábamos tendría que dejar de trabajar de todas formas... Lo dejé con cierto pesar al principio, pero luego no me arrepentí, creo que hice lo que tenía que hacer.

—¿Y se casó enseguida con Juan?

—No, qué va. Aún estuvimos mucho tiempo de novios. Me puse a trabajar en la mercería de una de sus tías, que ya era mayor y necesitaba alguien para la tienda. La tía no tenía hijos, y como decía mi Juan: «Esto al fin y al cabo será un día para nosotros».

—¿Y lo fue? ¿Heredaron el negocio?

—En parte sí, porque había que repartirlo con sus dos hermanas, pero luego, cuando tuve a mis hijos, lo traspasamos y la parte que nos tocó nos vino muy bien, aunque mi marido tenía un buen trabajo.

—¿Ah, sí? ¿En qué trabajaba su marido?

—Era conductor de ambulancias. En su familia casi todos trabajaban en cosas de sanidad; como tenían a la otra tía, la monja, que era matrona y conocía a mucha gente, médicos, gente importante... Por ella consiguió ese trabajo que estaba muy bien pagado.

—¿Y de Amelia? ¿Se acuerda usted?

—¿Amelia? Claro, cómo no me voy a acordar. Bastante me dolió que no viniera a mi boda.

—¿No fue a su boda? ¿Por qué?

—Porque desapareció, como si se la hubiese tragado la tierra. Fui a llevarle la invitación, ya lo habíamos hablado ella y yo, pero la casa estaba vacía y las vecinas me dijeron que se había ido sin dejar rastro. Tuve mucho miedo por ella después de eso.

La cara de Antonia cambió al recordar aquel episodio. Hasta ese momento se había mantenido risueña, encantada de poder contar su vida a oyentes tan atentas a sus palabras como nosotras. Sin embargo, la mención a la desaparición de su amiga puso un gesto de temor en sus ojos y su boca se crispó.

—¿Por qué tuvo miedo, Antonia? —insistí—. ¿Qué creyó que le pudo haber pasado a Amelia?

—¿Sabe usted dónde está o qué le pasó? —interrumpió Luisa.

—No, no sé qué le pasó ni tampoco dónde está. Eso no lo sabe nadie.

Su voz había cambiado. Se había vuelto más apagada.

—Pero algo sabe, ¿verdad? —insistí de nuevo.

Saqué las fotos de mi bolso y se las entregué. La anciana se colocó las gafas y me pareció que

una sonrisa tierna aparecía en sus labios.

—¿Las recuerda? ¿Recuerda esas fotos, esos momentos?

—Claro.

—¿Quiénes son esos hombres que están con ustedes? —señalé una de las fotos.

—Esas fotos son anteriores a que todo eso pasara. Ni siquiera conocía a Juan en esas fechas. El que está a mi lado, ni me acuerdo de su nombre, era un amigo de Alejandro; iba con él ese día y nos invitaron a tomar un refresco. Alguien nos hizo esa foto y nada más.

—¿Alejandro?

—Sí —aclaró—. El hombre que está junto a Amelia se llamaba Alejandro —hizo un gesto de desagrado.

—Y el apellido de ese hombre, ¿lo recuerda?

—No, ni quiero acordarme.

—Es muy importante saber qué pasó —intervino Luisa—. Hemos venido a que usted nos ayude. Por favor, Antonia, si sabe algo cuéntenoslo, se lo suplico.

—Ya da igual —se acomodó en su asiento—. Durante años me he mordido la lengua por miedo. Mi marido me decía que no tocara ese tema porque podía buscarnos la ruina, a nosotros y al resto de la familia. Que perdería su trabajo, que mi cuñada lo perdería también y que al final todo seguiría igual para los demás, pero no para nosotros, que lo habríamos perdido todo. Era una época muy complicada y meterse con determinadas personas podía hacer que tus huesos acabaran en alguna cuneta. Juan tenía razón —suspiró—, y yo le hice caso. Pero ahora ¿qué puede importar eso? Nadie me preguntó nunca, ni la policía ni nadie, hasta hoy. Ya ni me acordaba de todo aquello, ha pasado tanto tiempo... hasta que habéis aparecido vosotras, que no sé quiénes sois. Alguien pregunta por fin qué fue de mi amiga Amelia, ¡pobrecita mía! Y será hoy cuando cuente lo que sé, hasta donde sé.

Mi respiración se paralizó y apreté con fuerza las llaves del coche, que hasta ese momento, no sé por qué, las había tenido en la mano. Sentí que me hacía daño y aflojé la presión llenando mis pulmones de aire.

—En esa foto hacía poco tiempo que se veían —comenzó a decir—. Ella sabía que era un hombre casado, bueno, lo sabíamos todo el mundo porque él nunca lo negó ni se quitó la alianza del dedo. Al principio ella me decía que no iba a caer en sus garras, que solo se dejaba querer, pero Alejandro era un hombre rico y constante, de los que consiguen lo que quieren. Las flores le llegaban a diario y poco a poco se la fue metiendo en el bolsillo, hasta que llegó el momento en que Amelia estaba coladita por Alejandro. Todas le decíamos lo que ella ya sabía: que aquello no tendría buen final.

—¿A qué se dedicaba Alejandro? ¿De dónde le venía el dinero? —pregunté.

—¡Huy! Su padre tenía una empresa constructora y él trabajaba también allí. Ganaban en aquella época más pesetas de las que podían gastar. Tenían mucho trabajo y creo que su mujer también era de familia bien. Entre los dos vete a saber lo que amasaban, pero al parecer, según decía él, el matrimonio no funcionaba. ¡Pero bueno, quién sabe si eso era verdad o era mentira! El caso es que hasta que no se la cameló bien camelada, Alejandro no dejaba de agasajarla con regalos y cartas de amor. Al final consiguió lo que quería.

—¿Acostarse con ella?

—Claro. Pero eso no hubiera tenido importancia si no la hubiera dejado embarazada. Eso fue una faena. A los tres meses de embarazo ya se le notaba: se le hincharon los pechos una barbaridad; la sastra le tuvo que arreglar casi toda la ropa de escena. Luego, no paraba de

vomitara... en fin, para qué os voy a contar los detalles. El caso es que todo el mundo acabó enterándose del embarazo de Amelia y los de la compañía la llamaron y la despidieron con una indemnización de mierda. ¡Pobrecita, cómo lloraba!

—Pero él, al parecer recibió bien la noticia.

—Eso fue lo más extraño. Yo ya pensaba en hablar con una prima de mi madre a ver si le alquilaba una habitación, porque no sabíamos dónde se iba a meter. No podía seguir viviendo donde vivía hasta ese momento, porque sin un sueldo seguro no podía pagar, y yo estaba alquilada en otra pensión más barata pero sin habitaciones libres. Fue muy duro verla salir del despacho del jefe con aquel sobrecito en la mano, llorando desconsolada, sin saber cómo se iba a tomar Alejandro la noticia y estando ya, como se dice, en la calle.

—¿Y qué fue lo que le dijo Alejandro?

—Pues eso, que estaba muy contento. Ella se quedó de piedra y yo, cuando me lo contó, pues igual. Se la llevó a la casa donde normalmente se veían: un piso por ahí, por Malasaña, que era de su familia y lo tenía seguramente para esas cosas. Pero bueno, se la llevó allí. Era una casa antigua pero muy buena, ya hubiera querido yo por aquellos días pillar una casa así. La verdad es que, cuando se la llevó, empecé a creer que le había juzgado mal y que el hombre era bueno, que la quería y que se estaba portando muy bien con ella; y, claro, Amelia pensaba lo mismo. Estaba convencida de que iba a ser muy feliz con aquel hombre que la quería tanto.

—Hasta que la niña murió —alegué.

—¡No!

—¿No?

—No exactamente.

Su cara se endureció más aún.

—Lo que os voy a contar lo supe mucho después. Más o menos un mes antes de desaparecer ella.

—¿Tuvo problemas con él, con Alejandro?

Negó con la cabeza.

—Durante el embarazo no tuvo problemas con nadie, pero a sus espaldas hubo un asunto muy feo de por medio. Verás: después de marcharse del teatro, yo seguí trabajando allí durante casi un año. A mi marido le conocí poco después de que Amelia diera a luz, y unos cuantos meses después fue cuando me marché a trabajar a la mercería. Hasta entonces las cosas fueron como creíamos que eran: la hija de Amelia murió y ella se quedó destrozada. Aquel mal hombre arregló las cosas para sacarla de la casa de Malasaña antes de los dos meses del parto.

—Sí, eso ya lo sabemos, la llevaron a una casa del poblado de Orcasitas.

—Eso es. Bien lejos de él, donde jamás pudieran cruzarse; y, desde luego, aquel barrio no era uno de los que más frecuentaba Alejandro. Era un barrio mísero donde algunos habían hecho buen negocio dejando construir casas ilegales sobre su terreno, pero cobrándoles un alquiler. Aquello era un barrizal donde llegaban los que no tenían ni dónde caerse muertos y caían allí.

—Pero era él quien le pagaba el alquiler y la manutención, ¿no?

—Eso hemos pensado siempre, pero la cuestión no era esa, la cosa era más gorda.

Luisa y yo nos miramos, perplejas y nos quedamos expectantes ante Antonia, que mantenía aquella expresión dura mientras nos contaba la historia.

—Nosotras nos seguíamos viendo; nuestra amistad había continuado, y más después de lo que Amelia sufrió. Había pasado mucho tiempo, creo que unos tres años, y seguíamos quedando de vez en cuando para dar una vuelta, íbamos al cine, merendábamos... y hablábamos mucho de

nosotras. Yo estaba ya a punto de casarme y Juan solía tener turnos con la ambulancia. Esto fue un domingo por la tarde en que mi novio entonces estaba trabajando, así que me fui a buscar a Amelia para irnos a merendar a un sitio que nos gustaba mucho, porque tenían unos pasteles muy ricos. Cuando estábamos allí tomándonos la merienda, entró una de mis cuñadas con su novio. Ella era enfermera y llevaba ya mucho tiempo trabajando en La Paz, también por mediación de su tía la monja. Se sentaron allí con nosotras para saludarnos y yo les presenté. Claro, ellas en principio no se conocían, pero las dos se miraron como si se recordaran de algo, y además lo dijeron: «Te conozco de algo pero no caigo de qué», eso que nos ha pasado muchas veces a todas.

—Sí, es cierto —confesé—, a mí me ha pasado.

—Pues a ellas les pasó eso, pero no dijeron nada más. Mi cuñada se fue a otra mesa con su novio a hablar de sus cosas, y nosotras al acabar nos despedimos y nos fuimos de la cafetería sin más problemas. Pero al día siguiente, mi cuñada vino a la mercería y me dijo: «Anoche me acordé de qué conocía yo a tu amiga». Yo le pregunté de qué y ella me respondió que se acordaba de que la atendió en la Maternidad Jesús de Medinaceli.

—Pero ¿qué trascendencia podía tener eso? —pregunté.

—Deja que te lo cuente. Yo tampoco creí que tuviera mayor importancia el que la hubiera conocido allí. Para mí no era una noticia que Amelia había dado a luz a su hija en aquella maternidad; lo que no sabía era que mi cuñada había trabajado allí tres años antes, y que su tía la monja seguía también allí porque era matrona, ya os lo dije antes.

—Ya, pero, ¿por qué recordaba precisamente a Amelia? Seguro que había ayudado a dar a luz a infinidad de mujeres en esa maternidad. Era su trabajo. ¿Por qué la recordaba a ella?

—Mi cuñada, según me dijo, estuvo solo unos meses de prácticas allí y entre otras cosas se encargaba de lavar a los bebés, arreglar el paritorio... en fin, cosas así, pero también le encargaban a veces archivar papeles o hacer de recadera. Ya sabes. Cuando una llega nueva a un sitio, lo que nadie quiere hacer lo hace la nueva; pero en este caso, además, como era la sobrina de una de las matronas más antiguas en la clínica, también se le asignaban algunos trabajos de confianza. Ella fue la encargada de lavar a la niña cuando nació, pero en vez de dársela a su madre, su tía le ordenó llevarla a la sala de incubadoras. Le extrañó, porque la niña estaba perfectamente, pero cuando fue a arreglar a la madre para llevarla a su habitación la encontró llorando como loca, porque le habían dicho que la niña estaba muerta; y cuando le preguntó muy sorprendida que quién le había dicho eso, aquella le contestó que se lo había comunicado sor Francisca, que era su tía. Así que mi cuñada en ese momento se calló, pero se fue a hablar con su tía para no meter la pata, y la monja le dijo que se metiera en sus asuntos, que aquella mujer era una fulana enferma y que la niña iba a estar muy bien con una familia cristiana que la iba a educar como Dios manda.

Luisa y yo nos habíamos quedado con la boca abierta. No podíamos reaccionar a lo que escuchaban nuestros oídos.

Luisa se puso blanca, resbaló de la silla y tuvimos que sujetarla antes de que su cabeza se golpeará contra el suelo. Pedimos ayuda a gritos y dos auxiliares se presentaron rápidamente. Tras ellas, la enfermera de guardia apareció y entre todas tumbamos a mi amiga en el suelo abanicándola para que recuperara la consciencia.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —no paraba de exclamar la buena de Antonia, asustada por el lío que se había montado en un minuto delante de ella.

Entre Juan Antonio y la enfermera sacaron a Luisa, sujeta por las axilas, y se la llevaron al jardín para que el aire frío de la mañana la hiciera reaccionar más rápidamente mientras el nieto

de Antonia miraba la escena con cara de susto.

Me senté de nuevo delante de Antonia y me propuse no salir de allí sin toda la información que aquella mujer llevaba callándose durante más de cincuenta años.

—Antonia, por favor, siga.

—¡Por Dios! ¡¿Qué le ha pasado a la chica?! —seguía preguntando con la mirada fija en la puerta del jardín.

—¡Antonia! ¡Míreme, por favor!

—Pero, ¿qué pasa? ¿Se ha mareado?

—Sí, Antonia, se ha mareado. No pasa nada, enseguida se recuperará, ya lo verá. Siga contándome, por favor, necesito saber qué pasó después.

Me miró sin estar muy segura de que seguir relatando lo ocurrido con su cuñada fuera lo más adecuado. Le sonreí tranquilizadamente, tratando de contagiarle mi aparente calma. Por fin, respiró hondo poniéndose la mano en el pecho y continuó contándome.

—Amelia me dijo, en más de una ocasión, que cuando su hija nació la escuchó llorar fuerte y pensó que eso debía de ser algo bueno, y que cuando la monja fue a verla para decirle que había muerto, ella le gritó que no era posible, que su hija tenía el llanto de un bebé sano.

—¿Y qué le contestó la monja?

—Le dijo que lloraba fuerte porque tenía muchos dolores y que eso la mató.

—Eso es muy cruel —reproché.

—Eso es de ser una... —se santiguó—. ¡Que Dios me perdone!

—Pero hay un certificado de defunción firmado por un médico —miré mis papeles—, firmado por el doctor Eusebio Fuentes.

—¡Sí, claro! Firmar firmaban todos, pero el fraude estaba hecho.

—¿Y su cuñada tuvo conocimiento de más casos como aquel?

—Ella me dijo que no.

—Que no... que ella supiera.

—Claro, que ella supiera. Después de aquello, como había hecho preguntas comprometidas, su tía, que mandaba mucho allí, la quitó de los paritorios y la puso en la administración a archivar papeles, pero a ella, que no era tonta, se le había quedado el resquemor de aquella mujer llorando a su niña muerta. Sabía el nombre de la paciente, ¡claro, tenía que saberlo! Como la habían puesto en el archivo, buscó el historial de Amelia López y, como ya sospechaba, no había ninguna autorización firmada para dar en adopción a la niña; o sea, que se la habían quitado sin permiso de la madre. Me dijo que pensó en aquel momento que aunque la madre fuera puta, era madre, y al menos tenían que haber hablado con ella para que aceptara un futuro mejor para su hija.

—Entonces, ¿creyó de verdad que Amelia era una prostituta?

—Sí, claro. Si la monja se lo decía debía de ser así, porque mentir es pecado, ¿no?

Me echó una mirada irónica.

—¿Su cuñada vive aún? —seguí preguntando.

—No, murió hace unos años.

—¿Y no pudo saber a quién le entregaron la niña?

—No, eso no aparecía en ninguna parte.

—Se debió de quedar usted muerta cuando se enteró de todo esto.

—Me quedé, que si me pinchan no me sale sangre.

—Pero le diría a su cuñada que Amelia no era una prostituta, ¿verdad?

—¡Pues claro que se lo dije! Le dejé claro que era mi mejor amiga y una buena persona, de lo

mejorcito que hay.

—Supongo que se lo contaría enseguida a Amelia.

—No me podía aguantar aquello, me quemaba en las entrañas. Tenía una rabia... ¿Tú sabes lo que es verla llorar tres años a su hija muerta cuando en realidad se la habían arrancado del vientre sin piedad? ¡Claro que tenía que decírselo! Unos días más tarde, en cuanto Juan tuvo otra vez guardia, me fui a casa de Amelia y le conté todo lo que sabía.

—¿Qué hizo ella?

—Estuvo a punto de caerse al suelo, como tu amiga. Me dijo que iba a ir a buscarle y que le tenía que preguntar dónde estaba su hija. Que iba a ir también a la maternidad y que le iba a arrancar los ojos a la monja que se la robó. Que iba a ir luego a la policía y que los iba a denunciar a todos, que aquello no iba a quedar así; que tenía que recuperar a su hija aunque le costara la vida... ¡No sabes cómo se puso! Bueno, como nos habríamos puesto cualquiera.

—¿Y lo hizo?

—No volví a saber de ella —suspiró—, y bien que lo sentí, ya lo creo. Se lo conté todo a Juan, de pe a pa, y se puso muy nervioso. Me hizo jurar que no tocaría aquel tema nunca y menos delante de su familia; que si se sabía que su hermana me había contado aquello, nos podía pasar cualquier cosa y no sería buena. Yo protesté, claro, era de justicia que aquello se destapara, pero él me dijo que si ya lo sabía la persona interesada, o sea, Amelia, que yo no me metiera más en camisa de once varas, porque tanto él como su hermana trabajaban en sitios muy buenos gracias a su tía Francisca, la monja, que había colocado a mucha gente de la familia y a algunos amigos; que tenía mucho que agradecerle y que me callara la boca... ¡Menuda bronca tuvimos aquel día! Fue tan gorda que temí que la boda se fuera al garete y todo.

Luisa y Juan Antonio ya habían vuelto. Continuaba con mala cara pero se encontraba bien y decía estar serena. El malestar que sentía no era ya físico, era un dolor interno que le atravesaba el alma.

Aquella noticia no solo nos había impactado a ambas, sino que había complicado muchísimo más el asunto. Ahora no buscábamos a Amelia, ahora eran dos personas, había que buscar también a su hija.

Dimos por terminada la visita agradeciendo a Antonia y a su familia que nos hubieran recibido y que nos hubiera confesado todo cuanto sabía de aquel suceso terrible. Empezábamos a entrever, y también a temer, lo que le podría haber pasado a aquella madre furiosa y destrozada en su afán por recuperar a una hija arrancada de su lado de aquella manera tan mezquina.

Nos sentamos en el coche una junto a la otra, mudas, inmóviles como robots desconectados, mirando al frente como si hubiera algo que ver tras el parabrisas.

Sin necesidad de hablar, sabíamos cómo se sentía la otra: perdida, estupefacta y confusa. La noticia de que la hija de Amelia seguía viva nos había cogido por sorpresa, ninguna de las dos se esperaba algo así. Pero habíamos llegado hasta allí y no podíamos volver atrás. Imposible. Era ahora cuando debíamos multiplicar nuestro esfuerzo porque no queríamos ya encontrar solo el cadáver de Amelia ni el motivo por el cual desapareció o la hicieron desaparecer, ahora queríamos encontrar a ambas, en el lugar y en la situación que se encontraran, fuese la que fuese, eso daba igual.

—No sé cómo me siento en este momento —soltó Luisa de pronto—. No sé si reír o llorar; no sé si es más fuerte el sentimiento de alegría por que la niña viviera o el de disgusto por el terrible daño que se le hizo a mi hermana.

—Un doble dolor —añadí—. Primero anunciándole la muerte de su hija y más tarde, cuando

ese dolor empezaba a estar mitigado por el tiempo, conociendo su secuestro. ¿Cómo pudieron hacerle eso?

Luisa me miró serena, determinante al hablar.

—Hay que encontrar a ese... hombre. Ahora sí tengo claro que soy capaz de mover el cielo y la tierra hasta dar con él; le arrancaremos la verdad aunque haya que arrancarle también la piel con ella.

Tragué saliva. Estaba de acuerdo con mi amiga, pero en aquel momento, no sabía por qué, sentí miedo. Estábamos pisando un terreno desconocido y seguramente peligroso. No creía estar a la altura para llevar a cabo una indagación cuya complejidad empezaba a venirme grande. Seguramente tendría que buscar ayuda en algún lugar o en alguna persona mucho más preparada para ese tipo de asuntos. ¿Hasta dónde podríamos llegar para investigar personas, lugares...? La misma ley pondría límites a nuestra temeridad.

Aun en el caso de que lográramos encontrar al tal Alejandro, si era un hombre con cierto poder en los círculos económicos y políticos de aquella época, con seguridad que continuaría teniéndolos. No iba a ser fácil demostrar nada, pero no quería acobardarme en aquel momento incluso sabiendo todo aquello.

—¿Qué haría con ella? —prosiguió.

—¿Con quién? —pregunté.

—Con ella, con la niña. ¿Qué hizo ese hombre con ella? ¿Se la quedó? ¿La vendió? ¿La regaló? ¿Qué hizo ese hijo de puta? Le mataré. Quiero matarle.

La hice girarse hacia mí.

—¡Eh! ¡Vale ya! Tu sobrina puede seguir viva, ahora lo sabemos, y eso es un motivo de alegría indiscutiblemente. Podría ser el motivo por el que Amelia desapareció, aunque eso puede ser mucho peor de lo que nos habíamos podido imaginar en nuestras especulaciones hasta hoy mismo, pero es más de lo que sabíamos ayer.

Luisa me miraba y afirmaba con la cabeza.

—Todo lo que tú quieras, pero sigo queriendo matarle, no lo puedo evitar.

—Es muy comprensible —reí—. Pero vamos a ser prudentes. De momento vamos a hacer otra cosa: celebrarlo. Celebraremos la vida, Luisa. Hasta hace unas horas llevábamos luto en el corazón.

—Yo aún lo llevo —replicó.

—Lo llevas... lo llevamos por tu hermana, pero hemos dejado de llevarlo por su hija. Yo creo que aunque a Amelia le dieron un golpe tremendo al saber del robo de la niña, también ella dejó de llevar luto en el corazón. Opino que debemos hacer lo mismo: dejar el luto atrás, celebrar la vida. Ha sido una buena noticia, no me lo negarás.

—No sé cómo me siento, de verdad, te lo repito: no sé... Sí —dijo al fin aspirando todo el aire que le permitían sus pulmones—. Tienes razón. Siempre tienes razón.

Se echó a reír con una risa nerviosa y apoyó los antebrazos en el salpicadero ocultando la cara en ellos durante unos momentos. Dejé que se tranquilizara. Luego se acomodó con lentitud en el asiento, sacó un paquete de pañuelos de papel y se sonó la nariz. Me miró entonces con una expresión más risueña aunque con los ojos enrojecidos.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —anunció.

Me encogí de hombros.

—Tengo en casa un par de botellas de champán francés. ¿Qué te parece?

—¿Del bueno?

—Del mejor. Las tengo sin abrir desde Navidad. Como hacía poco que había muerto Cristóbal, ni yo ni ninguno de mis hijos tuvimos ánimo para tomarlo. Pero creo que ha llegado el momento de descorcharlas.

—¡Me parece una idea estupenda! —exclamé—. ¡Hoy es fiesta!

—Sí, hoy es fiesta.

Nos abrazamos antes de ponernos en marcha hacia Pedrezuela. Tenía una sensación extraña y controvertida, una especie de vértigo que seguía dando vueltas en mi estómago; solo era cuestión de tomar las riendas, de no permitir que el miedo se apoderara de mi voluntad de vencer en aquella batalla autoimpuesta. Yo era una guerrera, me dije a mí misma, vencí a la muerte una vez, cuando Amelia me ayudó a salir del abismo oscuro de sus garras, y le debía aquello; se lo debía y estaba lista para seguir combatiendo, por ella, por su hija y por ambas. Sentí entonces que aquel vértigo se diluía y la fuerza volvía otra vez a mí.

Llegamos pronto a casa de Luisa. Lo primero que hizo fue poner dos botellas de Louis Roederer en el frigorífico para que se fueran enfriando. Aún era pronto para comer.

Moro estaba contento de vernos y nos lo demostraba correteando a nuestro alrededor y pidiendo caricias que devolvía con húmedos lametones. Ayudé a Luisa a regar y a cortar algunas rosas, con las que elaboramos un precioso ramo para el jarrón de cristal que adornaba el recibidor de la vivienda.

Entre las dos preparamos la comida, excesiva para mi gusto, pero habíamos determinado que aquel día era una fiesta especial: la retirada de una parte del luto que Luisa había arrastrado durante medio siglo.

Comimos, brindamos y bebimos mientras hablábamos de temas variados, y cuanto más bebíamos, más hablábamos y más reíamos. Acabamos muy bebidas ya de madrugada, riéndonos de nosotras mismas, sentadas en el porche con una manta sobre los hombros y recordando anécdotas de nuestra vida, situaciones en las que habíamos hecho el ridículo o habíamos quedado muy mal. Nuestras risas debían de oírse en la otra punta del pueblo, pero no nos importaba demasiado, estábamos celebrando la vida.

AURORA

Por la mañana nos levantamos relativamente pronto, teniendo en cuenta que nos habíamos acostado pasadas las dos de la madrugada. Asombrosamente, comprobé que no tenía resaca. Me di una ducha reparadora y desayuné con Luisa, que se había levantado mucho antes que yo y lo tenía ya todo dispuesto y en orden. Ambas estábamos de acuerdo en que había que ordenar nuestras ideas y planificar los pasos a dar para continuar averiguando todo cuanto pudiéramos sobre el paradero de la pequeña Amelia y de su madre. Aún quedaba mucho por hacer.

Para Luisa, lo primero era comunicárselo a sus hijos. Decía que una noticia así no podía mantenerla en secreto, era algo a compartir con sus seres más queridos. Estuve de acuerdo.

Quise hacer lo mismo, ponerme en contacto con mi hijo, cuando escuché la melodía de mi móvil. «¡Vaya! —pensé al mirar la pantalla encendida—, hablando del rey de Roma». Era Guillermo y me apresuré a contestar.

—¿Mamá?

—Buenos días, cariño. Precisamente en este momento me disponía a llamarte.

—Bueno, me alegra escuchar eso, empezaba a pensar que te habían secuestrado o algo así.

—¿Qué tonterías dices! —reí.

—En serio, mamá, empezaba a estar preocupado. Hace muchos días que no sabemos nada de ti, aunque ya sé que estarás ocupada con tu nueva ocupación de Teniente Colombo.

—¡Vamos, Guille! No me he olvidado de vosotros ni un segundo, pero sí es cierto que he estado bastante ocupada con el asunto de Amelia. Sabes perfectamente que estas vacaciones las iba a dedicar en gran parte a averiguar algo sobre su desaparición, pero no han pasado tantos días como para que te preocupes. ¿Cuánto tiempo pasamos sin hablar cuando estoy en casa? Creo que exageras. Ten un poco de confianza en mí.

Confieso que me molestó un poco el reproche de mi hijo en aquel momento. No creí que debiera dar explicaciones ni consideraba que nadie tuviera derecho a mantener un control sobre mis movimientos, como si yo fuera una hija adolescente que no mantiene informados a sus padres durante unas vacaciones de campamento. No pude disimular mi disgusto en la voz por esa exigencia repentina por parte de Guillermo, su tono me recordaba demasiado a su padre.

Guillermo notó mi contrariedad, me conocía demasiado y también sabía que su madre era una completa amante de su libertad, así que cambió su forma de hablar cuando prosiguió.

—Creo que tienes toda la razón, discúlpame, por favor. Es que... tenía muchas ganas de contarte algo y supongo que esperaba con demasiada impaciencia hacerlo.

—¿Contarme algo? —me alarmé—. ¿Ha pasado algo? ¿Te ha pasado algo?

—No, no. Escucha, solo tengo unos minutos antes de entrar a clase, tampoco puedo alargarme demasiado. No ha pasado nada malo, de verdad, al contrario.

—¿Entonces?

—Verás, solo quería decirte que Irene...

—¿Os vais a separar?

—¡Nooo! Déjame acabar, por favor, no es eso. Te he dicho que no es algo malo. Quiero decirte que Irene y yo... que Irene está embarazada. Hace pocos días que lo sabemos.

Grité. Me tapé la boca pero el grito hizo que Luisa viniera corriendo con cara de preocupación y se me quedara mirando interrogante mientras yo reía a punto de llorar sin saber a santo de qué

acudían las lágrimas a mis ojos. Tendríamos que volver a celebrar la vida y aún no me había repuesto de la cena de la noche anterior, y lo peor de todo: no nos quedaba champán francés.

—¡Pero eso es maravilloso! —volví a gritar—. ¿Cómo está Irene? ¿De cuánto tiempo está?

—Bien, muy bien. Solo está de nueve semanas, mamá. Está muy contenta y ya está haciendo la lista de cosas que necesitaremos para el bebé.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Yo... yo estoy contento, mamá, pero también muy asustado. Creo que no me esperaba que llegara tan pronto este momento. Me siento un poquito desubicado y te he echado de menos. Te resultará ridículo y te pido que no le digas eso a Irene, me haría quedar como un idiota.

—No le diré nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Tú eres mi hijo, sigues siendo mi niño. Iré hoy mismo si me necesitas.

—No, por favor. Sigue con tus cosas. Lo de antes fue una tontería, es que... —bajó la voz—, necesitaba que me abrazaras como cuando era pequeño y tenía miedo de algo. Es absurdo, ridículo, lo sé. A lo mejor es que no estoy preparado para ser padre.

—Cariño, nadie está preparado para ser padre. Yo tampoco estaba preparada para ser madre, pero aquí estoy y ahí estás tú. No he debido hacerlo tan mal viéndote, escuchándote, conociéndote... y siempre serás mi niño. ¡Estoy tan contenta!

—Mamá.

—Dime.

—No hace falta que vengas corriendo, tenemos mucho tiempo todavía y perdona si antes fui exigente contigo. Tienes perfecto derecho a hacer lo que te plazca, yo estaré aquí cuando vuelvas para que me des ese abrazo liberador de todos mis miedos —se echó a reír y yo con él.

—Estaré allí muy pronto. Anda, cuelga o llegarás tarde a dar tu clase.

Comprendí inmediatamente la inquietud de mi hijo, su temor ante una responsabilidad como aquella. Mi mosqueo de unos minutos antes desapareció por completo, y yo también sentí la impaciencia de volver a ver a Guillermo y apretarlo contra mi pecho. Transmití a Luisa la buena nueva. Me sentía orgullosa de mi hijo y me invadía una inmensa sensación de felicidad. Entre las dos convinimos que era una pena que se hubiera acabado el champán, pero siempre cabía la posibilidad de comprar un buen cava en las tiendas del pueblo. Mi amiga me sugirió que me marchara a Alicante con mi familia y pospusiera el plan que estábamos elaborando para continuar con las indagaciones sobre el paradero de Amelia y de su hija, pero me opuse.

Aún podíamos hacer muchas cosas a lo largo de esa semana. Era lunes y podría volver a casa el siguiente fin de semana. No sabía si ir de nuevo a Madrid y buscar la dirección de la Maternidad Jesús de Medinaceli. Sabía que era probable que guardaran historias médicas tan antiguas como las que estábamos buscando, pero lo más difícil sería acceder a esa información, no ya por antigua, sino porque era un material delicado para el hospital.

No conocíamos a nadie que tuviera acceso a los archivos de ese hospital, y aunque tuviéramos algún conocido dentro, el riesgo era muy grande. No todo el mundo estaría dispuesto a jugarse el trabajo por cometer una ilegalidad, por muy importante que fuera nuestro cometido.

A través de Internet localizamos el teléfono de la administración del hospital y, como la cosa más inocente del mundo, hice mi consulta a la persona que nos atendió al otro lado de la línea. Puse el manos libres para que Luisa participara de la conversación, y a continuación hablé con la mujer que respondió al teléfono. Le dije que, por motivos familiares de extrema gravedad, necesitábamos una copia de la historia clínica que obraba en sus archivos sobre Amelia López Barrera, que dio a luz en aquel hospital el 14 de enero de 1962 y cuyo bebé falleció a las pocas

horas. Por supuesto, necesitábamos también el informe médico de las causas del fallecimiento de la niña.

—Me temo —contestó con voz grave la señora que me escuchaba al teléfono— que todo eso deberá solicitarlo por escrito y justificar su solicitud con la documentación médica o jurídica que origine la petición. Pero dudo —apuntó— que se resuelva favorablemente si no lo solicita la propia paciente o sea realmente una causa jurídica.

—Pero —alegué— la paciente ya no está entre nosotros.

—En ese caso, lo siento mucho, pero son informes de absoluta confidencialidad y amparados por la Ley de Protección de Datos. Necesitará algo más que una solicitud para conseguirlos.

—Y... ¿no hay alguna otra forma de acceder a su contenido? Le aseguro que es muy importante.

—Escuche —aclaró tras un suspiro—. Lo que usted pide es imposible. Si quiere mi consejo, y lo hago a título personal, póngase en contacto con alguna de las asociaciones, si es que no lo está ya. Por sus preguntas, sospecho que su interés apunta más hacia la neonata fallecida que hacia la propia paciente. ¿Me equivoco?

—No —confirmé—. Y, ¿adónde dice usted que debería dirigirme?

—A cualquiera de las asociaciones existentes. Si creen que hubo alguna irregularidad con respecto a ese nacimiento, ellos tienen letrados que le ayudarán a conseguir información, o al menos le ayudarán en su búsqueda. Pero —añadió— yo no le he dicho nada.

—Por supuesto. Gracias.

Me volví hacia Luisa. Ella me miraba serena y asintió con la cabeza dándome a entender que todo lo que la mujer del hospital me había dicho tenía lógica. La tenía realmente, pero aquello nos limitaba cualquier intento de actuación.

La recomendación que nos había dado sobre la «asociación» me recordó al empleado del cementerio. Ahora comprendía a qué se refería aquel hombre cuando me confundió con alguien relacionado con ella. Probablemente se estaban refiriendo ambos a una asociación de bebés robados y yo, tonta de mí, no había caído en la cuenta hasta ese momento. Claro que tampoco me lo habría imaginado jamás, hasta que Antonia nos confesó todo aquel turbio asunto del robo de la pequeña Amelia. Ahora lo teníamos claro y posiblemente no sería mala idea contactar con alguna de las asociaciones de Madrid. De momento, el empleado del cementerio me había aportado un nombre: Aurora.

Hicimos una lista con varias de las asociaciones que aparecieron en Internet y nos dispusimos a contactar preguntando por Aurora. Fue Luisa quien la localizó al segundo intento. Resultó ser la presidenta de la asociación. La mujer buscaba a su hermano robado treinta años atrás. Su madre había fallecido con la pena de saberlo vivo y no haberlo encontrado nunca.

* * *

Nos citamos con Aurora a primera hora del día siguiente en el piso que ocupaban como sede de la organización. Era una mujer rubia y robusta, de cara redonda y ojos grandes. Por su forma de hablar nos pareció una mujer culta, aunque no quisimos ahondar en los detalles de su vida a excepción de lo que ella nos quisiera contar. Nos recibió con un abrazo, como si perteneciéramos a su familia. Realmente, todas las personas que iban y venían a nuestro alrededor por aquel pisote la asociación tenían una historia parecida que contar. La única diferencia que nos hizo notar Aurora con respecto a los demás, radicaba en el hecho de que también hubiera desaparecido la madre al intentar buscar a su hija. Posiblemente, ese era el único caso de esas características.

Habíamos tenido buen cuidado en llevar la escasa documentación que Luisa guardaba de su sobrina: el certificado de defunción firmado por aquel médico, Eusebio Fuentes. No existía ningún otro certificado que acreditara el nacimiento de la niña, tan solo el de defunción permitía justificar la búsqueda de alguien que, por pura lógica, tenía que haber nacido vivo antes de fallecer.

—Las madres —explicaba Aurora—, ante el terrible golpe de la noticia de la muerte de sus hijos, no exigían en la mayoría de los casos ese certificado de nacimiento; y cuando se lo daban tampoco les servía de mucho, puesto que la criatura se suponía muerta al poco de nacer o directamente como un feto parido ya sin vida.

—¿Y de qué les servía el certificado de defunción? —quiso saber Luisa.

—Sencillamente, para los trámites legales del entierro de la criatura. Sin un certificado de defunción no se puede enterrar a nadie.

—Pero mi hermana ni siquiera se encargó personalmente del entierro de su hija; en cambio, guardó este documento en el fondo de un baúl.

—Da igual —confirmó Aurora—. Se pudo hacer con una copia compulsada por la clínica. Ella, como todas, se quedó conforme al recibir un documento que la convencía de que su hija había muerto.

—Yo solicité hace días información sobre ese enterramiento —intervine—. Estoy a la espera de una llamada o de un correo de la administración del cementerio de La Almudena.

—¿Con quién hablaste allí? —preguntó Aurora interesada.

—Pues... la verdad es que no le pregunté el nombre. Era un hombre de mediana edad y que parecía conocerte, porque me dio recuerdos para ti.

—¡Ahh! —exclamó ella complacida—. Entonces, con seguridad es Fermín. Te llamará pronto, es muy eficiente y suele colaborar bastante con nosotros. Tiene un caso cercano en su familia: una de sus primas también fue declarada muerta al nacer, luego se descubrió que se la habían dado a una familia de Gerona. Después de mucho investigar dieron con ella, ya casada la chica, claro. Fue todo muy emocionante.

Aurora nos explicó el funcionamiento de la asociación y los trámites seguidos; las conversaciones con la Fiscalía y los contactos con los representantes del Gobierno. La dura tarea de búsqueda de sus hijos y hermanos no siempre daba fruto. A través de testigos directos se había podido encausar a algunas de las personas responsables de las transacciones entre responsables de hospitales y padres adoptantes. A veces se había hecho a cambio de dinero de forma probada, otras veces no había sido posible verificar el pago por la adquisición de bebés arrancados de las cunas o de los mismos paritorios. Todos los casos eran igualmente trágicos y dolorosos. En el de Amelia, tal vez uno de los más antiguos, la Clínica Jesús de Medinaceli había sido objeto de varias denuncias y el médico que firmó la defunción de la pequeña Amelia también había formado parte de las personas investigadas durante los años precedentes. Pero nadie, ni los buenos ni los malos, escapan a la afilada espada del tiempo, y aquel hombre había fallecido sin pasar siquiera por el juzgado, de la misma forma que sor Francisca. Sin embargo, el hecho de que hubiera «varias» denuncias no significaba que no hubiera habido muchos más casos sin denuncia de madres o familiares que creyeron que las criaturas habían fallecido de verdad. Eran casos que jamás verían la luz.

Tenía tan reciente la noticia de que pronto nacería mi primer nieto, que no podía dejar de pensar, mientras la escuchaba contar aquellas historias terribles, que eso le podía suceder a cualquiera, incluso a nosotros. Me estremecí al pensarlo. No era la primera vez que escuchaba cosas así; de hecho, hacía días que habíamos conocido esa parte de la historia de Amelia: el robo

de su hija. Sin embargo, la posibilidad de que mi hijo y yo misma pudiéramos vivir y sufrir una circunstancia parecida, me daba escalofríos.

Conocer el sufrimiento de los demás, conocer las causas de ese sufrimiento, sentir con ellos la impotencia de no poder resolverlo o impedirlo, nos lleva a insensibilizarnos, a sufrir tan solo intelectualmente, porque sabemos lo que significa sufrir y lo hacemos por pura empatía, pero el auténtico dolor parece lejano. En cambio, sentir la posibilidad de que ese dolor sea sentido en pecho propio hace que nuestro cerebro nos alerte de forma diferente, y entonces aparece el miedo; no la compasión, no la solidaridad, no... es el miedo. Un miedo que muerde dentro de las entrañas. Me di cuenta entonces de que había una diferencia y me sentí mucho más unida a Amelia, incluso mucho más unida a toda aquella gente que buscaba, que gritaba y que se desgarraba sin encontrar lo arrebatado, lo más querido.

Mientras nos acompañaba a la puerta, Aurora pasó cariñosamente su brazo por los hombros de Luisa.

—Y a ti te quiero decir una cosa, y te lo voy a decir con mucha pena, pero no debes tener demasiadas esperanzas en encontrar a tu hermana; y si llegas a encontrarla, es muy difícil que siga con vida.

—Ya lo sé, Aurora, no creas que no lo tengo claro. Pero aun así, necesito saber qué le pasó.

—Esa forma de desaparecer —continuó Aurora— tiene muy mala pinta. Aquellos fueron años muy movidos. En el 65 había revueltas estudiantiles continuas, huelgas, manifestaciones, encarcelamientos, torturas... la respuesta del régimen de la época siempre era la misma: represión, golpes y más represión.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Quiero decirte que nada escapaba de la política y esta era siempre represiva. Si como decís el padre de la niña era una persona de peso, social y económicamente hablando, con seguridad tenía contactos importantes en las élites políticas. Todo funcionaba así entonces y ahora, pero entonces no se andaban con chiquitas; si tu hermana empezó a molestar a alguien importante, su desaparición tiene trazas de ir en esa vía.

—¿Piensas de verdad eso? ¿Me lo dices en serio?

—Te lo digo tal y como lo pienso —dijo poniéndose de frente a Luisa—. Visto desde fuera y conociendo un poco la historia, tal vez me equivoque... ojalá me equivoque, pero insisto en que no tiene buena pinta.

—Bueno —intervine al observar que Luisa la miraba con angustia—; aún no sabemos nada. Hay que esperar a tener más datos, tal vez cuando encontremos al tal Alejandro podamos verificar o no esa teoría. De momento —hice hincapié— nos podemos perder en un mar de especulaciones.

—Es verdad, perdona —se disculpó Aurora—; estoy haciendo suposiciones que no ayudan en nada. Hay que avanzar paso a paso y ya veremos a qué lugar nos llevan los pies.

Prometimos llamarla a cualquier hora en caso de que necesitáramos ayuda para lo que fuese, y salimos dispuestas a dar un largo paseo que nos despejara y nos ayudara a poner las ideas en orden. Sabíamos que, a pesar de haber dado grandes pasos en nuestro empeño, continuábamos sin tener nada en realidad, excepto mucha más incertidumbre escociéndonos dentro.

Estábamos en un *impasse*, no era posible hacer nada más que esperar, y tomamos la decisión de aprovechar el resto del día en hacer una inmersión turística por la ciudad y homenajearnos con una buena comida. Nuestra amistad se estrechaba con el paso de los días, compartiendo nuestro tiempo, nuestros recuerdos y nuestros pensamientos.

Empezaba a caer el sol que entibiaba el aire frío del día y empezamos a notar que la

temperatura bajaba, así que decidimos retomar el camino hacia Pedrezuela y tomarnos un té caliente frente al televisor.

Fue allí, reconfortada y caliente, cuando reparé en que no había mirado la pantalla de mi móvil en todo el día. Era raro en mí, una auténtica adicta al trabajo dejando de lado el endiablado aparatito. Lo rescaté del fondo de mi bolso y eché un vistazo a las notificaciones de wasap. Me llamó la atención especialmente una de ellas: provenía de un número desconocido, llevaba hora de las doce y media de mañana. Lo abrí:

Buenos días, doña Matilde. Soy Fermín, el funcionario del Cementerio Municipal de la Almudena. Acabo de enviarle un email con archivo adjunto en el que le envío la información que solicitó. He sido lo más rápido que he podido. En caso de necesitar mi ayuda, por favor, no dude en ponerse en contacto, este es mi teléfono personal. Un saludo.

—¡Luisa! —grité sobresaltándola—. Tengo que abrir el correo.

Respondí a Fermín con otro wasap, con un escueto «gracias» y corrí al ordenador. En efecto, allí estaba el correo con su archivo, tal y como Fermín me lo había anunciado. Había sido rápido, ya nos lo avisó Aurora.

Leímos impacientes el contenido del documento dejándonos, una vez más, completamente pasmadas. Ambas esperábamos leer el nombre de Alejandro como ordenante de los trámites de enterramiento de la niña; en cambio, lo que aparecía en su lugar era un nombre de mujer: Dolores de Haro Caballero.

—¿Pero quién coño es esta tía?! —solté exasperada.

—Mira esto —Luisa señaló una de las líneas del documento.

—¡Noventa y nueve años! —exclamé—. ¿La tumba está comprada para noventa y nueve años? ¿Por qué tanto tiempo?

Luisa mostró una mueca en los labios parecida a una sonrisa forzada.

—¿No lo ves? Porque la tumba está vacía.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—A mi padre lo sacaron del nicho a los diez años porque no podíamos pagar la renovación y pasaron sus huesos a otro lugar, a un osario. Si contrataban una tumba a pocos años, al transcurrir ese tiempo se descubriría que la tumba estaba vacía y podrían tener problemas legales; en cambio, si podían pagar una tumba para noventa y nueve años, ¿quién va a reclamar una tumba vacía de un siglo de antigüedad? No queda nadie ni para reclamar, ni para investigar.

Me quedé petrificada.

—Es cierto. No hay responsables, todos están muertos. Se da carpetazo y adiós. Lo tenían muy bien calculado.

—Ahora —apuntó Luisa— hay que averiguar quién es esa mujer y qué tiene que ver con todo este entramado.

—De acuerdo —convine con ella—. Aquí viene reflejado el domicilio de la contratante de la tumba: Gran Vía, 38. No es mal sitio. Empezaremos por ahí, es posible que esa dirección continúe perteneciendo a la familia.

Había que tranquilizarse, descansar esa noche y volver a viajar a Madrid al día siguiente para tratar de averiguar algo sobre la imprevista mujer que aparecía en los papeles como contratante de la tumba de la niña de Amelia, por la friolera de noventa y nueve años. Había que reconocer que aquel nuevo y extraño dato nos había dejado completamente descolocadas.

Amaneció una mañana fría y cubierta de una espesa niebla. Apenas se veía nada a un metro de distancia. Luisa me acercó una taza de café humeante mientras yo trataba de distinguir algo del jardín a través del ventanal de la cocina.

—Tendremos que circular despacio por la autovía —propuso a mi espalda.

—Sí.

—Debes de estar deseando volver a tu casa, llevas demasiados días con todo este estrés y estarás agotada.

Me volví sin prisa hacia ella mientras daba un largo trago al café.

—Estoy bien —afirmé—. Hoy continuaremos indagando en esa dirección. Tal vez mañana me vaya, pero solo por unos días. Mi hijo y mi nuera tienen sus trabajos y yo estoy de vacaciones. Estaré con ellos un par de días, después volveré y continuaremos con todo esto.

—Bien —celebró ella—. Te estaré esperando. Tengo que reconocer que me estoy divirtiendo bastante contigo.

Me eché a reír.

—Yo también. ¿Has hablado con tus hijos? —añadí.

—Sí, con todos ellos.

—¿Y qué tal se han tomado el asunto?

—Están sorprendidos con todo lo que ha pasado y las cosas que hemos conseguido averiguar, pero me animan a seguir investigando todo este asunto.

—Eso es estupendo. Tus hijos parecen ser unas personas maravillosas.

Luisa sonrió complacida.

—Lo son.

* * *

El calor del sol, aunque tenue, rebajó la espesura de la niebla matutina. Aun así, el viaje transcurrió más lento de lo que hubiera sido deseable. Toda precaución era poca, sobre todo después de pasar junto a dos coches accidentados por la escasa visibilidad. Al llegar a la capital, el día se había despejado y enfilamos nuestros pasos hacia la dirección que indicaba el documento enviado por Fermín.

El edificio, situado en la Gran Vía madrileña, tenía una espléndida fachada de corte señorial. Temíamos que el portal estuviera cerrado y no tuviéramos la oportunidad de preguntar a nadie por la misteriosa mujer que figuraba en el documento, aunque también cabía la posibilidad de que, tras la cantidad de tiempo transcurrido, nadie conociera a aquella mujer.

Tuvimos suerte. El portero fregaba la amplia entrada que conducía a los ascensores. Al vernos entrar apoyó la fregona contra una de las paredes y se dirigió a nosotras cortándonos el paso.

—Buenos días —saludamos con nuestra mejor sonrisa.

—Buenos días —respondió él con gesto interrogante.

—Estamos tratando de localizar a una persona —me apresuré a decir.

—¿A qué persona?

—Bueno, en realidad no sabemos si continúa viviendo en este edificio o si continúa viviendo, simplemente.

—Sí, pero ¿a quién se refiere? —volvió a preguntar impasible.

—A doña Dolores de Haro Caballero. ¿La conoce usted?

—En los años que llevo trabajando aquí, que son casi doce, no he conocido en este portal a ninguna Dolores de Haro Caballero.

—Vaya —fingí sorpresa—. Tal vez falleció antes de que usted llegara, o tal vez cambiara de domicilio.

—Tal vez.

—Pero... —insistí—. ¿No hay nadie aquí con ese apellido? ¿De verdad?

—Le repito que no, señora.

—¿Y Alejandro? —interrumpió Luisa.

El portero la miró con sorpresa.

—¿Alejandro? Hay dos propietarios con ese nombre. ¿A cuál de ellos se refiere?

Ambas nos miramos intentando coordinar una estrategia telepática.

—Pues... Alejandro —siguió improvisando Luisa—, estará ahora por los ochenta y pico años.

El portero abrió la boca como si se acabara de acordar de algo importante.

—¡Hombre! ¡Don Alejandro Riquelme de Haro! Perdonen, señoras, no había caído en el detalle. Es que yo no llegué a conocer a la difunta madre de don Alejandro. Imagínense, tendría ahora más de cien años.

—Claro —intervine—. Parece mentira cómo pasa el tiempo. ¿Y Alejandro sigue bien?

—Pues... hombre, bien, lo que se dice bien... pues no mucho.

—¡Dios mío, le ha pasado algo! —exclamamos las dos casi al unísono.

—Pues hace ya tiempo que está pachucho, ya saben, la edad que tiene...

—¿Pero está en casa? —continué preguntando.

—No, desde ayer está ingresado de nuevo. Él va y viene hasta que le llegue el momento, que Dios quiera que tarde mucho, pero es que sus riñones no le funcionan bien y cada dos por tres se pone muy malito y, ¡hala!, otra vez al hospital.

—Es que la edad no perdona —sentenció Luisa.

El hombre levantó los hombros con gesto de resignación.

—Es ley de vida. ¿Y ustedes? —quiso saber—. ¿Son de la familia?

Volvimos a mirarnos buscando una historia rápida y convincente.

—Doña Dolores era mi tía segunda, pero yo de pequeña la quería mucho. Somos parientes lejanos.

—Ya. ¿Pero no son de Madrid?

—No, somos de Alicante.

—¡Hombre, de Alicante! —celebró el portero levantando los brazos como si quisiera bailar una jota—. ¿Qué tal la Explanada? ¿Sigue allí?

—Normalmente no se mueve del sitio —respondí jocosamente.

—Yo hace tiempo que no voy, pero durante muchos años hemos veraneado en Santa Pola. ¿Conocen Santa Pola?

—¿Cómo no vamos a conocer Santa Pola, hombre de Dios?

—Pues teníamos un apartamento en segunda línea de playa, no crea. Lo bien que lo hemos pasado allí, y lo bien que se come. ¡Menudas paellas nos hemos metido entre pecho y espalda!

—Vaya, ¿y qué pasó? ¿Dejaron de ir por algo?

—Tuvimos que vender el apartamento, por problemas familiares.

—Al menos tenían ese recurso.

—Pues sí, doy gracias a Dios que teníamos al menos ese recurso.

El portero ya nos hablaba con la familiaridad propia de quien tiene algo en común con el otro,

y eso había que explotarlo. Me propuse salir de allí con toda la información que pudiéramos sacarle. Confiaba en que aquel hombre fuera fiel a lo que se espera de un portero, y se lanzara a cotillear sobre el inquilino Alejandro Riquelme hasta que se le cayera la lengua a pedazos, así que le interpele con la misma naturalidad, dejando que se explayara y diera rienda suelta al relato de la vida de los Riquelme de Haro.

—¡Disculpe, por favor! —me excusé—. Ni siquiera le he preguntado su nombre ni nos hemos presentado.

—¡Ay! ¡Es verdad! Soy Damián.

Le estreché efusivamente la mano.

—Encantada de conocerle, Damián. Es usted un hombre simpatiquísimo. Me llamo Matilde.

Luisa hizo lo propio y el portero parecía complacido. Era el momento de adentrarnos más en la conversación ahora que nos conocíamos los tres; teníamos Alicante como punto de referencia común y unas insaciables ganas de hablar.

—Entonces dice usted, Damián, que Alejandro está ingresado de nuevo —dije poniendo cara de preocupación.

—Pues sí. A esas edades, ya sabe usted, todo son sustos.

—¿Y a qué clínica se lo han llevado? Si no es un inconveniente informarnos. No podemos dejar de ir a visitarle.

—¡Ningún inconveniente, doña Matilde! Está en el Hospital Brulon.

—Gracias, Damián, qué gran favor nos está haciendo.

—¿Y su esposa? —interrumpió Luisa.

Damián la miró con cara de asombro.

—¿Su... esposa? Debe de hacer muchos años que no tienen ustedes contacto con don Alejandro, ¿verdad?

—Sí —respondimos al unísono—, muchísimos años.

—Es que yo a su esposa no la he conocido tampoco. Murió hace mucho y dicen las vecinas más antiguas de la finca —bajó la voz— que se suicidó.

—¡Dios mío! —exclamamos las dos al mismo tiempo.

—Pues sí, como se lo cuento.

—No teníamos ni idea —argumenté—; lo han mantenido muy en secreto, porque no nos llegaron noticias.

Damián se acercó más a nosotras deseoso de profundizar en aquel morboso tema.

—Parece ser que se marchó a descansar a una finca que tenían en Marbella, o eso dijo ella a su marido, y se tomó todas las pastillas de una caja de no sé qué medicamento. La encontró al día siguiente la asistenta muerta en su cama y, claro, ya no había nada que hacer. Al parecer llevaba muchos años en tratamiento por depresión. Esas cosas no suelen tener buen final.

—¡Qué horror! Sería un golpe muy duro para él —supuse.

—Para él... y para su hija. ¡Pobre criatura! Era una cría cuando eso pasó.

—¿Su... hija? —tartamudeó Luisa. Ambas nos miramos.

—Sí, su hija Blanca. ¿Tampoco saben que tiene una hija?

Me pareció que Damián fruncía el ceño; empezaban a ser demasiadas cosas las que no sabíamos de Alejandro Riquelme y había que despejar cualquier tipo de suspicacia de la mente del portero. Necesitábamos tenerlo a nuestro favor.

—¡Claro que conocemos a Blanca! —aseguré con énfasis—. Pero es que con la mujer de Alejandro nunca nos llevamos bien, por eso creo que no nos dijeron lo de su suicidio. —El

portero pareció relajarse ante esa confesión tan íntima de roces familiares—. Pero, por favor no comente esto porque son asuntos de familia muy delicados.

—Ah, ya entiendo. No se preocupe, doña Matilde, soy una tumba. En todas las familias hay encontronazos, sobre todo si se trata de asuntos de dinero, herencias y cosas así —me sonrió con complicidad.

—¡Por ahí van los tiros! —confirmé yo.

—Entonces —inquirió Luisa—, dice usted que está en la Clínica Brulon.

—Sí, así es.

—Y su hija, me imagino que estará con él si no hay más familia.

—Pues me imagino que sí porque aparte de ella y sus nietos, no tiene más familia... aparte de ustedes, claro, que se va a llevar una sorpresa, creo yo.

Luisa dio un respingo y me apretó el brazo con fuerza.

—Claro que se va a llevar una sorpresa —confirmé dando por finalizada la conversación—. Nos vamos enseguida a verle. Muchísimas gracias, Damián, ha sido usted muy amable con nosotras.

—Espero verlas pronto por aquí.

—Naturalmente que vendremos —le aseguré estrechándole la mano.

Salimos deprisa. El día se había oscurecido. Unas nubes negras invadían con rapidez el cielo amenazando una lluvia inminente. Comenzó a caer agua con fuerza, y antes de que llegáramos al aparcamiento íbamos caladas como sopas.

Llegamos corriendo, lo más deprisa que pudimos. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos dentro del vehículo tratando de recuperar el aliento por la carrera. Nos miramos y estallamos en carcajadas al ver las pintas que llevábamos, con el pelo pegado a la cara, el rímel corrido y la ropa empapada.

Estábamos eufóricas tras la conversación con Damián. En una hora habíamos avanzado una barbaridad en nuestras indagaciones.

—¡Por fin sabemos quién es la misteriosa Dolores de Haro! —exclamó Luisa retirándose el pelo de la cara—. ¡Es increíble! Hasta su madre estaba metida en este tinglado. ¡Dios, qué locura!

—Es verdad —coincidí con ella—. Parece mentira. No me puedo imaginar qué más cosas hay detrás de este asunto.

—Pongo la mano en el fuego a que fue ella la mujer que describió Pedro, la que visitó a mi hermana la última tarde que fue vista en su casa.

—Yo, desde luego, no lo descartaría —admití—. Desde luego podría coincidir con las características que dijo Pedro: una mujer mayor, elegantemente vestida. Lo que no me imagino es lo que fue a hacer a casa de Amelia.

—Pues yo sí me atrevo a imaginármelo.

—¿Qué crees que pasó? ¿Iría a amenazarla tal vez?

—Seguro que sí. Antonia le había contado días antes lo que supo a través de su sobrina: que la niña estaba viva y que se la habían dado a alguien. Posiblemente, Amelia correría en busca de Alejandro para pedirle explicaciones y el paradero de su hija.

—Tiene sentido —admití—. Empezaría a llamar a su puerta y a su despacho, como hubiera hecho yo o cualquier otra madre.

—Claro —continuó Luisa—, y si la madre de Alejandro estaba también en el ajo del secuestro de mi sobrina, trataría de amedrentar a Amelia para que dejara en paz a su hijo.

—¿Amedrentarla hasta el punto de pegarle? —sugerí.

—¿Pegarle? ¿Crees que se atrevió a pegarle?

—Dime entonces cómo resultaron rotas las gafas y dentro del pozo. Las gafas cayeron al suelo y se rompió un cristal. Pedro pisó los restos de ese cristal cuando se quedó cuidando de la casa de Amelia. Luego, Dolores de Haro, antes de marcharse, recogió las gafas del suelo y las lanzó al pozo.

—Sí, tuvo que ser ella. Amelia jamás hubiera hecho semejante cosa y no había nadie más.

Luisa apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y se limpió los ojos.

—No puedo... no quiero imaginarme a esa mujer abofeteando a mi hermana, a mi hermana, que jamás hizo daño a nadie. Yo sí que la abofetearía a ella si la tuviera ahora delante. Le quita a su hija y encima le pega. ¡Qué hija de puta!

—Bueno, Luisa, no te alteres, piensa que estamos especulando. En realidad solo son suposiciones. Nadie podrá saber jamás lo que ocurrió de verdad, aunque lo que intuimos parece lo más probable. No podemos cambiar eso ni nada de lo que ocurrió. Sigamos adelante.

—Sí, tienes razón. Me estoy poniendo mala solo de pensarlo; y en realidad, fuera lo que fuera lo que pasó, no puedo cambiarlo. Esa mujer está muerta y Amelia... no sé... quizá también.

—Vayamos paso a paso, como nos aconsejó Aurora. De momento ya sabemos bastante más de lo que sabíamos ayer: Alejandro está en la Clínica Brulon, será fácil localizarle; lo que nos ha contado Damián de la mujer de Alejandro es muy fuerte, y es bueno conocer esos detalles para hacer el mapa completo de este asunto. Puede que no signifique nada o puede que nos aporte algo, de momento ahí está. Pero lo que me ha impactado de verdad ha sido la alusión que ha hecho a su hija Blanca.

—¿Crees que es mi sobrina?

—Estoy segura.

—Entonces, se llama Blanca.

—Mujer, lo que no tendría sentido es que le hubieran mantenido el nombre que tu hermana le puso: Amelia, como ella.

—Sí, claro. Pero —observó Luisa— sobre la tumba sí pusieron el nombre de Amelia.

—A mí no me parece extraño —respondí—. Ese era el nombre que le puso tu hermana y esa era la tumba que visitó durante tres años. ¿Qué otra cosa podían hacer? Amelia se quedó conforme y segura de que su hija reposaba bajo esa lápida, y así la mantuvieron todo ese tiempo.

—Hasta que descubrió el engaño.

—Sí, hasta que descubrió el engaño.

—Ahora ya sabemos su nombre real: Blanca Riquelme.

—Y ya has oído a Damián: él ha hablado de sus nietos, por tanto Blanca tiene hijos.

—¡Dios mío, Mati, qué nerviosa me estoy poniendo! Si mi hermana pudiera estar aquí ahora y nos escuchara... ¡tendría nietos si estuviese viva! Me emociono de pensarlo. ¡Mi pobre Amelia! ¡¿Qué te hicieron?!

—Ya empezamos de nuevo, Luisa. Vamos a lo positivo. Nadamos en un mar de suposiciones, vayamos paso a paso.

—¿Crees que debemos contárselo a Aurora?

—Sí, lo creo. Necesitamos tener las espaldas cubiertas antes de meternos más a fondo. No nos podemos colar por las buenas en la vida de nadie, aunque tengamos la seguridad de que es culpable de un delito, se nos podría volver en contra. Seamos cautelosas.

Busqué en mi móvil el número de Aurora y esperé a que el timbre del aparato sonara varias veces. Por fin escuché su voz respondiendo a mi llamada.

—Hola, soy Mati.

—Lo sé, he visto tu nombre en la pantalla —rió—. ¿Qué ha pasado?

Le conté todo cuanto Damián nos había relatado, incluyendo la muerte violenta de la esposa de Alejandro.

—¿Le habéis preguntado al portero el nombre de la mujer? —quiso saber.

—No —reconoció—, habría sospechado que no éramos de la familia, como le habíamos dicho. ¿Crees que es importante?

—Mucho.

—Explícate, por favor.

—No te preocupes, nos encargamos nosotros de averiguar ese detalle.

—¿Cómo?

—Ya te dije que hay mucha gente dispuesta a echarnos una mano. Hay un detective privado amigo de mi marido, que nos ha hecho el favor de investigar varios asuntos con muy buen resultado. Solo dame el nombre completo de Alejandro y su dirección.

—¿Es bueno ese detective?

—Muy bueno. Te lo aseguro.

Le facilité a Aurora los pocos datos que tenía de Alejandro Riquelme y dejé en sus manos esa parte de la investigación. Aunque no sabía a ciencia cierta qué era lo que ella tenía en mente, estaba segura de que sería algo importante y beneficioso para lograr el objetivo que perseguíamos.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté a Luisa, que ya se había retocado el maquillaje y se había peinado ante el pequeño espejo del parasol del coche.

—Está claro, ir a la Clínica Brulon.

—Luisa, ¿sabes la hora que es?

—No. ¿Qué hora es?

—Una hora en la que yo tengo ya mucha hambre, a no ser que haya algún sitio cerca de la clínica donde dar un bocado.

—En realidad por allí no hay mucho, excepto la cafetería del hospital.

—¡No me jorobes, Luisa! Comamos antes y esta tarde vamos allí.

—Es verdad, perdona. Es que estoy ansiosa por verle la cara a ese cabrón.

—Te aseguro que se la verás, no te impacientes. Espero que no se muera hoy; es más, espero que aguante un tiempcito a ver si todo este embrollo se aclara y canta como un jilguero.

Estuvo lloviendo el resto del día. Ninguna de las dos habíamos tenido la precaución de coger un paraguas, así que nuestro pelo se mantuvo con «efecto mojado» toda la jornada, aunque nos lo tomamos con humor; al fin y al cabo, no éramos las únicas que llegaron con aquel aspecto al mostrador de información del hospital.

Preguntamos por el número de habitación del enfermo y la señorita nos preguntó, casi sin mirarnos, que si éramos familiares del señor Riquelme.

—Somos amigas de la familia —me apresuré a contestarle—; nos acaban de avisar.

Creo que ni siquiera nos escuchó y posiblemente le importaba un pimiento quiénes éramos. Nos dio el número de habitación sin oponer resistencia y a continuación cogió el teléfono que sonaba sin parar.

—Clínica Brulon, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

Nos apartamos del mostrador y nos dirigimos directas hacia los ascensores. Estábamos nerviosas, al menos yo lo estaba. No teníamos ni idea de lo que podríamos encontrarnos al entrar

en la habitación y ni siquiera habíamos acordado una coartada, una excusa, algo que decir al entrar. Desde luego no era el lugar idóneo para lanzarse de cabeza con acusaciones ni preguntas. Me dije a mí misma, durante los pocos segundos que duró el ascenso hasta la planta donde se encontraba Alejandro Riquelme, qué hacíamos allí, cuando en realidad no teníamos ningún cometido excepto la curiosidad de comprobar la existencia de ese hombre, de ver su cara, tal vez durante unos pocos minutos, sin nada que poder decirle. El impulso había sido fuerte. Estaba segura de que Luisa se preguntaba en aquel mismo instante lo mismo que yo. No había un plan, solo expectación, curiosidad... Había que sentarse y pensar. Tal vez había que esperar a que el amigo detective de Aurora nos llamase para empezar a hilar una estrategia con la que afrontar la parte más difícil: ponernos ante Alejandro Riquelme y ante su hija Blanca y vomitar toda la ira acumulada contra él, pedirle explicaciones y arrancarle la confesión de adónde fue a parar Amelia tras enterarse del robo de su hija.

No me sentía con la suficiente capacidad como para afrontar semejante situación; aquello debía llevarse con mucha cautela si queríamos conocer el paradero, viva o muerta, de Amelia. Éramos conscientes de que Alejandro Riquelme podía irse al otro mundo en cualquier momento, llevándose a la tumba el secreto, y necesitábamos conocerlo antes de que eso sucediera. Ni siquiera teníamos idea de cómo hacerlo, cómo hablar con él, cómo hacerle confesar... continuábamos adelante por puro instinto, pero nada más.

Salimos del ascensor, sentía la boca seca y un aguijón en el estómago. Busqué con la mirada los carteles pegados a las paredes donde indicaban los números de las distintas habitaciones; seguimos como autómatas aquella correlación numérica hasta situarnos frente a la puerta que correspondía a Alejandro.

Ninguna de las dos nos atrevíamos a dar el primer paso para atravesar aquella hoja de madera pintada de blanco. Por fin lo hizo Luisa. Empujó la puerta con cuidado, abriéndola poco a poco, y fue la primera en pasar. En aquella habitación de una sola cama, amplia, bien amueblada y con espacio para que descansara allí al menos otra persona cómodamente en un sofá de grandes dimensiones, tan solo se encontraba el enfermo dormido; no había nadie más.

Nos acercamos con sigilo para no despertarle, y nos quedamos mirándole tratando de reconocerle, o más bien tratando de encontrarle parecido con la foto en la que, apoyado en la barra de un bar, posaba junto a Amelia y sus amigos.

No parecía el mismo aunque conservaba el bigote que exhibía en la foto, solo que ahora era blanco como lo era el escaso cabello que reposaba sobre la almohada; se veía delgado y con mal color, pero respiraba fuerte en su sueño profundo. A su alrededor, una máquina que me pareció complicada por la cantidad de botones y tubos que salían de ella, y en su parte superior un monitor que marcaba números que palpitaban y cambiaban de vez en cuando; al otro lado, un gotero hacía descender gota a gota su líquido a través de un tubo transparente hasta su antebrazo.

No dijimos nada, solo nos quedamos mirándole durante unos minutos, cada una de nosotras absorta en sus propios pensamientos, con los ojos fijos en aquel anciano completamente vulnerable al que se le escapaba la vida a grandes pasos.

La puerta se abrió detrás de nosotras sobresaltándonos y haciéndonos salir de nuestro estado. Una enfermera entró portando una bandejita con algunos utensilios que apoyó sobre la mesita de noche del enfermo.

—Disculpen —dijo interrogante—. ¿Ustedes son...?

—Somos amigas de la familia —alegué con rapidez.

—He visto salir a su hija hace tan solo unos minutos —observó la enfermera.

—Ah, pues la estábamos buscando. Acabamos de llegar.

—Ha debido bajar a la cafetería, lleva aquí muchas horas.

—Pues... ahora mismo bajamos nosotras también a buscarla —titubeé—. ¿Cómo se encuentra él?

—Yo no les puedo dar información sobre su estado —aclaró la chica—; eso se lo tienen que preguntar al médico que le lleva el tratamiento y, en todo caso, a su hija, que debe estar al tanto de eso.

—Sí claro, le pido disculpas, solo me interesaba por su estado porque aún no hemos podido hablar con nadie de la familia.

—Bueno, no pasa nada, tampoco yo he querido... son las normas del hospital.

—Lo puedo entender perfectamente, no se preocupe, ya nos vamos.

Caminamos hacia la puerta y antes de salir escuchamos a la enfermera dirigirse a nosotras.

—¡Señoras!

Volvimos la cabeza hacia ella.

—¿Sí?

—El paciente está respondiendo muy bien al tratamiento; de seguir así, posiblemente le den el alta en unos días, aunque ya saben, está delicado y es probable que vuelva a recaer.

—Ha sido usted muy amable —le agradecí, y nos dirigimos de nuevo a los ascensores.

—¿Quieres que vayamos a la cafetería? —pregunté a Luisa, que miraba el techo del ascensor pensativa.

—No —respondió tajante.

—¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? Aunque ella esté allí no nos conoce y seguro que nosotras tampoco la vamos a identificar entre la gente.

—Da igual. No estoy preparada. Necesito una copa, Mati, pero no aquí.

Me eché a reír.

—Perdona, no me río de ti, es que me ha hecho gracia lo de la copa. ¿De verdad necesitas tomar una copa?

—Sí, por favor, de algo fuerte.

Salimos del ascensor y nos encaminábamos hacia la lluvia que seguía cayendo incesante.

—¿Y dónde la quieres? ¿En tu casa o en el bar?

—En mi casa creo que no me queda mucho de esas características, pero conozco un bar en Pedrezuela donde dan buenas cenas y tienen de todo para las sobremesas.

—Pues andando.

Volvimos a empaparnos antes de llegar al coche. Nos sabíamos en el camino correcto, tal vez en la parte más difícil, pero estábamos dispuestas a llegar hasta el final.

ROBERTO

Nos habíamos pasado gran parte de la noche hablando del sinfín de sensaciones y sentimientos que hervían en el interior de Luisa. Tenía rabia, miedo, emoción, tristeza, esperanza... no sabía definirme todo aquello en un orden. También yo me sentía confusa. Descubrir la tortuosa historia de Amelia tan solo me aportaba una profunda melancolía. Por momentos la recordaba durante aquellos días felices de mi infancia en los que me mostraba alegría y me contagiaba con ella, y luego pensaba en el dolor que sujetaba dentro de sí como un caballo desbocado, sola, repudiada por su padre, repudiada por su amante y guardando un duelo eterno al recuerdo de una hija que apenas permitieron abrazar unos momentos antes de arrancársela para siempre.

No sabía de dónde había sacado aquella mujer las fuerzas para cantar cada día, o tal vez esa era su fuerza, lo único que le permitía disolver los nubarrones de tristeza de su alma.

Me levanté temprano, antes de que Luisa se despertara. Le dejé una nota en la cocina: *Vuelvo en dos o tres días, lo suficiente como para abrazar a mi hijo y despejarme un poco. Cuidate. Te llamaré.*

Acaricié durante unos momentos a Moro, que reclamaba mi atención, y me puse en marcha hacia la autovía. No había dormido lo suficiente y tenía varias horas de camino por delante. Apenas llevaba una hora de viaje cuando escuché el tono insistente de mi móvil dentro del bolso, sobre el asiento del copiloto. Escarbé entre las mil cosas que suelo acumular dentro, al tacto, sin mirar, y eché una mirada rápida a la pantalla: ROBERTO. ¿Roberto? ¿Qué coño quería Roberto de mí en plenas vacaciones? Volví a dejar el móvil, esta vez sobre el asiento, y lo dejé sonar hasta que paró.

En realidad sentía curiosidad, así que me desvié a la derecha en cuanto vi una indicación anunciando un espacio de descanso con restaurante.

En aquella zona el viento era helado y tuve pereza de salir del coche caldeado con la calefacción, pero tenía que ir al baño y despejar mi cabeza con un café bien caliente y... ¿por qué no? también averiguar cuál era el motivo de la llamada de mi jefe.

Me senté junto a un ventanal frente a mi taza de café y aún dudé durante varios minutos, dándole vueltas al móvil de una mano a otra, antes de decidirme a marcar el número de Roberto. Apenas lo oí sonar dos veces y la voz de mi jefe me saludó alegremente, como si me estuviera felicitando por mi cumpleaños.

—¡Buenos días, Mati! ¡Guapísima! ¿Cómo van esas vacaciones?

Conocía a Roberto. Le conocía como si le hubiera parido yo misma. Después de la bronca del último día en su despacho, me llamaba por sorpresa como si nada hubiera pasado; es más, como si hubiera pasado algo extraordinario y maravilloso, señal inconfundible de que me necesitaba.

—¿Qué pasa, Roberto? Algo va mal, ¿verdad?

—¡Nooo! Todo va bien. Bueno, ya sabes, siempre hay problemas que resolver, pero nada que no esté controlado. El día a día, ¿qué te voy a contar que no sepas tú?

—Claro, por eso me llamas a estas horas, para contarme lo bien que os va por ahí.

Soltó una carcajada cínica.

—¿Cómo eres, Mati!

—Vale, dejémonos de monsergas. ¿Qué pasa?

—Me conoces bien, ¿eh? —volvió a reír, esta vez con el tono más bajo.

—Como si te hubiera criado a mis pechos —respondí irónica.

—Verás, han surgido en estos días algunos desacuerdos entre Enrique y yo.

—¿Por lo de Gil & Gil o en general?

—Fundamentalmente por la campaña de Gil & Gil, pero luego han surgido algunas cosillas más.

—Vale, ¿y por qué me cuentas esto? Sabes que me importa un bledo.

—Mujer, no debería importarte un bledo. Si quieres que me disculpe, de acuerdo, te pido perdón, no estuve bien contigo y reconozco que tenías razón.

—Ya. Eso quiere decir que a Enrique le diste demasiados vuelos y ahora, como ya te advertí, empieza a cagar sobre tu cabeza, ¿me equivoco?

—Algo así —carraspeó.

—Y ahora, después de degradarme ante los clientes, pretendes que te dé mi apoyo. ¿Qué es lo que temes? ¿Tanto se ha subido a tus barbas?

—No lo sabes bien. Ayer me informaron de que está conspirando contra mí para quedarse con mi puesto; ya se ha llevado al huerto a varios de los socios más relevantes de la zona este y me temo que en la próxima junta me quiere dar el descabello.

—No me gusta decirlo, pero te lo advertí.

—Lo sé, Mati, y siento no haberte hecho caso. Enrique es un depredador.

—Muy bien, ¿y qué quieres que haga yo? Desde luego no pienso interrumpir mis vacaciones; estoy sobre un asunto que me interesa mucho resolver, y aunque vuelvo a Alicante ahora, en unos días regresaré a Madrid.

—No, no quiero que abandones tus vacaciones, tan solo te quiero pedir un favor.

—¿Qué favor?

—Que hagas algunas llamadas.

—A quiénes.

—Mati, tú eres muy antigua y tienes simpatías entre los socios y entre el personal, prácticamente has sido tú quien ha levantado la empresa en determinados momentos difíciles. Tienes experiencia, te conoce todo el mundo y seguro que si hablas con algunas personas en mi favor...

—¡Vaya, vaya, vaya! Ahora resulta que soy el pilar fundamental de la empresa, el muro de contención, la llave maestra que lo abre todo... No sé si reír o llorar. Y a pesar de todos esos méritos sigo siendo una simple jefa de departamento sin perspectivas de ascenso, pero eso sí: queridísima de la muerte. Estoy que no quepo en mí de gozo. Pues fíjate, lo que me apetece ahora es mandarte a freír nabos.

—Mati, te lo ruego. Te prometo que...

—¿Qué?

—Te prometo que después de esto la coordinadora provincial vas a ser tú, la segunda de a bordo en toda la provincia. ¿Qué te parece?

Ahora era yo quien se reía. Roberto había sido siempre un pusilánime. Desde que llegó se había apoyado en mí y prácticamente había sido yo quien le había enseñado a dirigir la empresa en el ámbito de su dirección, hasta que llegó Enrique y se lo comió por la cabeza, como las serpientes.

—A ver si me aclaro —le lancé sin abandonar mi ironía—. ¿Me estás ascendiendo?

—Si yo continúo en mi puesto, sí. Dalo por hecho.

—¿Y exactamente a quién quieres que llame?

—A los que en estos momentos sé que tienen dudas: Maldonado, Freire y Jacobo Villaescusa.

—Con Jacobo me llevo bien. Fuimos novietes de jóvenes.

—Lo sé.

—De acuerdo, Roberto, pero que conste que no es por ti ni por el ascenso, que bien que me lo merezco, sino por joder a Enrique.

—Lo comprendo y, por favor, sin rencores. Sabes que te aprecio a pesar de los roces que hayamos tenido en alguna ocasión.

—Sin rencores, Roberto. Te llamaré. Que pases buen día.

Le escuché un suspiro de alivio antes de colgar. Roberto a veces me daba pena; no era un mal tío, pero sí fácilmente moldeable si lo cogía entre manos un manipulador sin escrúpulos como Enrique.

Debía retomar el camino hacia mi casa y cumplir con la palabra dada a Roberto, pero lo que más me emocionaba era la idea de abrazar a Guillermo y dejar que me contara cómo se sentía ante la experiencia próxima de su paternidad. Mirar sus ojos y sentir su alegría y su miedo, todo al mismo tiempo.

Durante unos días quería concentrarme en mi vida y, después, retomar de nuevo la aventura que ya compartía con Luisa. Nos habíamos hecho grandes amigas, también eso se lo debía a Amelia. Siempre me aportó cosas buenas, incluso estando ausente.

Mientras me despojaba del abrigo y me acomodaba en el vehículo, recordé a Pedro. ¡Dios! ¡Se me había olvidado! Me prometí a mí misma que una de las primeras cosas que debía hacer al llegar a casa, era llamarle y ponerle al día de todo lo que habíamos ido conociendo desde que nos vimos por última vez para cenar.

Recordé que estaba de vacaciones; sin embargo, mi agenda continuaba llenando sus páginas de notas. «No tengo solución», me dije en voz alta. Al fin y al cabo, nadie podría decir que mi vida era aburrida.

Había comenzado el día con una promesa de ascenso. Llevaba tanto tiempo esperando y peleándome esa oportunidad que no lo podía creer. Lo mejor de todo, para mí, era poder ir apartando, barriendo como quien barre los restos de una catástrofe, al gilipollas de Enrique. No me importaba la diferencia económica que me iba a suponer subir de categoría, lo que más me satisfacía era fastidiar a aquel trepa engreído. Todos tenemos un lado oscuro.

MANUEL

Había disfrutado durante aquellos tres días con largas charlas con mi hijo y su pareja. Había cumplido la promesa que le di a Roberto y, de alguna forma, se cumplieron las expectativas de mi jefe, recuperando la confianza que empezaba a tambalearse por parte de algunos de los socios más destacados de la empresa.

Comprobé que, en efecto, tenía dotes persuasivas cuando me lo proponía. Para algo me habían servido, por fin, los cursos de habilidades de negociación y persuasión. Durante años lo dudé, puesto que Roberto no tuvo la más mínima intención de posicionarme mejor en mi escala laboral, y menos aún una vez que hubo llegado Enrique... o a lo mejor fue que por algún castigo divino nos lo enviaron los cielos para purgar quién sabe qué pecado. Aquellos cursos de habilidades parecían no tener la más mínima eficacia durante años. Sin embargo, había resultado altamente práctico aplicar esos conocimientos casi desechados por mí, y al menos dos de las tres personas a las que me remitió Roberto se mostraron receptivas, e incluso me aseguraron su apoyo a mi desesperado jefe.

Había, por tanto, grandes posibilidades para él de ganar la batalla a Enrique, y por supuesto también para mí. Roberto me debía una y esa era una deuda que estaba dispuesta a cobrar. Aún me faltaban varios años para la edad de jubilación y pensaba aprovecharlos a tope, dando rienda suelta a mis capacidades, como creativa y como jefa. Hacía mucho que no me sentía tan inflada de proyectos ante esa posibilidad. Aprovecharía para demostrarlo a la vuelta de mis vacaciones, era una fabulosa oportunidad que se me presentaba y estaba segura de superarla con nota.

Llamé a Pedro y le prometí que Luisa y yo comeríamos con él en cuanto llegara a Madrid. Estaba ansioso por conocer a la hermana de Amelia, era lo más cercano a ella que había tenido en cincuenta y dos años.

Conocía ya el camino como si fuera lo más habitual de mi vida; algo así era en realidad en las últimas semanas. Me sorprendió una nevada de camino a la capital que me pareció preciosa. No estaba acostumbrada a ver caer los copos blancos a mi alrededor, había crecido en Alicante y la calidez de su clima no permite que el agua cuaje hasta ese punto. Rara vez se vio algo así y por muy poco tiempo, porque la templada temperatura la hace desaparecer con rapidez.

Era mediados de febrero y mis ojos disfrutaban de aquel manto blanco que podía tocar. No recordaba bien si de niña jugué alguna vez con la nieve, y si tuve oportunidad; posiblemente mis mayores no me permitieron sumergirme en ella, abrazarla y moldearla dándole formas mejor o peor logradas. El recuerdo de mi muerte por un pequeñísimo periodo de tiempo, hasta que Amelia me devolvió a la vida con apenas dos años, hacía que en esas épocas invernales se me prohibieran ese tipo de juegos, aunque yo, más que protección, lo percibía como un castigo injusto.

A mis años, y próxima a convertirme en abuela, volvía a ver la nieve como un juguete mágico y mis ojos de mujer madura se volvieron de niña otra vez. Bajé del coche en cada ocasión en la que pude parar con la excusa del descanso y me dediqué a manosearla, compactarla y moldearla ante la mirada divertida de los viajeros que paraban cerca de mí.

Mis manos estaban enrojecidas y heladas, y no parecía que los guantes de lana con forro polar que me había echado al bolso remediaran aquel estado al borde de la congelación de mis dedos. Se enfriaban los guantes, pero no se me calentaban las manos. Lo mejor de todo era que no me

importaba un pimiento, estaba disfrutando como una cría y mi viaje duró algunas horas más de lo previsto.

Cuando llegué a Pedrezuela empezaba a oscurecer y tuve que llamar a Pedro para asegurarle que me encontraba perfectamente y que la comida prometida la haríamos al día siguiente. Aquella noche aún jugué un rato más con la nieve. Luisa, comprensiva con mi fascinación por mi nuevo juguete blanco, me dejó hacer mientras calentaba una infusión de yerbas que me devolvió el calor a las manos.

* * *

Al día siguiente nos dispusimos a viajar de nuevo a Madrid. Aún no habíamos salido del pueblo y me mantenía parada y atenta al último semáforo, esperando que el color verde se iluminara para pisar el acelerador. La musiquilla pegadiza de la llamada de un móvil empezó a sonar. Miré a Luisa.

—Es el mío —dijo mientras buscaba dentro de su bolso.

El semáforo se puso en verde y yo aceleré poniendo rumbo a la autopista. Luisa encontró por fin el aparato en el fondo del bolso después de sacar varios objetos de él.

—¿Diga? —preguntó—. Sí, soy Luisa López, ¿con quién hablo? —continuó—. ¿Quién?... Ah, sí... Nos habló de usted, pero ha sido muy rápido. ¿Le importa que le llame cuando lleguemos a Madrid? Es que nos pilla usted en carretera y no hay buena cobertura. De acuerdo. Sí. Hasta luego.

Yo la miraba interrogante con el rabillo del ojo.

—¿Quién era?

—Manuel... Castaño, creo que ha dicho.

—¿Y quién es ese?

—El amigo de Aurora, el detective.

—¡Vaya! Sí que es una sorpresa. Yo nunca he conocido un detective privado... bueno, ni de ningún tipo.

—Yo tampoco —reconoció Luisa—. ¿Te imaginas que se parezca a James Bond?

—No, me lo imagino como Torrente.

Estallamos en carcajadas y continuamos diciendo payasadas durante el resto del camino. Habíamos quedado con Pedro para comer, pero teníamos tiempo de sobra para llegar y mantener una conversación con el detective Castaño.

Aparcamos cerca de la casa de Pedro y aún faltaba más de media hora para la cita. Luisa marcó el número del detective, que contestó rápidamente, pero prefirió que fuera yo quien llevara la conversación.

—Aurora me dio los teléfonos de ustedes —explicó Castaño—, pero consideré llamar primero a la señora López por tener un vínculo más directo con la persona desaparecida.

—Y a mí me parece correctísimo —recalqué—. Luisa prefiere que sea yo quien hable con usted porque este tema de su hermana le remueve mucho y piensa que yo seré más objetiva.

—Lo entiendo y posiblemente sea lo más acertado.

—Ya, lo que pasa es que en media hora tenemos una cita y no hay mucho tiempo para hablar, al menos hasta esta tarde.

—No se preocupe, Matilde...

—Mati, por favor —interrumpí.

—De acuerdo, Mati. Le decía que no debe preocuparse por eso, tan solo llamaba para concertar con ustedes una entrevista y contarles algo de la información que ya he recopilado, aunque quedan cosas aún que no he recibido. Preferiría hablar antes cara a cara y plantearles los detalles de la investigación.

—Me parece bien. Me imagino que usted vive en Madrid, ¿no?

—Sí, así es.

—No le puedo decir exactamente a qué hora acabaremos, pero le puedo llamar, si a usted le viene bien, antes de marcharnos. Nos podemos ver si no se nos hace una hora muy inoportuna; en caso contrario, concertaríamos la entrevista para mañana mismo.

—No hay problema. Llámeme cuando quiera.

Pedro llegó antes de tiempo. Llegó perfumado y emocionado, con el traje de nuestro último encuentro. Posiblemente el único que tenía: un traje azul marino de corte antiguo pero bien planchado; camisa blanca y corbata de rayas marrones. No sabía si estrechar la mano de Luisa o besarla. Al final hicieron las dos cosas. Pedro la miraba, posiblemente buscando en ella los rasgos de familia de Amelia.

—Tus ojos —dijo señalándole con su dedo tembloroso—, tus ojos son como los de tu hermana. Te pareces mucho a ella.

Yo la miré tratando de encontrar aquel parecido que Pedro aseguraba evidente, sin que pudiera reconocerlo. Tal vez fuera cierto; mis recuerdos en ese aspecto habían quedado absolutamente borrosos... o tal vez Pedro quiso ver en los ojos de Luisa aquellos que jamás dejó de ver en sus sueños.

Luisa quería invitarnos a comer a ambos, a Pedro y a mí, en agradecimiento por haber sido los promotores de la búsqueda de su hermana.

Hablamos de la llamada de Manuel Castaño un rato antes de sentarnos a la mesa en el restaurante, y de la amabilidad de Aurora poniéndonos ese otro recurso a nuestra disposición, aunque tendríamos que concertar con el detective las condiciones económicas de su trabajo.

—Si tenéis que entrevistaros con el detective —propuso Pedro azorado—, nos marchamos pronto, no se os vaya a hacer muy tarde.

—Ni mucho menos —le rebatí—; tú eres hoy el motivo de esta comida y vamos a disfrutar de tu compañía. No creas que te vas a librar de nosotras tan fácilmente.

Sonrió tímidamente mirando el mantel.

—Vosotras mandáis. Pero no quisiera ser una molestia.

—¡Pedro, por favor! —le reñí—. Tú eres la pieza fundamental en este asunto. Tú me proporcionaste las fotos. Sin ti, si tú no hubieras guardado durante tantos años esos recuerdos, jamás habiéramos podido empezar a indagar sobre el paradero de Amelia. No habiéramos descubierto toda esa parte de su historia que nadie conocía, al menos nadie que estuviera dispuesto a contarla. Así que no hay más que decir sobre eso.

—Estoy de acuerdo con Mati —apoyó Luisa—. Hoy vamos a disfrutar los tres hasta que nos hartemos de hablar, de comer y de lo que haga falta. Si se hace tarde no pasa nada, mañana hablaremos con Castaño.

Pedro asentía con su tímida sonrisa dibujada en la cara. Comimos y hablamos de la nieve que tanto me divertía tocar. A ellos les resultaba cómico que a mí me resultara tan fascinante, y les comparé la seducción que el blanco elemento ejercía sobre mí, con la arena de la playa cuando las gentes de interior, como ellos, llegaban a la costa alicantina. Jugaban en la orilla niños y mayores,

moldeando castillos que las olas derrumbaban, o llenaban sus fosos de agua emulando fortalezas dispuestas a defenderse de enemigos imaginarios.

Me recordé a mí misma cuando llegué a Alicante con tan solo seis años. La primera vez que me llevaron a la playa, al llegar allí, me quedé absorta mirando aquella masa de agua inmensa que parecía no tener fin a no ser por el horizonte, una línea que separaba el agua del cielo, tan grande y tan lejana; la arena me quemaba bajo los pies y corría a la orilla. Volví a verme en mis recuerdos, con aquel bañador rojo, en cuclillas y atareada en moldear con la arena mojada algo parecido a un castillo. Las olas llegaban frescas con su borde espumoso y borraban las huellas de los pies de aquellos que paseaban dejando que el sol tostara su piel.

Yo también jugaba a aquello, a dejar las marcas de mis pequeños pies de niña, y observaba cómo las olas, ya sin fuerza, llegaban a la orilla y se llevaban hacia adentro el relieve de mis huellas.

Llegamos al acuerdo unánime de que seguíamos siendo niños entrados en años.

—Nunca he visto el mar —anunció Pedro mirando a lo lejos pensativo.

—¿Nunca? —me extrañé.

—No, nunca.

—¿Nunca viajaste a la costa por ningún motivo? Habrás salido de Madrid alguna vez, ¿no? —Insistí.

—Un par de veces he viajado en autobús con las excursiones que hacen en la parroquia, pero a sitios más cercanos: Segovia, Toledo.

—No sabía que las parroquias organizaran viajes.

—Bueno, no sé si todas, pero la de mi barrio sí. Yo no soy religioso, no suelo ir a misa y esas cosas, pero tuve un amigo, Fidel, que sí lo era y me animó a apuntarme. Era poco dinero y me lo pude permitir, pero solo fueron esas veces.

—¿Tuviste un amigo? ¿Y qué ha sido de él? ¿Ya no lo tienes?

—No. —Bajó la vista y suspiró—. Murió hace algunos años.

—Lo siento —exclamamos ambas a la vez.

—Le echo de menos con frecuencia. Hablábamos mucho, aunque no estábamos de acuerdo en todo, pero me ayudó y nos teníamos mucho aprecio. Él, además de llevarme de excursión a los viajes de la parroquia, me aficionó a leer los libros de la biblioteca, y eso hizo que saliera un poco más de mi casa.

—Supongo que todo eso fue después de perder a tu madre y quedarte solo —observé.

—Sí, así fue. Mi madre siempre me había protegido en exceso. Se puede decir que ella era todo mi mundo. Fidel me ayudó a superarlo y durante los años en los que fuimos amigos me replanteé muchas cosas sobre mi vida.

—¿Qué cosas?

—Las oportunidades que no supe aprovechar, mi inseguridad, mis temores, la falta de estima hacia mí mismo... Todas esas cosas me las decía él y se lo agradeceré siempre, porque, como decía Fidel, yo crecí durante ese tiempo.

—Qué pena que no le hayamos podido conocer —opinó Luisa—. ¿Dónde le conociste tú?

—Era un trabajador social que me visitaba cada vez con más frecuencia, conforme nos hacíamos amigos. Un hombre bueno. Me quedé huérfano otra vez el día que murió, pero no quiero hablar de eso ahora.

—Por supuesto —confirmé—; prohibido hablar hoy de cosas tristes, y me gustaría proponerte algo, Pedro. —Me miró sorprendido—. Ahora hace frío, pero en primavera me gustaría que

vinieras a pasar unos días a mi casa. Podrás ver el mar siempre que quieras, y meterte en él si te apetece.

—No, yo no... —balbuceó sonrojándose. Por un momento, su ojo de iris opaco, enturbiado por la edad, se agrandó y cobró el brillo de los ojos de un niño.

—Claro que sí. No debes tener miedo ni vergüenza. En mi casa puedes estar como si fuera la tuya. Te lo digo en serio, Pedro. —Miré a Luisa—. Lo hago extensivo a ti también.

—Ya veremos —dudó—; aún tiene que llegar la primavera.

—Llegará, y vendré a por ti.

—Soy un viejo torpe, Mati. Estoy acostumbrado a mis cuatro paredes.

—No eres un viejo torpe, eres un hombre mayor con problemas de movilidad y ya es hora de que salgas de esas cuatro paredes. Eres mi amigo.

—Dicho así —soltó una risa nerviosa—, parece fácil.

—Lo es —dije tajante.

—Pues yo estaré encantada de visitarte —apuntilló Luisa—. También hace mucho que no veo el mar.

La conversación continuó transcurriendo amena. Pedro seguía mirando, sin atreverse a hacerlo de frente, los ojos de Luisa, que aseguraba parecerse tanto a aquellos otros ojos que amó en secreto y que seguía añorando. Era inevitable volver a hablar de Amelia, los tres la llevábamos en el corazón. Ella nos había reunido allí, sin saberlo, y nos había unido en una sincera amistad.

Luisa nos pedía que le contáramos todo lo que pudiéramos recordar de ella, y Pedro hablaba de su voz, que resonaba en el patio cada día; de cómo las vecinas, que al principio recelaban, conscientes de que existía una parte oculta en su vida, se fueron acercando conforme la conocían mejor, coreando con ella las canciones de su repertorio mientras realizaban sus labores domésticas.

—¿Te acuerdas? —me preguntaba Pedro—. Tenía magia en la voz y en toda ella.

—Me acuerdo de alguna cosa —aseguré—, pero se me pierden muchos recuerdos.

—Pues yo casi puedo oírla todavía —suspiró él.

—Tenía un repertorio extensísimo —aportó Luisa—, pero lo tenía ya antes de irse a Madrid. Ella era una artista que no logró su meta por Dios sabe qué razón.

—Me acuerdo de una cosa —admití—. En aquel tiempo yo empezaba en la escuela y aprendía los números. Apenas sabía contar, como mucho hasta diez y poco más. A mí me deslumbraba el hecho de que Amelia cantara tantas canciones. Me parecía imposible almacenar tantas letras y melodías diferentes sin equivocarse nunca. Un día le pregunté que cuántas canciones conocía y ella me respondió: «Muchas». «Pero, ¿cuántas?» insistí yo. Ella, divertida por mi interés, no me sabía concretar un número y le pregunté: «¿Te sabes cien?». Ella empezó a reír. Para mí la palabra «cien» significaba una cantidad ingente, algo a lo que es difícil de llegar. Hacía poco que había fallecido una de las vecinas, que era muy mayor y al parecer había llegado a esa edad...

—Sí —interrumpió Pedro—, me acuerdo de ella, siempre postrada en una silla, apenas podía andar.

—Eso es —continué—, aunque yo apenas la recuerdo. Pero mi madre había comentado la noche en que falleció aquella señora, que era muy difícil llegar a los cien años, que no estamos hechos para durar tanto tiempo. Es posible que fuera por eso por lo que esa palabra tenía para mí connotaciones de eternidad.

—¿Y qué te dijo Amelia? —inquirió Luisa.

—Ella era consciente de que para mí aquella cifra era lo más parecido a la inmensidad, así que

me respondió: «Más de cien, muchas más». Y se partía de la risa al ver mi cara de asombro.

—Te lo creíste —rió Pedro.

—¡Claro que sí! Yo me creía todo lo que me decía Amelia, mejor aún, me creía todo lo que me decía cualquiera. Solo era una niña pequeña, pero aquella afirmación hizo que la admirara más todavía y se lo decía a todo el mundo: «Amelia se sabe más de cien canciones. ¡Muchas más!», y me sentía muy importante al conocer a alguien que fuera capaz de una hazaña semejante.

La sobremesa se había alargado. Habíamos tomado el café y unos chupitos de orujo, y aunque la conversación era animada, los tres reconocimos que debíamos ponerle fin. Aún quedaba pendiente la llamada a Manuel Castaño y Pedro nos lo recordó. Yo me había olvidado completamente.

Después de dejar a Pedro de nuevo en su casa, Luisa y yo nos dimos cuenta de que el tiempo se nos había pasado muy rápido y debíamos volver a Pedrezuela pronto. Se había vuelto una tarde desapacible y oscura, le debíamos al señor Castaño una llamada, al menos para concertar con él una cita al día siguiente.

El hombre estuvo cordial y le pareció bien nuestra propuesta, así que al día siguiente volvimos de nuevo al punto de encuentro sugerido por Manuel Castaño. Su propio despacho en una calle no muy conocida de la zona de Cuatro Caminos.

Abrió él mismo la puerta. No se parecía a James Bond, pero tampoco tenía nada que ver con Torrente. Era un hombre normal de cincuenta y tantos bien llevados; debió de ser muy atractivo en su juventud y aún le quedaba algo en sus facciones con unas arrugas de expresión bien marcadas. Miraba de frente y nos estrechó la mano con firmeza. Vestía ropa de *sport* cómoda, y sobre el perchero que quedaba a nuestra izquierda colgaba una gabardina *beige* muy propia de lo que se espera de un detective, pensé.

Nos invitó a pasar. Era un pequeño piso en el que había acondicionado una de las habitaciones como despacho. No había nadie más allí ni trazas de que alguna persona le ayudara en su trabajo. Nos confirmó que así era: no tenía secretaria ni nada que se le pareciera. Él se organizaba en solitario, puesto que los casos que le llegaban no eran suficientes, ni tampoco los ingresos que percibía por su trabajo como para contratar a alguien que le ayudara en el papeleo.

—Bien —precisó una vez que nos hubimos sentado ante él—. Aurora me ha contado su historia y debo reconocerles mi admiración por todo lo que han ido averiguando con respecto a lo sucedido con Amelia López. —Miró a Luisa—: Su hermana, ¿verdad?

—Así es —afirmó ella asintiendo con la cabeza. —Por favor —replicó a continuación— vamos a tutearnos, me siento mucho más cómoda. Y además nos vamos a tener que ver más veces. Dejemos de lado los formalismos.

—Estoy de acuerdo —asintió Manuel— Si no me han informado mal —prosiguió—, se trata de localizar, no a la criatura robada, porque esa ya la tenéis identificada, contactar con ella ya será otro tema, sino localizar a la madre, Amelia López, desaparecida en extrañas circunstancias y probablemente relacionada con el robo de su hija. He averiguado algunos datos correspondientes a la familia Riquelme de Haro, datos que os voy a comentar a continuación, pero también debo deciros que si queréis que continúe con una investigación más profunda, dado que el caso es complicado, tendréis que contratarme... bueno, tendréis que contratar a alguien que os ayude con eso, no quiero decir que tenga que ser yo precisamente, lo digo honestamente.

—Lo entendemos perfectamente —aseveró Luisa.

—Me parece que es lo correcto —reiteró yo.

—En ese caso, podemos empezar por los datos que he podido reunir en un informe para

vosotras.

Comenzó a leer en voz alta el informe que más tarde nos daría mecanografiado, con todos los datos de la familia de Alejandro Riquelme y los pormenores de sus negocios:

Herminio Riquelme Martínez, madrileño, empresario del sector de la construcción, casado con Dolores de Haro Vito, riojana, ama de casa, sin profesión. Ambos miembros del matrimonio descienden de familias adineradas vinculadas a negocios diversos. Tuvieron dos hijos: Herminio Riquelme de Haro, sacerdote, sin descendencia y fallecido hace seis años; y Alejandro Riquelme de Haro, empresario del sector de la construcción, que trabajó a las órdenes de su padre y más tarde se hizo cargo de la empresa al jubilarse su progenitor por motivos de salud. Alejandro se casó con Fernanda María Armendía Zárata, hija única del matrimonio compuesto por Alonso Armendía García, alavés, empresario del sector de la construcción y socio de Herminio Riquelme Martínez; y Fernanda Zárata Landa, alavesa, ama de casa, sin profesión. Igualmente, ambos miembros del matrimonio provienen de familias adineradas vinculadas a negocios diversos.

Alejandro Riquelme y Fernanda María Armendía se casaron en 1958, fusionando las fortunas familiares y reforzando también el negocio común de sus padres como socios de la empresa constructora RIAR S. A., que tuvo gran expansión durante los años sesenta y setenta multiplicando beneficios y siendo una de las principales empresas españolas.

Alejandro y Fernanda María son padres de una única hija: Blanca Riquelme Armendía, la cual nace el 14 de enero de 1962, en la Clínica Jesús de Medinaceli de Madrid, seis meses después del fallecimiento de su abuela materna, Fernanda Zárata Landa.

En el verano de 1977, el 9 de julio, Fernanda María, que llevaba años en tratamiento psicológico por depresión severa, viaja a Marbella con una de sus asistentes para recibir una terapia ligada a su enfermedad. Se alojan en el Hotel Tridente de Marbella, un alojamiento lujoso en el que reservan dos habitaciones: una normal para su asistente y una *suite* para la señora Armendía.

En la mañana del día siguiente a su llegada, la asistente llama a su puerta para iniciar el programa organizado, pero la señora Armendía no abre la puerta. Media hora más tarde insiste en su llamada sin que tenga respuesta. Alertada por la tardanza en responder de su jefa y conociendo sus problemas psicológicos, pide ayuda a la recepción del hotel, que abre con su llave maestra, encontrando a la señora Armendía ya fallecida y rodeada de varias cajas de medicamentos que al parecer ingirió masivamente con el fin de quitarse la vida.

A partir de ese momento Alejandro Riquelme, conocido también por sus aventuras amorosas, tiene varias parejas, ninguna de ellas oficializada, y continúa su vida de viudo sin casarse de nuevo.

Por otro lado, su hija Blanca Riquelme había sido internada desde los diez años en un colegio londinense: Clarendon School, donde se formó hasta los dieciocho años. Durante el triste suceso del suicidio de su madre se encontraba en su casa de Madrid junto a su padre, con el que pasaba todos los veranos, las vacaciones de Navidad y algunos periodos sin determinar. Es decir, Blanca Riquelme contaba con quince años cuando su madre, Fernanda María Armendía, se suicidó.

En 1980 Blanca regresa a España y se matricula en la Universidad de Deusto, en Bilbao, donde cursa estudios de Ciencias Económicas y Empresariales, y más tarde ejerce en varias entidades bancarias hasta que conoce a su actual marido: Jaime Verdegás Cano, con quien se casa el 3 de febrero de 1990. Ambos tienen dos hijos: Victoria Verdegás Riquelme, nacida el 7 de junio de 1993, y Jaime Verdegás Riquelme, nacido el 27 de marzo de 2003.

Luisa y yo escuchábamos absortas la lectura del informe que Manuel Castaño nos entregaba. Cruzó sus dedos sobre la mesa y esperó en silencio a que reaccionáramos.

—Pero... —titubeó Luisa—, aquí no dice nada de Amelia.

—No. Claro que no —manifestó Castaño—. Esto solo es la piel. Me explico —carraspeó—, esta es la información oficial, todo lo que figura en la documentación autorizada y legal de la familia. Ahora tendríamos que continuar rompiendo esa piel y accediendo a la segunda capa, a la que no está inscrita en documentos, o bien figura en documentos que no se vinculan directamente con Alejandro Riquelme y su familia, aunque podrían estar relacionados. Luego vendría una tercera capa, mucho más profunda y escondida y... quién sabe si también una cuarta.

—Ahí es donde queremos que tú nos ayudes —intervine—; nosotras nunca hubiéramos llegado a documentarnos de una forma tan exacta y tan contrastada como en este informe.

—Aun así —reconoció él—, vosotras habéis descubierto cosas importantísimas. Por ejemplo, la existencia de Blanca. Suponemos con un alto porcentaje de fiabilidad que ella es hija de Amelia y de Alejandro, aunque no podemos probarlo, y ahí es dónde entraría yo; por otro lado, sabemos que Amelia desapareció al poco de conocer que su hija seguía viva, pero sería importantísimo saber con mayor exactitud la fecha en que ocurrió.

—Es posible que Pedro no haya olvidado esa fecha, yo solo recuerdo que empezaba a hacer frío, tal vez a principios de otoño.

—¿Puedes conocer la fecha exacta?

—Creo que sí, a no ser que Pedro no la recuerde. Bastará una llamada telefónica para estar seguros.

—. Entonces, ¿me contratáis?

Luisa le tendió la mano y Manuel se la estrechó, haciendo lo mismo conmigo a continuación.

—Quedas contratado —sentenció mi amiga—. Ahora hablemos de tarifas y facturas.

Nos pareció que las tarifas de Manuel eran bastante asequibles, incluso nos pareció barato en relación con el trabajo que debía realizar. Ya nos había ofrecido una muestra de lo minucioso que podía ser y, dado que Aurora nos lo había recomendado, estábamos seguras de que aquel hombre era de fiar y altamente eficaz en su labor de investigación.

Confirmé con Pedro la fecha de la desaparición de Amelia. Por supuesto que se acordaba, llevaba cincuenta y dos años acordándose: el 9 de octubre de 1965. En la tarde del 8 de octubre fue cuando recibió, presuntamente, la visita de Dolores de Haro. Transmití inmediatamente ese dato a nuestro recién contratado detective, que se puso manos a la obra en cuanto cortó la llamada.

Aún estuvimos charlando un rato más con Manuel antes de partir hacia Pedrezuela. Luisa tenía mucha curiosidad por conocer la forma en que alguien se convierte en detective, porque decía que jamás había conocido a uno, y no paraba de preguntarle. Manuel resultó ser un tipo agradable y no tuvo inconveniente en relatarnos, a lo largo de una charla cordial, los motivos que le llevaron a trabajar en ese ámbito que a nosotras nos parecía un oficio emocionante.

—En realidad, hace veinte años yo era oficial de policía y pronto ascendí a inspector porque la investigación de casos, es algo que siempre se me dio bien —empezó a contarnos—. Pero un día hubo un desgraciado accidente que me originó algunas lesiones que me incapacitaban parcialmente...

—¿Te disparó algún delincuente? —interrumpió Luisa.

—No, en realidad fue una causa menos «heroica» —se echó a reír—. Estábamos vigilando los movimientos de un presunto traficante, nos descubrió y vimos que se nos escapaba, así que echamos a correr tras él. Bajó las escaleras del metro, había mucha gente que dificultaba la persecución, yo quise adelantar saltando un gran número de escalones de una zancada pero no fui lo suficientemente flexible y me precipité rodando escaleras abajo.

—Te harías muchísimo daño.

—Bastante. Me lesioné varias vértebras y el codo izquierdo, que tuvieron que operármelo. Desde entonces no tengo buena movilidad en ese brazo.

—¿Y te apartaron del servicio por ese accidente? —intervine.

—No, no exactamente. En realidad me destinaron a tareas internas, pero a mí me gustaban las calles y no me sentía a gusto. Me estuve preparando durante todo ese tiempo para poder

independizarme y crear mi propio despacho, y en cuanto tuve todos los permisos y la capacitación que se me requería, empecé a trabajar por mi cuenta.

Mi amiga seguía preguntando como si le estuviera haciendo un test psicotécnico, y tuve que recordarle que tanto Manuel como nosotras debíamos volver a casa, a descansar de la larga y fría jornada. Nos despedimos asegurando que estaríamos en permanente contacto.

Al llegar a casa de Luisa, nos sentamos en el sofá con una copa de vino frente a nosotras. Aquella empezaba a ser mi segunda casa y yo comenzaba a sentirme un poco «okupa» en ella, ocurrencia que hizo reír con fuerza a mi amiga.

—No está mal Manuel Castaño —bromeó Luisa dándome un golpecito con el codo.

—¡Vamos, Luisa! ¡Que no somos adolescentes!

—¿Y qué tiene de malo?

—No, en realidad nada.

—Entonces no seas estrecha y reconóceme que es un hombre de buen ver.

—Te lo puedo reconocer, pero no sé por qué me dices eso, a no ser que te guste a ti.

—¿A mí? Yo soy una viuda mayor.

—Eres una mujer muy guapa y no representas la edad que tienes.

—¡No, no! ¡Por favor, Mati! Yo lo decía por ti. Me ha parecido que te miraba mucho.

—No digas tonterías. No me ha mirado más que a ti. A mí me ha parecido, simplemente, correcto.

Corté inmediatamente esa conversación desviándome a otra cosa. No me sentía cómoda en ese terreno. Hacía mucho tiempo que había desterrado de mi vida todo lo concerniente al amor romántico. Había descubierto que era una mujer libre y feliz y que no necesitaba a nadie que me desviara de mi camino. Ninguna de mis parejas, ni mi exmarido, ni mis eventuales parejas que nunca duraban demasiado, habían participado en mi felicidad, sino todo lo contrario; solo me habían traído problemas, preocupaciones y llantos. No estaba dispuesta a volver atrás después de encontrar la felicidad dentro de mí misma.

—Tenemos que volver a casa de Alejandro Riquelme —me apresuré a decir—. No podemos esperar más tiempo. De una manera o de otra hay que acercarse a Blanca y también a ese hombre antes de que le dé un patatús y se nos cierre la posibilidad de conocer el paradero de Amelia.

—Es verdad —reconoció Luisa—; podemos acercarnos mañana mismo. ¿Crees necesario comunicárselo a Manuel?

—Sinceramente, creo que sí. En un par de semanas acabarán mis vacaciones y tendré que volver a Alicante, alguien tiene que continuar con la investigación... quiero decir, contigo.

—¿En un par de semanas? ¡No jorobes! ¿Tan pronto?

—Mujer, «tan pronto» precisamente no. Llevo varias semanas sin trabajar y esto tiene fecha límite. Yo vivo de mi trabajo.

—Ya lo sé, pero se me ha pasado muy rápido. Desde que llegaste mi vida ha sido diferente, ahora me divierto, no me siento tan sola y... y luego está lo de mi hermana. Si no hubiera sido por ti...

La besé en la mejilla.

—Y encima utilizo tu casa como si fuera mi hotel.

—Puedes utilizarla todo lo que quieras; sabes que estoy encantada de que lo hagas. Pero, ahora que dices lo de que se te acaban las vacaciones, he sentido un poco de tristeza.

—Pero tengo que volver, Luisa. No creas que me apetece mucho, porque, aunque me gusta trabajar, las puñaladas traperas que he recibido últimamente me han dejado tocada, aunque es

posible que al volver tenga un ascenso esperándome.

—¿Un ascenso!? —exclamó Luisa levantándose del asiento—. ¡Pero eso es estupendo! ¡Ya tenemos algo más que celebrar!

Me eché a reír sin poder contenerme. A Luisa le empezaban a gustar en exceso las celebraciones.

—¿Y no crees que estás descuidando un poco tus rosales? Cuando me vaya tendrás de nuevo tiempo para ellos.

—No te preocupes por mis rosales, los tengo controlados y no me necesitan tanto; lo que pasa es que yo no tenía mucho más que hacer y los mimaba demasiado, pero son plantas fuertes. Solo necesitan los cuidados justos para mantenerse frondosos; además este clima es muy bueno para ellos.

—Bien, pues vamos a aprovechar al máximo las dos semanas que me quedan. ¿Nos vamos mañana a ver a Riquelme?

—Por supuesto. ¿Quieres que le envíe un mensaje a Manuel?

—Sí, creo que debe saberlo.

Manuel nos recomendó prudencia y nos pidió que le mantuviéramos informado de lo que ocurriera al día siguiente en la visita que habíamos planeado. Mientras tanto, él averiguaría más sobre el entorno social de los Riquelme y sus contactos durante los años sesenta.

Luisa y yo celebramos mi ascenso con una animada conversación ante una copa de vino. Empezaba a sentir pereza de volver al trabajo y bromeamos sobre la depresión postvacacional que se me vendría encima.

BLANCA

Damián se encontraba casi en el mismo punto del zaguán en el que lo habíamos conocido la vez anterior al visitar la finca de los Riquelme. Esta vez limpiaba con escrupulosidad los relieves del marco de un cuadro que adornaba la pared frente al ascensor. Le dimos los buenos días con la mayor cordialidad y él nos respondió con el mismo entusiasmo.

—¡Buenos días, señoras! ¿De nuevo por aquí?

—Por aquí otra vez —admití con un suspiro.

—Supongo que vienen a ver a don Alejandro.

—Supone usted bien, porque estará ya en casa, ¿verdad?

—Claro, desde ayer.

—Pues nada —continué aparentando seguridad—, si usted nos lo permite, Damián, subimos a verle.

—No faltaría más.

Luisa y yo caminamos hacia el ascensor. Ambas nos miramos antes de pulsar el botón de llamada. Desconocíamos el piso y con Damián delante no era posible mirar el nombre en los buzones como hubiéramos hecho si él no estuviera presente.

—Disculpe, Damián —dije volviéndome hacia él con gesto confuso—, es el piso...

—Tercero derecha —me informó el hombre sorprendido.

—¡Vaya cabeza tienes, Mati! —me riñó Luisa—. Te lo he dicho antes de entrar.

—Lo siento —me disculpé dirigiéndome al portero—. Me hago vieja, Damián. Se me van las cosas de la cabeza.

—No pasa nada, señora, a todos nos pasa.

Damián soltó una risa bonachona indicándonos que era comprensivo con mi falta de memoria, y continuó con su tarea mientras nosotras entrábamos en el ascensor.

—Siento que me falta la respiración —me confesó Luisa dándome un codazo cuando la puerta del tercer piso se abrió.

—Yo no estoy mejor que tú. Respiremos hondo, no podemos dar un paso atrás.

Toqué el timbre, que resonó fuerte incluso dentro de mi cabeza. Transcurrieron unos segundos sin que escucháramos nada y empecé a ponerme nerviosa. No era posible que no hubiera nadie en casa. Volví a pulsar el botón y el sonido se repitió. Esta vez me pareció escuchar pasos que se acercaban a la puerta. Una muchacha joven, de unos veinte años y facciones orientales, abrió la puerta.

—Buenos días —saludé—, ¿es este el domicilio de Alejandro Riquelme?

—Sí —confirmó la chica después de asentir varias veces con la cabeza.

—¿Sería posible hablar con él o con alguien de la familia? —insistí.

Una mujer morena apareció en ese momento en el recodo del pasillo.

—¿Quién es, Imelda?

La chica se volvió, inclinó ligeramente la cabeza y se dirigió a su jefa.

—Estas señoras preguntan por don Alejandro.

La mujer avanzó hacia nosotras. Luisa me pellizó el brazo y la miré. Su cara estaba lívida, fija en la cara de la persona que teníamos delante, sonriéndonos y ofreciéndonos pasar con un gesto de su mano.

—¿Quién de ustedes es Rita?

—¿Disculpe? —pregunté confusa.

—Rita —insistió—, la enfermera que viene a encargarse de mi padre.

—No, perdone. No nos hemos presentado.

Le ofrecí mi mano y me la estrechó. Luisa me imitó tratando de mostrar una sonrisa en los labios que le costaba mantener.

—Me llamo Matilde Romero y esta es mi amiga Luisa López. Necesitamos hablar con Alejandro Riquelme, es una cuestión muy importante.

—Yo soy Blanca Riquelme y mi padre se encuentra enfermo y no puede recibir visitas.

Su sonrisa se había borrado y me pareció que también su relajación del primer momento, porque de repente había crecido un par de centímetros por encima de mi cabeza y su voz era ahora más seca. Nos miraba de hito en hito, algo perpleja por nuestra presencia, cuyo objetivo aún no habíamos desvelado.

Tomé aire y me disculpé por habernos presentado allí sin previo aviso y en un momento tan inoportuno. Se me notaba el nerviosismo y decidí que había que pasar directamente a la acción antes de que nos echara de allí con cajas destempladas. Blanca no había hecho el menor gesto para invitarnos a pasar desde el momento en el que supo que ninguna de nosotras era la enfermera que esperaba.

Saqué de mi bolso la foto en la que Amelia, junto con Antonia, posaban apoyadas en la barra de un bar al lado de Alejandro Riquelme y otro hombre, y se la mostré.

—Necesitamos hablar con su padre sobre esta mujer —señalé a la pareja con el dedo.

Blanca cogió la foto y la miró con curiosidad.

—Son mis padres cuando eran jóvenes.

Luisa me miró con los ojos muy abiertos. Ambas nos habíamos quedado sorprendidas por la afirmación de Blanca, no había mostrado ninguna extrañeza al mirar la imagen.

—Entonces... —balbuceé—, ¿los reconoce?

—¡Por supuesto! —Me miró a los ojos sin comprender mi pregunta—. ¿Cómo no voy a reconocer a mis propios padres? —Volvió a mirar la foto—. Aunque ese vestido no es del estilo de mamá. Ella era muy elegante, posiblemente era una fiesta... no sé, ¿de disfraces tal vez? —Me devolvió la foto.

—¿Conoció usted a Amelia? —planteé de nuevo sin salir de mi asombro.

—¿A quién?

—A su madre, a Amelia.

Se echó a reír.

—A ver, explíquenme de qué va esto. Es una broma, ¿verdad?

—No, no es ninguna broma, es un asunto bastante serio.

—Miren, no sé cuál es ese asunto, pero creo que debe haber un error o se están ustedes extralimitando con su broma de mal gusto. Mi padre está muy enfermo y yo no puedo perder el tiempo.

—Por favor —suplicué—, escúchenos. —Le volví a mostrar la foto—. Este es su padre, Alejandro Riquelme, y esta es su madre, Amelia López.

—¿Pero qué está diciendo? Mi madre se llamaba...

—¿Fernanda María? —intervino Luisa a punto de romper a llorar.

Blanca nos miró a ambas. Giró dándonos la espalda y cogió una foto enmarcada en plata que reposaba sobre la mesa del recibidor bajo un gran espejo. Puso una foto junto a la otra y nos las

extendió.

—Sí, mi madre se llamaba Fernanda, aquí la tienen, es la misma mujer.

No podíamos dar crédito a nuestros ojos. La imagen en blanco y negro mostraba a una Amelia un poco más delgada: era un primer plano que se mostraba desde la altura de los hombros; el pelo recogido en un moño italiano dejaba al descubierto el cuello y el escote adornado con un collar de perlas. Estaba realmente guapa, pero esa mujer no podía ser Amelia, era imposible. Sin embargo, el parecido era extraordinario. Las lágrimas que Luisa trataba de contener corrieron en torrente hasta su barbilla. Con los ojos anegados le entregó a Blanca la foto de Fernanda y puso ante ella la de su hermana, apoyada en la barra mirando con ternura a un Alejandro Riquelme joven, distinguido, mirando a la cámara seguro de sí mismo.

—No sé quién esa mujer tan elegante que tiene usted enmarcada, pero esta es mi hermana, Amelia López, tu madre.

La cara de Blanca enrojeció, crispó los labios y señaló con el dedo la puerta de la calle.

—¡Fuera de mi casa!

—¡Blanca! —exclamé tratando de contenerla.

—¡Fuera de mi casa he dicho! —gritó más fuerte—. ¡No quiero volver a verlas por aquí!

—Blanca, escúcheme.

Nos empujó hacia atrás clavando sus dedos en nuestros hombros.

—¡No quiero escucharla! ¡No tengo nada que escuchar!

—¡Se equivoca! ¡Tiene mucho que escuchar! —Saqué una tarjeta de mi bolso y se la ofrecí—.

Pregúntele a su padre, por favor, y llámeme.

Me dio un nuevo empujón precipitándome con un traspie fuera de la casa, sin mirar siquiera la tarjeta que yo mantenía en mi mano. La lancé dentro del piso un segundo antes de que cerrara la puerta de golpe.

Luisa estaba en la puerta del ascensor, con la frente apoyada en el marco metálico. Lloraba con auténtico desconsuelo manteniendo la foto de su hermana apretada contra su pecho.

—¡Ha sido humillante! —mascullaba entre sollozos—. ¡Ha sido humillante!

—No digas eso, Luisa. Blanca ha tenido una reacción normal. Nadie se espera que dos desconocidas se presenten en su casa y le digan que su madre no es quien ha creído siempre que era. No creo que asumir eso sea fácil para nadie. Venga, vámonos y dejemos que Manuel nos eche una mano en esto.

—Pero, ¿cómo es posible que se parecieran tanto? —repuso Luisa.

—No lo sé, pero no es la misma, de eso estoy segura. Acuérdate del informe de Manuel.

—Ya no sé nada. No entiendo nada. ¡Ha insultado hasta su vestido! ¡Esa estirada de mierda! ¿Quién coño se cree que es?

Cuando llegamos de nuevo al zaguán, Damián no estaba allí y nos sentimos aliviadas. A ninguna de las dos nos apetecía hablar con él ni con nadie. Antes de salir del portal pensé en hacer un último intento y revolví dentro de mi bolso; mi hijo siempre decía que era el bolso de Mary Poppins, porque podía encontrar de todo. Saqué un pequeño bloc de notas, anoté unas líneas en él y me dispuse a meterlo en el buzón de los Riquelme.

—¿Qué escribes?

—Esto es un tiro al aire, Luisa. Intento que Blanca se replantee recibirnos de nuevo.

—No creo que pueda volver aquí otra vez —aseguró Luisa limpiándose la nariz.

—¿Por qué?

—Porque lo de hoy ha sido muy duro. Es la hija de mi hermana y nos ha echado a la calle como

si fuéramos basura.

—Tienes que ser comprensiva, Luisa. No ha sido agradable, estamos de acuerdo, pero tienes que entender también su postura. Imagínate que estás en su lugar, ¿cómo reaccionarías?

—No lo sé. No estoy en su lugar y no sé cómo reaccionaría, pero estoy en el que estoy y nadie me había tratado con tanta agresividad desde... desde que mi padre... No pienso consentir que me hablen así ni que me vuelvan a echar a la calle de esa manera. No quiero volver.

—Está bien. Lo entiendo. Si hubiera que volver lo haré yo sola o le pediré a Manuel que me acompañe. ¿Te parece bien así?

Asintió con la cabeza. El viaje de vuelta a Pedrezuela fue tranquilo. Luisa ya no lloraba, pero todo el trayecto estuvo seria y pensativa. Antes de atravesar la verja de su chalet la abracé y le aseguré que todo aquello pasaría y que no pensaba dejarla sola mientras estuviera triste, luego entramos y no quiso comer apenas.

Llamé a Manuel y le puse al tanto de lo que habíamos vivido durante las horas previas en casa de los Riquelme. Me preocupaba que no hubiera movimiento alguno después de la bronca con Blanca. Necesitaba saber qué hacer a continuación, porque aquel desagradable episodio me había dejado en un punto muerto.

—Me dejas sorprendido en cuanto a lo de la foto —reaccionó Manuel—. Una familia adinerada y bien integrada en las altas esferas tiene que tener, por fuerza, fotos y menciones en las revistas del corazón de la época. Investigaré esa parte de la vida de los Riquelme; con seguridad tiene que haber fotografías de Fernanda Armendía del día de su boda, y posteriormente hasta la fecha en la que desapareció Amelia. No pueden ser la misma persona, ni te plantees esa posibilidad; otra cosa es que su parecido sea importante... dicen que todos tenemos un doble, tal vez sea el caso de Fernanda y Amelia.

—Yo no lo dudo —coincidió—, pero nos quedamos de piedra al ver la foto. ¿Crees que ese parecido tiene que ver con lo que le pasó?

—Aún no podemos saber nada, pero averiguaré todo cuanto pueda de Fernanda Armendía; dame un par de días y yo te llamaré. Esperemos que el viejo no se muera antes, porque un testigo directo es valiosísimo y ese hombre tiene que soltar su secreto antes de irse al otro barrio.

Dos días exactamente fue el tiempo que pasó antes de que Manuel Castaño me telefonara. Me pidió que nos viéramos en su oficina aquella misma tarde y yo accedí. Luisa se excusó diciendo que tenía cosas que hacer en casa. Tal vez fuera cierto, pero la auténtica verdad era que seguía disgustada por las formas en las que Blanca Riquelme nos había arrojado fuera de su casa.

Manuel puso sobre la mesa una serie de fotocopias de lo que parecían ser páginas de revistas en blanco y negro.

—Esto ha sido lo más fácil de conseguir —dijo poniéndome delante varias de ellas y señalando con el dedo los puntos donde quería que centrara mi atención.

Las fechas de aquellas publicaciones partían en agosto de 1958 y continuaban hasta febrero de 1970. Posteriormente a esa fecha, aseguró Manuel, no había encontrado fotos de Fernanda Armendía, aunque sí algunas de Alejandro Riquelme.

En todas aquellas fotos me parecía ver a Amelia enfundada en elegantes trajes de noche o de cóctel, rodeada de personalidades de la política y de las altas esferas económicas; en fiestas y eventos, recogiendo donativos para la Cruz Roja el Día de la Banderita, pero cubierta con un caro chaquetón de piel de nutria... pero no era ella. Fernanda era mucho más delgada, tenía una cara algo más alargada que Amelia, pero tenía que reconocer que el parecido era asombroso.

—¿Por qué crees que no volvió a dejarse fotografiar para las revistas después de esa fecha?

—Pues la verdad es que no sé si es esa la causa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Fernanda llevaba mucho tiempo sumida en una depresión que no le dejaba levantar cabeza, siempre dependiendo de medicamentos y cuidados médicos. Me imagino que en los últimos años, hasta que acabó con su vida en Marbella, no estaría lo suficientemente bien como para exhibirse ante la prensa, ni física ni psicológicamente. O sea, no es que no quisiera seguir saliendo en las páginas de sociedad de las revistas, es que tampoco se lo permitirían. No estaba en condiciones para ello.

—Ya entiendo. Entonces, definitivamente, entre Amelia y Fernanda había un parecido extraordinario que debieron aprovechar tras el nacimiento de Blanca para que todos creyeran que era en realidad su hija biológica.

—En efecto. Eso deduzco yo también.

—¿Y qué más has averiguado?

—Esto. —Sacó un sobre marrón y extrajo de él unas páginas grapadas—. Lo he recibido esta misma mañana.

—¿Qué es?

—El informe de la autopsia de Fernanda María Armendía Zárate.

—¿Hubo autopsia?

—Claro. Siempre la hay cuando se encuentra un cadáver, sea cual sea la causa de la muerte.

La palabra «autopsia» me causó una sensación desagradable en el estómago. No sabía muy bien qué era lo que ese informe nos podría aportar.

—No entiendo —repuse—. ¿Qué tiene de importante ese documento? Fernanda está muerta. ¿Qué tiene que ver con lo que estamos investigando?

—Todo a su tiempo. Parece que en esa familia las cosas se hacían con mucha discreción.

—¿Qué quieres decir?

—Que tuvieron buen cuidado de que los detalles del resultado de la autopsia no salieran a la luz.

Manuel abrió otra carpeta y me puso delante una serie de artículos de prensa de los días posteriores al hallazgo del cadáver de Fernanda Armendía en una de las *suites* del hotel de Marbella. Luego, sobre todos aquellos recortes de periódico puso la fotocopia del informe del forense. Lo leí por encima, tratando de ahorrarme los detalles médicos que escapaban a mi comprensión.

—Bueno, dice que la muerte se produjo por sobredosis de barbitúricos, pero eso ya lo sabía.

—No. Lo importante no es cómo murió, sino que deja patente con claridad luminosa el examen forense con respecto a la fallecida. Lee aquí —señaló uno de los párrafos:

Leí:

—... *Teniendo en cuenta la edad de la finada, el estado atrófico de los órganos reproductores, tamaño y forma del útero, así como del cuello uterino, se presentan claramente como los de una mujer nulípara...*

Levanté los ojos del papel.

—¿Qué significa?

—¡Joder, Mati! Se supone que tú deberías comprender mejor que yo estos términos.

—Pues no es así. Explícate.

—¡Era una mujer nu-lí-pa-ra! Nunca había dado a luz ni podía hacerlo. No cabe la más mínima duda de que no podía ser la madre biológica de Blanca. Hubo falsificación documental desde el

primer momento.

—Pero eso ya lo sabíamos.

—Lo sabíamos, pero no lo podíamos probar... hasta ahora.

—Es verdad. —Me eché hacia atrás en la silla y volví a releer el informe forense—. A ver qué cara pone Blanca cuando le ponga esto delante. Ante esta evidencia, su padre tendría que decir algo al respecto, ¿no crees? A ver cómo lo niega ahora.

—¿Tienes intención de visitarla de nuevo?

—No lo sé. Algo tendremos que hacer si ella no da un paso adelante. Esto no resuelve el caso de Amelia, pero nos daría pie para tratar de convencer a Blanca de que nos permita hablar con su padre.

Escuché el inconfundible timbre de mi móvil notificándome un mensaje, pero no le presté mayor atención mientras hablaba con Manuel.

—Si quieres que te acompañe, estaré encantado de hacerlo. Tengo experiencia en interrogatorios.

Lo dijo serio, pero a mí me hizo gracia su solemnidad en el ofrecimiento.

—No creas que no me vendría bien, sobre todo después de los empujones que recibí cuando la visité el otro día. Voy a necesitar un guardaespaldas.

—No tengo inconveniente. Mañana tengo previsto hacer otra serie de averiguaciones que no te quiero contar todavía, hasta que tenga algo más seguro; después de eso puedo llamar por teléfono y concertar una cita formal. No es lo mismo presentarte allí por las bravas, que que te llamen antes.

—Podríamos tener el mismo problema —repliqué—. Te podría mandar a tomar por saco telefónicamente.

—Todo es posible. Me arriesgaré.

Me levanté para marcharme e instintivamente miré la pantalla de mi móvil. Un número desconocido aparecía en el wasap y lo abrí.

—¡Manuel! —grité al leer el contenido—. ¡Escucha esto! *Señora, pregunté a mi padre por Amelia López. Quisiera concertar una cita con ustedes y escuchar lo que tengan que decirme. No les prometo nada, solo quiero saber. Le ruego disculpen mi mala educación al despacharlas de mi casa. Blanca Riquelme.*

—¡Bingo! —exclamó Manuel—. Llámala ahora mismo.

Marqué nerviosa el número y esperé respuesta. La voz de Blanca sonó al otro lado.

—Diga.

—Buenas tardes. ¿Es usted Blanca?

—Sí. Y usted es Matilde.

—Así es. Acabo de leer su mensaje. Dígame dónde y cuándo podemos vernos.

—Mañana debo esperar a que llegue la enfermera que cuida de mi padre. Su horario empieza a las nueve, pero tengo que ocuparme de algunas compras, así que, ¿podríamos vernos a las once en la cafetería Azul y Negro? Está a dos manzanas del domicilio de mi padre.

—No se preocupe, allí estaré puntual... Perdone —añadí—, ¿podría venir también otra persona con nosotras?

—¿Otra persona?

—Sí, si es que no tiene usted inconveniente. Se trata del detective Manuel Castaño, que nos está ayudando en la búsqueda de Amelia López.

—¿En la búsqueda? No sabía que la estaban buscando, creía que a quien buscaban era... a mí,

presuntamente.

—Bueno, a usted la hemos encontrado mientras buscábamos a Amelia. Es una larga historia, pero mañana la pondremos al día.

—De acuerdo. Sean puntuales, por favor. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Manuel me miraba interrogante.

—¿Puedo ir? ¿Ha accedido?

—Ha accedido.

—Entonces no hay más que hablar. Hay que llevar todas estas pruebas, todas las fotos que tengáis de Amelia, el certificado de defunción, el certificado que te dieron en el cementerio de La Almudena...

—Tranquilo, no se me olvidará nada. Ella es la llave para traspasar la puerta que nos separa de Alejandro Riquelme. Siento que estamos cerca.

Me costó un poco convencer aquella noche a Luisa para que formara parte del encuentro del día siguiente. Acabó comprendiendo, con algunas reticencias, que Blanca había experimentado un *shock* perfectamente entendible. El rechazo a la noticia que dos desconocidas le llevaban a su casa en unos momentos difíciles por añadidura, puesto que su padre tenía una enfermedad muy grave que con toda probabilidad acabaría con su vida en poco tiempo. Esa noticia, ese mensaje, le había caído como un jarro de agua fría sobre la cabeza, y era normal que estallara enfurecida; más tarde, sus dudas le hicieron preguntarle a su padre. Desconocíamos cuál había sido la respuesta del anciano, pero si lo había negado, a Blanca no le convenció, o al menos no le bastó.

Algo rondaba dentro de ella cuando decidió ponerse en contacto y pedir disculpas, algo que nos contaría al día siguiente, piezas sueltas en el puzle de su vida.

* * *

Llegamos pronto, pero Manuel ya estaba allí cuando traspasamos la puerta del local. Blanca no tardó en llegar; lo hizo a las once en punto de la mañana, como si hubiera estado esperando a que las manecillas del reloj tocaran el punto álgido para empujar el grueso cristal de la entrada. Miró a su alrededor y yo me alcé en mi asiento haciéndole señas para que nos viera. A aquella hora había bastante público. Se sentó después de estrechar nuestras manos y presentarnos. Lo primero que hizo, fue poner sobre la mesa la nota que le había dejado en el buzón; se veía arrugada y estirada de nuevo. Seguramente la recogió de la papelera después de haberla tirado rabiosamente; sobre la nota, mi tarjeta de visita, partida en cuatro y pegada de nuevo con papel celo. Me miró y me volvió a pedir disculpas por sus formas, asegurando que ella no solía reaccionar de aquel modo violento y desagradable. Estaba muy nerviosa, se le notaba en el temblor de las manos y en la forma en la que retorció la servilleta.

—No estamos aquí para juzgarte —le aseguré—, sino para encontrar a tu madre, desaparecida en 1965 cuando supo que vivías.

—Imagino que tenéis algo más que una foto para decirme algo tan duro —alegó levantando las palmas de las manos en actitud de autoprotección.

—En efecto —intervino Manuel abriendo la carpeta donde habíamos recopilado todos los documentos hasta ese momento—; lo tenemos.

Puso ante ella el certificado expedido por la administración del cementerio, el certificado de defunción, cuyos datos se reseñaban también en el anterior documento, y el informe forense de la

autopsia de Fernanda María Armendía.

Blanca leyó los certificados y alzó la vista mirándonos tensa cuando cogió en sus manos el informe.

—¿Y esto?

—Es el informe de la autopsia de Fernanda —aclaró Manuel.

—Eso ya lo veo —replicó molesta—. ¿Por qué está aquí este informe?

—Es la prueba de que Fernanda Armendía no era tu madre biológica, era imposible que lo fuera —continuó Manuel en tono conciliador.

—¿Por qué? ¿Por qué era imposible?

—Porque Fernanda era estéril y lo era desde siempre. Jamás concibió, queda reflejado en el informe del forense.

Blanca leyó con el semblante serio el informe y lo cerró en silencio cuando llegó a la última línea. Volvió a releer el certificado de la administración del cementerio y pasó el dedo sobre el nombre de su abuela moviendo la cabeza negativamente.

—No me lo puedo creer. Todo esto debe de ser una pesadilla.

—Esto es algo que le ha pasado a mucha gente, Blanca —argumenté.

Apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió la cara con sus manos. Suspiró y se echó hacia atrás en la silla mirándonos abatida.

—No sabéis lo que se siente cuando te das cuenta de que no sabes quién eres. En este momento dudo de si existo siquiera.

—Existes —se apresuró a decir Luisa—. Existes porque mi hermana te dio a luz y ahora tienes que ayudarnos a encontrarla. Tú al menos tienes una vida, pero no sabemos si ella la tiene aún... no sabemos qué hicieron con ella, con tu madre.

—Yo no sé nada de eso.

—Estamos seguras de que no sabes nada, Blanca, pero tu padre sí lo sabe. Ahora lo único que nos importa es conocer el paradero, viva o muerta, de tu madre.

Asintió sin fuerzas para responder, mirando fija las tazas de café que reposaban sobre la mesita que compartíamos. Luego miró a su alrededor como si fuera la primera vez que veía aquel lugar.

—Siempre supe que mi madre... que Fernanda... no me quería —dijo al fin con la mirada perdida entre la gente que hablaba y reía dentro de la cafetería—, pero nunca supe por qué. No supe qué hacer para lograr su cariño. Mi padre me compensaba por los dos, eso sí, y mi abuela... bueno, mi abuela a su manera. Pero mi madre... Fernanda... Es una herida que jamás he podido curar.

Nos miró uno a uno antes de proseguir.

—Soy madre y eso es algo que he tenido siempre presente desde que parí a mis hijos: demostrarles en todo momento mi amor por ellos, que no tuvieran ni un segundo de duda.

Fernanda nunca acabó de aceptar a Blanca. Era hija de su marido, pero no suya. En las cada vez más frecuentes discusiones con Alejandro, le gritaba que aquella niña no era más que su bastarda y que le reconcomía las entrañas pensar que heredaría toda la fortuna que le habían dejado sus padres. Una bastarda a la que no le había quedado más remedio que incorporar a su familia como hija propia, por la presión constante de Dolores. Se despreciaba a sí misma por no tener la capacidad de concebir. Asumió, en lo más profundo de su mente, las palabras de reproche y el desprecio que su suegra le lanzaba con sibilina destreza siempre que se presentaba la más mínima ocasión. Hizo suyo ese desprecio y cada día se hundía más en él.

En cuanto Blanca tuvo la suficiente edad, la enviaron a estudiar interna a un colegio inglés. En

aquella época, estudiar en escuelas inglesas denotaba una alta categoría social, ponía de manifiesto el refinamiento de la familia de los estudiantes.

Fue una forma de apartar a Blanca de su madre adoptiva. La niña percibía la tensión familiar sin entender una palabra de todo cuanto sucedía a su alrededor. Tan solo Alejandro, sabiéndose su padre legítimo, le aportaba grandes dosis de amor en sus escasos encuentros, y las largas ausencias trataba de compensarlas con dinero y regalos. A Blanca jamás se le negó un capricho.

Su abuela, doña Dolores, era la que decidía sobre la educación de la niña, igual que sobre la vida del resto de la familia. La rigidez de aquella mujer no tuvo tampoco un momento de flexibilidad para su nieta. Sin embargo, tenía muy claro que, entre las necesidades de Fernanda y las de Blanca, la niña era el factor preferente, siendo como era una Riquelme de Haro auténtica, fuera quien fuera su madre.

Los años de soledad en el colegio inglés marcaron también el carácter de Blanca. Se sentía frustrada ante la indiferencia de su madre, la única madre que había conocido, pero que no recordaba más que como a una sombra en la casa cuando ella volvía para las vacaciones de verano. No recordaba la ternura de un beso de bienvenida, ni de felicitación en sus cumpleaños. Así que para Blanca el amor de su madre era una asignatura pendiente, una esperanza que se desvaneció el día en que les comunicaron el hallazgo del cadáver de Fernanda en aquel hotel andaluz, cuando tuvo la completa seguridad de que, para su madre, el suicidio fue la liberación que desde hacía años buscaba sin que el amor por su hija Blanca hubiera tenido el suficiente peso como para seguir viviendo por ella.

Ese era un dolor vivo y sangrante después de transcurridos cuarenta años desde su muerte. Blanca se sentía íntimamente culpable por no haber sabido arrancar ese amor del corazón de su madre. Nunca se pudo imaginar las razones por las que Fernanda nunca pudo amarla. Ahora empezaba a entender.

—¿Qué le dijiste a tu padre cuando nos marchamos? —pregunté con curiosidad.

—En un primer momento, nada. Fue más tarde, a la hora de la cena. Le pregunté: «¿Quién es Amelia López?».

—¿Qué contestó?

—Se le cayó la cuchara de la mano, se me quedó mirando como si hubiera visto a un fantasma y exclamó: «¿¿Quién te ha hablado de ella?! ¡¿Cómo conoces ese nombre?!». Supe en ese momento que algo había de cierto en lo que me habíais venido a contar, y creí que el mundo se derrumbaba bajo mis pies.

—Te arrancaron de su lado nada más nacer —sostuvo Luisa quebrándosele la voz—. Visitó una tumba vacía durante tres años, lloró sobre ella creyéndote muerta.

Las lágrimas de Blanca comenzaban a correr por sus mejillas mientras escuchaba hablar a su tía. Abrió el bolso y sacó unos pañuelos de papel que compartió con ella; luego sacó su cartera, la abrió y extrajo dos fotografías que le entregó a Luisa.

—Son mis hijos —dijo emulando una sonrisa en medio de la tristeza que manifestaba la humedad de su rostro—. No sé que hubiera sido capaz de hacer si alguien me los hubiera quitado.

—Entonces —recalqué—, ¿entiendes por qué necesitamos hablar con tu padre?

Ella me miró endureciendo la mirada.

—Pero, ¿es mi padre?

—Creemos que sí.

—Volveré a hablar con él.

—Deja que seamos nosotros quienes le hagamos las preguntas —interrumpió Manuel.

—¿Y por qué crees que os lo dirá a vosotros y no a mí?

—Es un tema delicado. Es posible que tenga menos reparos en hablar con nosotros que en reconocer ante la persona afectada, su propia hija, lo que hizo.

—¿Y si no sabe nada? —insistió con amargura.

—Sepa lo que sepa, y hasta donde sepa —continuó Manuel—, te aseguro que nos pondrá sobre algún indicio por donde seguir investigando.

—De acuerdo, pero está muy enfermo y me da miedo que esto empeore su estado.

—Blanca —me apresuré a decir—, a tu padre no le queda mucho, no digo que vaya a fallecer mañana, entiéndeme. Pero tiene al menos ochenta y cinco años...

—Sí —confirmó—, ochenta y cinco.

—Son muchos años y una enfermedad crónica; a él no le queda mucho y nosotros solo disponemos de ese tiempo indeterminado para poder encontrar a Amelia, o al menos para poder saber qué fue lo que le ocurrió, dónde fue a parar, qué hicieron con ella. Estamos seguros de que la tarde anterior a su desaparición, tu abuela fue a verla.

—Pero mi abuela murió hace muchos años.

—Lo sabemos, por eso estamos seguros de que tu padre tiene la clave o nos puede aclarar algo de lo que ocurrió, para poder tener un punto donde apoyarnos, algo que nos indique en qué dirección debemos buscar.

—Pero —insistió—. ¿Y si no desapareció? ¿Y si se marchó voluntariamente?

—¡Pero qué estás diciendo! —bramó Luisa poniéndose en pie de golpe—. ¡Amelia desapareció cuando supo que tú estabas viva! ¡Jamás se hubiera marchado sin ti! ¡Estuvo llorándote durante tres años! ¡¿Y tú quieres disculpar a esos asesinos?!
Tiré de su brazo intentando que se sentara de nuevo.

—Blanca solo expone una hipótesis más, Luisa —argumenté casi suplicando—. No creo que haya sido su intención...

Blanca se había quedado lívida ante la reacción de Luisa.

—Yo no quería... solo digo que podría ser posible...

—La vida de Alejandro Riquelme no es más importante que la vida de Amelia López —sentenció Luisa sentándose e irguiendo la espalda contra la silla.

—Pero es mi padre. Haya hecho lo que haya hecho, sigue siendo mi padre.

—Y ella es tu madre, y tal vez esté muerta porque corrió a rescatarte. ¿Eso no te importa?

Luisa seguía levantando la voz y tuve que calmarla pasando el brazo por sus hombros y convenciéndola de que ese no era el camino. Respiró hondo y se excuso levantándose y dirigiéndose a los lavabos.

—Discúlpala, por favor —rogué a Blanca—; también es muy duro para ella.

—Lo entiendo. —Se levantó de la silla y puso un billete de diez euros sobre la mesa—. Decidle que os llamaré pronto para hablar con mi padre y... que lo siento.

Salió del establecimiento sin mirar atrás. Manuel y yo nos miramos preocupados.

—¿Crees que llamará? —le pregunté esperando que me convenciera de que sí lo haría.

—Eso ha dicho.

—Pero, ¿lo hará?

—No soy pitoniso —dijo él—, pero confío en que lo hará. Ten paciencia. De todas formas, voy a continuar escarbando en la vida de los Riquelme de Haro. Tiene que haber alguien más que sepa algo sobre lo que ocurrió ese día con Amelia.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no creo que la hicieran desaparecer entre la vieja y su hijo. Igual que necesitaron cómplices para robar el bebé, también necesitarían de alguien que les hiciera el trabajo sucio. Esta gente no se mancha las manos de mierda, siempre tienen quien les cubra las espaldas.

—Tienes razón, no había caído en ese detalle, pero es verdad. Alguien tuvo que intervenir bajo sus órdenes, las de Alejandro o las de su madre...

—O de los dos.

—O de los dos —repetí.

—¿Ya se ha ido? —sonó la voz de Luisa tras de mí.

—Sí, hace unos minutos, y ha dejado pagados los cafés.

—Es un detalle —manifestó con sarcasmo.

—¡Luisa, por favor! Deja aparte los rencores.

—¿Es que no ves lo mucho que se preocupa por ese hijo de la gran puta y lo poco que le importa su madre, que tal vez la mató él mismo?

Gesticulaba con enfado con la cara crispada de indignación.

—Ponte por un momento en su lugar —le rebatió Manuel—. Nunca conoció a Amelia, ni a ti, ni a ninguno de nosotros. Su familia han sido ellos durante toda su vida. ¡Claro que quiere a su padre! Será un hijo de puta, como tú dices, y seguramente tendrás razón, pero es el único padre que tiene y la única referencia parental que ha conocido. ¡No hables como si estuviera despreciando a tu hermana! Se acaba de enterar de que existió. Se acaba de enterar de que no es quien siempre ha creído ser, al menos en parte. ¿Sabes lo que supone eso? ¿Sabes que ella también está sufriendo en estos momentos, siendo completamente inocente de todo?

Luisa cerró la boca y no quiso responder a las explicaciones de Manuel. Sabía perfectamente que tenía razón, toda la razón, pero tenía el corazón removido por el dolor y necesitaba volcarlo sobre alguien. Solo necesitaba descansar, dormir un sueño profundo aquella noche y poner en orden sus ideas; calmar su furia contra la injusticia que sabía cometida contra su hermana Amelia y poner distancias durante un tiempo para dejar sanar su herida.

VICTORIA

Habían pasado dos días y empezaba a impacientarme. Luisa llevaba un buen rato ajetreada con sus rosas, y yo me disponía a coger el coche para ir al supermercado del centro del pueblo y proveer la nevera que empezaba a estar escasa de alimentos.

Mi móvil sonó dentro del bolso y me apresuré a cogerlo deseosa de que en la pantalla apareciera el nombre de Blanca. En su lugar, era Manuel quien llamaba; y también me alegré, sabía que las llamadas del detective eran siempre novedades imprescindibles para dar luz a aquella historia.

—Buenos días, Mati, ¿cómo están los ánimos?

—Buenos días. No te preocupes, los ánimos están calmados.

—¿Se encuentra mejor Luisa?

—Sí, supongo que ha ido digiriendo mejor la situación. Ayer me dijo que empezaba a tener esperanza en que todo esto tendría un final pronto. Creo que tiene miedo de que su hermana aparezca muerta en cualquier tumba anónima y no quiere enfrentarse a una lápida. Lo ha llevado mejor todos estos años sin saber realmente qué fue de ella.

—Es un temor más que comprensible, pero yo te llamo porque he descubierto algo que podría ser importante.

—¿De los miembros de la familia Riquelme o de alguna otra persona implicada?

—Podríamos decir que... de los dos supuestos —dijo aclarándose la voz.

—Explícate.

—Dolores de Haro tenía una hermana y esta a su vez tenía dos hijos: Ricardo Fernández de Haro y Victoria, bastante menor que su hermano.

—¿Y...?

—Ricardo era solo unos meses mayor que Alejandro, su primo, y en esa época y a pesar de ser un hombre joven ya era comisario y gozaba de algunas condecoraciones por méritos policiales durante los años sesenta. Al parecer era un hombre considerado especialmente duro con los opositores al régimen.

—¿Crees que tuvo que ver algo en la desaparición de Amelia?

—Todo son suposiciones, pero Ricardo y su tía Dolores tenían una relación muy estrecha; tanto es así, que a la muerte de Dolores le dejó una de sus propiedades en herencia a su sobrino, mientras que con Victoria, su sobrina, no tuvo tanta consideración. Vamos, que a ella no le dejó ni un duro.

—¿Y qué pruebas tenemos de que pudiera estar implicado? ¿Podemos entrevistarnos con él?

—No. Ricardo murió en 2009 de un infarto.

—¡Mierda! —exclamé contrariada.

—No te preocupes, sigo investigando en su historial.

—¿Puedes hacer eso?

—Hay que tener amigos hasta en el infierno, Mati.

—Ya empiezo a conocerte —me eché a reír.

—Pero las posibilidades no acaban ahí —prosiguió él.

—¿Ah, no?

—No. Su hermana Victoria sigue viva. En 1965 tenía dieciséis años. Es una mujer relativamente joven con la que pienso que sí podríamos tener una larga conversación.

—¿Por qué crees que estaría dispuesta a hablar con nosotros?

—Por varias razones. La primera es que Victoria es lo que se considera en términos familiares «la oveja negra». Siempre se llevó de pena con el resto de la familia, sobre todo con su hermano, al que intentó poner una denuncia por abusos sexuales...

—¿Qué! ¡No me jodas! ¿Abusos sexuales hacia su hermana?

—Lo que oyes. Pero al parecer fue su familia quién intentó convencerla para que retirara las acusaciones. Ese proceso lo inició hace veintidós años. Acusó a su hermano de abusos continuados durante su infancia y adolescencia.

—¿Y llegó a juicio?

—Sí, pero lo perdió porque nadie en su familia quiso apoyarla. Se desestimó por falta de pruebas y encima tuvo que pagar los costes del juicio. Luego su hermano puso una querrela contra ella por difamación y lo ganó por los mismos motivos: el apoyo de la familia.

—O sea, que la pobre mujer fue abusada y luego apaleada en los juzgados.

—Exactamente. Ricardo era el niño bonito de su madre y de su tía Dolores, en cambio Victoria era una joven rebelde de ideas muy diferentes a las de su hermano. Participó en los disturbios estudiantiles desde 1967 hasta al menos 1976...

—¿Cómo puedes estar tan seguro de las fechas?

—Porque Victoria formaba parte del grupo de dirigentes de las SDEU, Sindicatos Democráticos de Estudiantes Universitarios, y no solo eso sino que también participó en la edición de varias revistas clandestinas, como *Tribuna Roja*.

—¿Quieres decir que Victoria se oponía frontalmente al régimen en contra de toda su familia?

—Eso es lo que digo, y tuvo muchos disgustos familiares además de varias detenciones; incluso fue interrogada y maltratada en la misma comisaría donde su hermano ejercía su jefatura, pero tuvo la suerte, en esa ocasión, de que interviniera su padre a favor suyo. Al parecer, el padre de Victoria y Ricardo tenía debilidad por su hija y tuvieron un altercado importante en la comisaría el día en que Victoria fue detenida.

—Me parece increíble que Victoria fuera tan diferente habiéndose criado en una familia vinculada directamente con las convicciones franquistas.

—Pues no creas que fue la única en aquellos años. Muchos de los hijos de los vencedores de la Guerra Civil formaron una nueva generación de universitarios, que no habían vivido directamente la contienda y no tenían una idea del franquismo igual a la de sus padres, sino que lo consideraban un lastre que obstaculizaba el avance del país, e incluso el de su propia formación como universitarios. Además, ante sus protestas el régimen actuaba como sabía hacerlo, a base de represión, pero de la más dura: encarcelamientos, torturas, pérdida de sus becas, expulsión de las universidades... en fin, que cada reacción del Gobierno ante sus reivindicaciones, lo que hacía era reforzar las revueltas estudiantiles. Estos empezaron a tomar contacto con otros movimientos reivindicativos, como el Movimiento Obrero, aún clandestino pero activo. En definitiva, Victoria era un garbanzo negro en medio del cocido de su familia y nunca fue apoyada por ninguno de sus miembros.

—¿Y durante el juicio contra su hermano? ¿Tampoco su padre? Has dicho que tenía debilidad por su hija.

—Sí, pero hace veintidós años el padre de Victoria llevaba ya mucho tiempo criando malvas.

—¡Ah, claro! Estaba más sola que la una.

—Así es.

—¿Y crees que sabe algo del asunto de Amelia?

—No puedo estar seguro aún, pero en 1965 Victoria aún vivía con sus padres y con su hermano en la casa familiar, y es posible que ese tema se resolviera o se hablara dentro del ámbito de la familia.

—Pero su hermano era bastante mayor que ella —pregunté extrañada—, ¿seguía aún en la casa de sus padres?

—Sí, tendría unos treinta y dos o treinta y tres años, pero era soltero y vivía de fábula en aquella casa. ¡Te puedes imaginar! A cuerpo de rey y rodeado de personal de servicio. No se independizó nunca ni se casó y se quedó con la casa una vez fallecidos sus padres.

—¿Y su hermana?

—Se largó en cuanto tuvo la mayoría de edad.

—Me imagino que la tienes localizada, ¿verdad?

—Verdad. Vive en Sevilla y tengo su teléfono. Si accede a ser entrevistada, ¿te vienes o te quedas en Madrid?

—¿En Sevilla?

—Sí, se casó con un profesor universitario... la última vez que se casó, porque creo que tiene dos exmaridos.

—Se lo monta bien —opiné divertida.

—Bueno, supongo que ha continuado siendo una chica rebelde durante toda su vida. Nunca le gustó atarse durante mucho tiempo. Tiene dos hijos, uno de cada exmarido, y de la misma forma que su madre se independizaron en cuanto tuvieron edad para ello.

—¿Y del último marido?

—Ese fue una adquisición tardía. También es un divorciado con su propia prole. Parece que con este ha encontrado la estabilidad y entre los dos montaron un estudio de arquitectura que les funciona bastante bien.

—¿Los dos son arquitectos?

—Sí, eso parece. Entonces, respóndeme, ¿te vienes o no?

—Pues claro. Habla con ella y cogemos el primer AVE para Sevilla mañana mismo.

Puse al día de la conversación a Luisa y no quiso sumarse al viaje en caso de que Victoria accediera a recibirnos. Consideró que con Manuel y conmigo era suficiente. La humedad de los últimos días le había provocado un buen resfriado y dolores articulares. No se sentía bien y yo estaba preocupada por su salud. Pensé en quedarme con ella si sus dolores persistían al día siguiente, puesto que Manuel era suficientemente competente como para llevar el asunto de la entrevista con Victoria en solitario, pero Luisa no estaba de acuerdo. Sus articulaciones le dolían con frecuencia y el resfriado no era una dolencia tan grave como para cambiar los planes de nadie.

No pensaba meterse en la cama y le bastaba con la medicación que le recetó su médico de cabecera. Insistió en que me fuera a Sevilla con Manuel. Al fin y al cabo era solo un día, y además una semana más tarde yo tendría que irme de todas formas, pues mis vacaciones concluían y me esperaba el trabajo al que ya no me apetecía demasiado acudir.

Durante todas aquellas semanas en las que conviví con Luisa en su casa de Pedrezuela, y durante las que me sumergí en la investigación sobre el paradero de Amelia, no había cambiado solo mi forma de ver la vida: había cambiado yo por completo. Me había sentido tan bien, que pensaba que me iba a resultar muy difícil volver a retomar mi antigua vida, los líos y las peleas en

la empresa, mi piso amplio y luminoso de Alicante, pero sin la visión y el perfume de las rosas de Luisa cada mañana... Solo había una cosa que me impulsaba a volver. Mi hijo. Guillermo era el ancla que tiraba de mí para no apartarme de todo aquello que formaba mi vida cotidiana, y ahora, mientras esperábamos un nuevo miembro en la familia, tampoco estaba dispuesta a mantenerme lejos.

En definitiva, me sentía partida en dos, pero el peso se inclinaba por la vuelta; al fin y al cabo no tenía otra forma de vida más que mi trabajo. Me quedaba esperar unos pocos años y solicitar una jubilación anticipada aunque mi pensión se viera mermada. Tenía los suficientes ahorros como para poder permitírmelo.

Manuel volvió a llamar una hora más tarde. Victoria había accedido a recibirnos, aunque no demasiado convencida. El estudio de arquitectura que tenía junto a su marido estaba situado en una zona en expansión de la capital sevillana, y nos había citado en su despacho a partir de las doce de la mañana del día siguiente.

Mi compañero de viaje había sacado ya los pasajes de ida y vuelta para los dos y quedamos en verno diez minutos antes de la hora de salida del tren en la estación de Atocha. No tenía equipaje que preparar, así que solo tocaba esperar a la mañana siguiente.

Aquella tarde llovió torrencialmente y preparé una buena cantidad de palomitas para tomar frente al televisor. Moro se tumbó a nuestros pies y empezó a dormitar. Luisa y yo nos cubrimos las piernas con una manta y disfrutamos del sabor y el olor a palomitas recién hechas viendo una película mientras la lluvia caía en el exterior.

Miraba absorta las escenas en la pantalla cuando el sonido de mi móvil me devolvió a la realidad. Me levanté lo más rápido que pude y observé con alegría que era la llamada que esperaba, la llamada de Blanca. Crucé los dedos antes de descolgar, deseando que nos comunicara un sí a la posibilidad de hablar con su padre.

—¿Mati?

—Sí.

—Soy Blanca.

—Te esperaba. Ahora dame una buena noticia, por favor.

—No ha sido fácil. Mi padre se ha cerrado en banda y no quería ni oír hablar de Amelia, y mucho menos de vosotras.

—Entonces, ¿no quiere hablar?

—No hasta esta mañana.

—¿Qué ha pasado?

—Anoche empezó de nuevo a sentirse mal y tuvimos que ingresarle de nuevo.

—¡Por Dios, Blanca, no me digas que tu padre se muere!

—Por suerte no. Ha sido otra de sus crisis, pero mañana seguramente nos lo traeremos a casa. Estoy agotada.

—Pero, ¿por qué ha cambiado de opinión?

—No lo sé, tal vez porque se ha visto mal y quiere decir algo antes de irse. Aún va a vivir tiempo, nos tiene acostumbrados a las idas y venidas al hospital, pero supongo que se plantea que en una de esas se va a quedar.

—Y seguramente así va a ser.

—Ya. Bueno, lo importante es que me ha llamado y me ha dicho que sí, que hablará con vosotras, pero que él no sabe dónde está Amelia, que su madre nunca se lo dijo.

—¿Te ha adelantado eso?

—Sí.

—Bien —suspiré—. Mañana no puede ser, debo ir a ver a tu Victoria, la prima de tu padre. —
Aguanté la respiración esperando su reacción.

—¿A Victoria? No tengo mucho trato con ella, creo que vive desde hace tiempo en Sevilla, cuando se casó con su último marido, pero apenas nos hemos visto en los últimos años. ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—Al parecer puede aportar algo a la investigación, según Manuel.

—¿Estás segura? —inquirió extrañada.

—No, no estoy segura de nada —respondí alzando los hombros—, pero es posible que tenga algo que decir de aquellos días, algo relacionado con tu padre y con su primo Ricardo.

—¿Con... el tío Ricardo?

—Sí, supongo que con él tendrías más trato.

—Sí. Lo tuve.

—Noto tensión en tus palabras, ¿qué pasaba con tu tío Ricardo?

—Nada de particular. Solo que era una persona que no me caía bien.

—Por algo en concreto —insistí.

—Por nada en concreto. No me gustaba cómo me miraba, era un hombre extraño y no me gustaba estar cerca de él.

—¿Y tu tía Victoria? ¿Cómo la recuerdas?

—La veía poco, y como me hablaban tan mal de ella... tampoco quería saber mucho más.

—¿Recuerdas el juicio entre ella y su hermano Ricardo?

—Sí, claro. Eso pasó hace al menos veinte años.

—Veintidós exactamente —aclaré.

—Da igual. Fue algo bastante desagradable y yo me mantuve lejos de aquel conflicto. Yo ya estaba casada y eran primos de mi padre, así que no me tocaba tan de cerca como para implicarme en aquel asunto; además, yo no tenía nada que aportar.

—Bien, si nos dice algo clarificador te informaré también a ti, si te parece.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿cuándo podemos ver y hablar con tu padre?

—Pasado mañana a partir de las once y siempre que os marchéis antes de la una y media. No es por nada, es que es la hora en la que tienen que darle la comida y estamos siendo muy estrictos con la alimentación y los cuidados.

—Lo entiendo perfectamente. No te preocupes, si se alarga daremos la entrevista por acabada a la una y media.

Me fui pronto a la cama. Al día siguiente tenía que madrugar para llegar a la hora convenida a la estación de Atocha.

* * *

Manuel me esperaba cuando llegué corriendo y mirando mi reloj. El trayecto se nos hizo corto charlando de todo un poco. Manuel era un hombre divertido. Durante la semana que me quedaba, hasta finalizar mis vacaciones, tenía una larga tarea que hacer y empezaba a agobiarme la idea de que me tendría que marchar antes de poder resolver el misterio que me había hecho permanecer en Madrid todas aquellas semanas.

Cuando llegamos a la estación de Sevilla tomamos un taxi hasta la dirección indicada. Aún quedaba más de una hora hasta el momento acordado, pero preferíamos llegar pronto.

Nos dirigimos hacia el sur de la ciudad, cerca del río; era una zona amplia y de trazado moderno. Llegamos a Torre Sevilla, un edificio extremadamente alto, de cuarenta plantas. El entorno estaba lleno de comercios, restaurantes y oficinas. En la planta 23 se ubicaba el despacho de arquitectura del matrimonio de Victoria Fernández y Alejandro Santisteban. Tuve que evitar acercarme a los ventanales por mi vértigo, pero reconozco que el panorama y la visión del río desde esa altura era digna de contemplarse.

No tuvimos que esperar mucho. Una mujer rubia, cuya edad se adivinaba bajo el maquillaje, y vestida con un atuendo desenfadado y moderno pero evidentemente caro, nos recibió tendiéndonos la mano de largas uñas pintadas de rojo y un enorme anillo con una piedra azul, que no supe distinguir si era bueno o no, pero desde luego llamativo sí que lo era.

Nos condujo a una salita desde donde podíamos seguir disfrutando de las vistas hacia el río. La mujer era simpática y nos miraba con detenimiento mientras saludábamos y nos presentábamos, tratando de adivinar por dónde irían los tiros. A pesar de ser madrileña, el tiempo transcurrido en aquella ciudad la había dotado de un marcado acento andaluz.

—Bien, aquí estamos —comenzó ella—; os confieso que estoy intrigada después de recibir la llamada de Manuel. No sé en qué puedo ayudaros yo, puesto que con mi primo Alejandro hace décadas que no me hablo.

—En realidad no sé si nos puedes ayudar —intervino Manuel—, pero tenemos que probar todas las opciones.

—Vale, pues decidme sobre qué creéis que puedo saber algo.

—Hay que remontarse a 1965 —precisé.

—De acuerdo, yo era muy joven entonces.

—Fue un asunto en el que tuvo que ver, presuntamente, tu tía Dolores, Alejandro y tu hermano Ricardo.

—¿Mi tía Dolores? Era una bruja endemoniada. Cualquier cosa que ella planeara era malo y pernicioso para alguien. Eso lo podría jurar sobre las Escrituras, y de mi hermano no quiero ni hablar.

—Bien —continuó Manuel—; tu primo Alejandro tenía entonces una niña de tres años, ¿verdad?

—Sí, unos tres años. ¿Por qué?

—¿Recuerdas algo fuera de lo normal en octubre de ese año? ¿Algo relacionado con la niña?

—Si no me concretas más, no sé a lo que te refieres.

—De acuerdo —me dirigí a Manuel—. Tendremos que contarle de qué va todo esto o no podrá relacionar cualquier cosa que viera u oyera.

Victoria nos miró a ambos con perplejidad.

—¿De qué estáis hablando?

Manuel relató a nuestra anfitriona, a grandes rasgos, el proceso desde el embarazo de Amelia hasta el descubrimiento de que su hija estaba viva, y su desaparición a raíz de la visita que recibí de Dolores de Haro. Luego continuó contándole la investigación hasta llegar a ella. Victoria escuchaba con atención el relato de Manuel y por su expresión me pareció percibir que un rayo de luz le atravesaba la mente. Por fin, después de unos instantes en silencio desde que Manuel acabó de contarle la historia, tragó saliva y comenzó a hablar.

—Ahora hay cosas que cobran sentido para mí —admitió cruzando las manos sobre su falda—.

En aquellos momentos creí todo lo que me decían, no tenía motivos para desconfiar de sus palabras, pero sabiendo de qué calaña estaban hechos mi hermano y mi tía, entiendo que lo que me contáis encaja bastante en lo que puedo recordar que pasó.

—¿Qué te contaron? —quise saber.

—Todos creíamos, hasta hoy mismo, que Blanca era la hija de Fernanda y Alejandro. Mi hermano tenía una buena relación con la bruja de mi tía y, por supuesto, con mi primo Alejandro. Eran uña y carne. Recuerdo que un día estábamos en plena comida cuando mi tía Dolores llegó a mi casa muy agitada, dijo que una loca había intentado raptar a su nieta y que habían podido atraparla y reducirla. Le pidió a mi hermano que se hiciera cargo de aquella mujer, y que no se sentirían seguros mientras no se le diera un buen escarmiento; que le dejara claro que no se podía acercar a niñas indefensas para llevárselas, Dios sabe a dónde. Aquello me impactó. Intentar raptar a una niña pequeña y alejarla de su familia me parecía un acto cruel, digno del peor castigo.

—¿Y tu hermano se hizo cargo del caso? —insistí.

—Claro. De inmediato. No acabó la comida, se marchó con mi tía.

—¿Qué pasó después? —le interpeló Manuel.

—Cuando mi hermano volvió unas horas después, mis padres y yo quisimos que nos contara lo que había pasado con la loca, y nos interesamos también por el estado anímico de Fernanda. Supongo que sabéis que estaba siempre con problemas de salud, sobre todo con depresiones que la mantenían en la cama durante días y días. Nos contó que la mujer estaba indocumentada y que no había forma de conocer su identidad; que la habían interrogado en su comisaría y que solo decía incoherencias. La habían dejado en el calabozo después de darle una buena tanda de hostias, en palabras de Ricardo, y estaban esperando a que el juez decidiera si la llevaban a prisión hasta que saliera el juicio, y que mientras tanto habría que esperar también por si alguien la reclamaba.

Se me puso un nudo en la garganta al pensar en el sufrimiento de Amelia, recibiendo una paliza a manos de varios hombres a los que ni siquiera les importaban sus argumentos, sus súplicas y su llanto. Los días y noches sola, sin poder acudir a nadie y encerrada en un sucio calabozo. Pensé que yo en su lugar me hubiera vuelto loca.

—¿Dijo tu hermano algún nombre? ¿La mujer se había identificado aunque solo fuera de palabra? —preguntó Manuel.

—No recuerdo que dijera ningún nombre, solo dijo que iba indocumentada.

—Amelia diría su nombre —rebatí—; era una mujer cabal.

—Ricardo no habló de ningún nombre, de eso estoy segura.

—¿Y qué dijo de Fernanda? —siguió preguntando Manuel.

—Pues no sé exactamente, pero creo que dijo que estaba bien, que había encontrado más alterada a la tía Dolores que a Fernanda, pero que, como siempre, había acabado en la cama con fuertes jaquecas a raíz del incidente. En los días posteriores al susto del intento de secuestro, mi primo Alejandro y mi tía nos visitaron varias veces.

—¿Y eso no era habitual?

—No, al menos no con tanta frecuencia. Claro que no venían a verme a mí ni a mis padres, sino que quedaban con mi hermano. Se iban a la salita y hablaban a puerta cerrada.

—¿Y no pensaste que pasaba algo inusual, sospechoso?

—Yo era una niña que tenía mis propios problemas generacionales con mis padres, además de con mi hermano, que era un cabronazo.

—Algo sabemos de la denuncia que le pusiste en 1996 —manifesté tratando de provocar una nueva reacción en Victoria.

—¡Vaya! Se ha debido de enterar hasta el Tato —ironizó torciendo el gesto.

—Teníamos que enterarnos mientras investigábamos a tu familia —intervino Manuel—; así te hemos encontrado a ti.

—No importa. Es una injusticia más entre tantas otras que, paradójicamente, cometen los jueces. Mi hermano disfrutaba de la complacencia de toda la familia; en cambio yo no gozaba de las simpatías de nadie. Se me trató de mentirosa y difamadora, y prácticamente me acabaron de expulsar de ese nido de víboras que era mi familia. Eso no me importó. Lo que más me dolió es que Ricardo, que era un obseso sexual y un violador, siguiera su plácida vida machacando a todo el que se le ponía por delante y yo quedara marginada e ignorada por todo el mundo. Pero mira, ahora él está muerto y yo vivo feliz.

—Eso está bien —me alegré—; y, volviendo al tema que nos ocupa, ¿supiste algo más de aquel caso?

—No. Nunca más volví a saber de aquello. Ya te digo que era una niña y no solían hablar cuando yo estaba delante. Al cabo de una semana ya se había olvidado todo y cada cual volvió a sus asuntos.

—Menos Amelia —alegué con amargura.

Los ojos de Victoria me miraron con compasión.

—Ojalá pudiera ayudaros más, pero me temo que eso es todo lo que os puedo decir. Yo no compartía prácticamente nada con ellos y poca cosa me podían decir a mí en esas circunstancias, y menos aún mi hermano Ricardo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirí con curiosidad.

—Claro.

—En algún momento, durante los días en que tu hermano abusaba de ti, ¿se lo contaste a tu madre? ¿Pediste ayuda? Ya sé que es algo muy íntimo, pero no dejo de preguntarme, si fuera así, cómo una madre no sale en defensa de su hija.

—Es cierto, es algo muy íntimo.

—Disculpa —tragué saliva avergonzada—. No tienes por qué responder, no es asunto mío.

—No, tranquila. A veces hablar de algo que duele, desahogarse con alguien, resulta ser una buena terapia. En mi caso, después de todo lo que pasé durante los días en los que mi hermano se metía en mi cama... y tiempo después, cuando me atreví a llevarle a juicio y me vi nuevamente mancillada, como si la víctima fuera él y yo la culpable de todos mis males... en fin, hablar de ello me alivia, me quita lastre, y no quiero guardármelo dentro otra vez, porque lo siento como un gusano carnívoro que me come las entrañas.

—Si es así, ¿qué pasaba entre tu madre y tú que no salió en tu defensa?

—Al principio yo no sabía qué era lo que pasaba. Lo único que sabía era que aquello no me gustaba. Solo tenía unos ocho años cuando todo empezó.

—¿Hasta qué edad lo sufriste?

—Hasta los quince. Pedí a mi padre que pusiera un cerrojo en mi habitación y empecé a encerrarme todas las noches. Él llamaba con los nudillos muy suavemente para no despertar a mis padres, pero yo no abría. Al cabo de unos meses se cansó y dejó de llamar, aunque me maltrataba de otras maneras.

—¿Cómo?

—Rompía cosas o las hacía desaparecer. Cosas que mi madre necesitaba; y luego me acusaba de haberlas robado. Sufrí muchas humillaciones hasta que me pude marchar de aquella casa.

—¿Y tu madre? ¿Cuándo se lo dijiste?

—A los once años dejó de toquetearme y me penetró. El dolor fue muy grande, sangraba, y le dije a mi madre lo que mi hermano me hacía.

—Se enfadaría mucho.

—No. Al contrario. Me abofeteó y me llamó «pequeña puta». Ricardo era para ella una especie de Dios. Le acababan de ascender y, siendo tan joven, ya tenía una buena reputación y una carrera brillante que empezaba con muy buenas expectativas.

—¿Y tu padre? Según tenemos entendido, él tenía predilección por ti.

—Yo nunca le conté nada a mi padre. Me sentía tan avergonzada, sobre todo después de haber recibido la bofetada y aquel insulto de mi madre. —Hizo una pausa y sonrió a pesar de que los ojos se le llenaron de lágrimas—. Tuve que buscar en el diccionario la palabra «puta», ni siquiera sabía lo que significaba —aclaró.

Hubo un silencio en aquel punto. Apreté su mano con todo el cariño que pude poner en mi gesto y ella asintió con una sonrisa agradecida.

—No tienes que seguir contando, Victoria. Nosotros sí te creemos.

—Lo sé.

Dimos por terminada la entrevista. Nos despedimos de Victoria haciéndole prometer que si recordaba algún detalle más, por pequeño que fuera, nos llamaría enseguida al número que figuraba en la tarjeta de visita de Manuel.

Comimos en la misma estación. Aún quedaban dos horas hasta la salida de nuestro tren de vuelta a Madrid. Tanto Manuel como yo estábamos impactados por la historia que Victoria nos había contado.

—¡Vaya familia! —exclamó Manuel con un suspiro, mientras aliñaba la ensalada que acababan de ponernos en el centro de la mesa.

—Ahora no tengo dudas de que hicieron algo muy malo con Amelia —aseguré estremeciéndome—. Ese cabrón de Ricardo no tenía escrúpulos y junto a su tía Dolores debían de formar una mezcla explosiva.

—Yo pienso lo mismo, esto tiene muy mala pinta. El problema es que ambos, Ricardo y su tía, han pasado ya a mejor vida y si no compartieron con Alejandro todos los detalles de la detención de Amelia... no sé. Tengo que ver la forma de acceder a esos archivos.

—¿Cincuenta y dos años después? ¿Eso es posible?

—Es difícil, pero no imposible.

—¿Existen archivos de las detenciones de tanto tiempo atrás?

Se pasó la mano por la frente y se echó a reír; luego me miró con el brillo en los ojos que ya empezaba a reconocer, era como si me dijera: «No tienes ni idea de lo que puedo conseguir».

—Mi querida Mati, existen archivos desde mucho antes.

—¡No jorobes! —solté incrédula.

—Créeme. No todo está informatizado, pero archivos, los hay.

—¿Y puedes conseguir verlos?

—Si no puedo de forma directa, lo intentaré de forma indirecta.

—¿Eso qué quiere decir?

—No preguntes tanto y come. Confía en mí.

—Yo confío en ti, Manuel, pero siento mucha curiosidad por saber de qué forma puedes conseguir esa información.

—Y yo te digo que no preguntes tanto y que confíes. ¿Tanto te cuesta? Aquí el problema puede ser que en realidad la detención la hicieran sin poner nombre alguno, como «sin identificar». Pero

aun así es posible localizar la ficha de la detención; puede ser más complicado, pero no imposible.

Me quedé pensando en todo lo que nos había contado Victoria, en lo que recordaba del episodio del presunto intento de secuestro de Blanca. No me quitaba de la cabeza la revelación que su hermano Ricardo había hecho a su familia cuando declaró que le habían dado «una buena tanda de hostias». No quería imaginarme lo que le pudo pasar en aquellos calabozos, y de repente me acordé de Luisa.

—¡Manuel! —exclamé llamando la atención de mi compañero de viaje.

Él me miró esperando que completara la frase.

—A Luisa hay que ahorrarle algunos detalles del relato que nos ha contado Victoria —propuse.

—¿Qué detalles?

—Los de la paliza que le dieron a Amelia en comisaría.

—¡Ah! Sí, estoy de acuerdo. No es preciso que conozca eso, es un dolor innecesario.

* * *

Cuando llegué a Pedrezuela era bastante tarde. Luisa me había guardado cena y se apresuró a calentármela en cuanto escuchó que el motor de mi coche se apagaba frente a su casa. Estaba impaciente por que le contara todo lo que habíamos hablado con Victoria, y se sentó frente a mí mientras comía esperando el momento en que comenzara a relatarle los pormenores del viaje.

Cumplí con lo acordado unas horas antes con Manuel y excluí los detalles escabrosos de la detención de Amelia. Me limité a decir que había sido detenida y encarcelada sin más. Aun así, Luisa lloró amargamente. Conocía las prácticas y los métodos de interrogatorio de la época; no era tonta, pudo intuir que había algo más, pero posiblemente tampoco ella quería escucharlo.

Lo dejamos así, en el relato genérico de los hechos y en la sospecha que se consolidaba, esta vez con más fuerza, de que terceras personas habían intervenido para hacer desaparecer a su hermana por orden de Alejandro, de su madre o de ambos a la vez.

Al día siguiente habíamos quedado con Blanca en el domicilio de su padre. Teníamos la esperanza de que Alejandro Riquelme arrojara más luz sobre el asunto a pesar de que ya, a través de su hija, nos había adelantado que desconocía el paradero de Amelia tras la detención por los hombres que capitaneaba su primo Ricardo.

Enjugué las lágrimas de mi amiga y traté de tranquilizarla. La tristeza era todo lo que ella podía sentir en aquellos momentos. La idea de que Amelia hubiera sido acusada de secuestrar a la niña, con todo lo que aquella acusación arrastraba de dramática mentira, ideada con toda probabilidad por Dolores de Haro o por el mismo Alejandro Riquelme, resultaba desgarradora; máxime sabiendo que un acto de tal envergadura, incluso siendo una denuncia falsa, incluía un interrogatorio plagado de golpes y humillaciones.

Nos fuimos a la cama. Ninguna de las dos pudo dormir aquella noche.

ALEJANDRO

Encontramos a Manuel apoyado en la pared junto al portal de los Riquelme. Habíamos llegado un cuarto de hora antes de lo acordado, pero él siempre llegaba antes.

En el zaguán, el portero, Damián, sacaba brillo a los pomos dorados de la puerta. Al vernos llegar saludó solícito y echó una mirada de curiosidad a Manuel sin tener muy claro si nos acompañaba o era una visita independiente. Le aclaré que aquel hombre venía con nosotras a visitar a Alejandro Riquelme sin darle más explicaciones.

Una vez arriba, la misma muchacha de facciones orientales nos abrió la puerta y nos hizo pasar al recibidor. Blanca apareció unos instantes después, conduciéndonos a una sala de ventanales grandes y cortinas recogidas a ambos lados con lazadas de la misma tela. Los visillos blancos cubrían tras ellas los cristales dejando pasar la luz de una mañana fría pero que había amanecido luminosa.

—Sentaos, por favor —ofreció Blanca—; a mi padre le traigo enseguida. Él camina despacio y se ha negado a que le veáis en la silla de ruedas, así que ahora mismo le acompaño hasta aquí.

La sala estaba adornada con objetos valiosos que curioseamos mientras esperábamos la entrada de Alejandro y de su hija. No hubo que esperar mucho; el anciano que días antes habíamos observado Luisa y yo postrado y dormido en la cama del hospital aparecía ahora del brazo de su hija Blanca, dando pasos cortos y apoyado, en el lado opuesto a su hija, sobre un bastón.

Nos miró entre temeroso y desafiante, deseando que aquella entrevista transcurriera rápida para volver de nuevo a su vida y olvidarse definitivamente de todo lo que sabía que debía fluir a la superficie antes de vernos desaparecer tras la puerta de su casa.

Nos presentamos uno a uno estrechándole la mano. Luisa y él se miraron largamente, escudriñándose mutuamente los ojos antes de que ella retrocediera sentándose en un segundo plano, dispuesta a escuchar lo que aquel hombre tenía que decir. Irguió la cabeza y cruzó las manos sobre su bolso, que reposaba en sus rodillas.

Manuel se sentó en otra silla junto a Luisa, Alejandro y Blanca en un pequeño sofá de dos plazas y yo en un sillón, más cerca del anciano. Hubo un intercambio de miradas entre todos nosotros en medio de un silencio incómodo que duró unos segundos, antes de que yo tomara la palabra y rompiera la expectación del momento.

—¿Sabe por qué estamos aquí? —planteé al anciano, tratando de suavizar el tono para facilitar el desarrollo de la conversación.

—Sí. Lo sé —hablaba con firmeza pese a que se notaba que no se sentía cómodo—. Siempre tuve la esperanza de que este momento no llegaría nunca, pero en mi fuero interno sabía que me tendría que enfrentar a ello, antes o después.

—Entonces —intervino Manuel—, debe saber que tenemos ya los suficientes elementos probatorios como para estar seguros de que Amelia López desapareció en extrañas circunstancias y que usted tuvo una participación activa en ello.

Alejandro dirigió su mirada cansada hacia él y asintió con la cabeza antes de responder.

—No creas que ha sido fácil para mí guardar este secreto durante tantos años —declaró en un hilo de voz—. Ni siquiera fue idea mía. No planifiqué nada de lo que ocurrió, solo me dejé llevar, como siempre hice. Ella nos dominaba, era fuerte, mucho más que cualquier hombre, y conseguía todo lo que quería.

—No entiendo. ¿A quién se está refiriendo? —pregunté sacudiendo la cabeza.

—A mi madre.

—¿Dolores de Haro?

—Sí. Doña Dolores de Haro Caballero. Esa era mi madre. Fuerte y dominante como nadie lo ha sido.

—Cuéntenoslo todo, por favor, desde el principio.

Acerqué un poco más mi asiento dispuesta a escuchar una historia que adivinaba larga.

—Me casé muy joven con Fernanda. Ella era la mujer más delicada que había conocido y me sentí atraído por ella desde el primer día que la vi. La conocí en una fiesta que dio mi madre para celebrar su cumpleaños. Fernanda era hija de uno de los socios de mi padre, pero nunca habíamos coincidido hasta aquel día. Un año después nos casamos deseando tener descendencia que completara nuestra felicidad y que heredara la fortuna de ambas familias. Ella era hija única y mi hermano mayor, Alfredo, había hecho votos de sacerdocio unos años antes. Las dos familias esperaban con ansia la llegada de hijos habidos de nuestro matrimonio. Pero Fernanda no conseguía quedarse embarazada a pesar de que lo intentábamos una y otra vez. Así estuvimos varios años antes de que decidiéramos ponernos en manos de los mejores médicos; sin embargo todo fue inútil: mi mujer sufría una anomalía en las trompas de Falopio, al parecer congénita. Nadie lo sabía, ni sus padres ni ella misma. ¿Cómo iba a saberlo si nunca antes había intentado concebir? La noticia de su infertilidad fue un jarro de agua fría para todos nosotros. Fernanda se sumió en una profunda depresión y yo no sabía qué hacer para que mi mujer volviera a su alegría de siempre, tal y como yo la había conocido. Pero si alguien acusó con más fuerza el golpe, de otra manera, claro, esa fue mi madre.

—Y buscaron un vientre de alquiler pero con engaños y sin consentimiento, ¿no?

Alejandro cerró los ojos obviando mi airada pregunta y continuó su relato.

—Mi madre quería un heredero a toda costa. Me culpaba por haberme casado con una mujer estéril, aunque ella me había animado a contraer matrimonio con Fernanda por la fortuna que heredaría a la muerte de sus padres. Sin embargo, tras la noticia de su problema echaba pestes de ella, la llamaba débil, inútil... la llamaba de todo por no ser capaz de hacer, según mi madre, lo único que una mujer tiene que hacer en su vida: parir hijos que perpetúen su estirpe y el apellido de su esposo. Yo, igual que mi padre y mi hermano, nunca tuve el suficiente valor para enfrentarme a ella. Reconozco que mi madre era un auténtico demonio cuando se empeñaba en serlo, y yo me encogía sobre mí mismo cuando la oía gritar y acusarme de pusilánime.

—Pero —interrumpí— adoptar a un niño podría haber sido una opción aceptable.

—¿Adoptar a un niño? ¿Dejar una fortuna inmensa a alguien que no llevara la sangre de los Riquelme de Haro? Eso jamás.

—Sin embargo —insistí—, un hijo fuera del matrimonio tampoco tendría, al menos en aquel tiempo, derechos de herencia o hubiera podido ser cuestionado por otros herederos de la familia.

—Claro, claro que sí —continuó—. Pero hasta el destino se ponía de parte de mi madre cuando esta lo pedía. Empecé a salir con amigos a cenar, a tomar copas, a funciones de teatro... mi mujer era casi una sombra, ni siquiera permitía ya que me acostara en la misma cama que ella, así que desahogaba mis instintos en burdeles cuando se terciaba la ocasión. Una tarde fuimos al Teatro Maravillas. No recuerdo exactamente cuál era la obra que se representaba; al fin y al cabo, eso daba lo mismo. Solo sé que era un musical. Mis amigos y yo estábamos sentados en una de las primeras filas del patio de butacas y me quedé impresionado al ver a Amelia. Tenía un parecido extraordinario con Fernanda, aunque mi esposa era un poco más delgada y no solía utilizar casi

maquillaje. Sin embargo, me habría creído que aquella muchacha era hermana gemela de mi esposa si alguien me lo hubiera asegurado. Al acabar la función necesitaba acercarme a ella y comprobar que mis ojos no me habían traicionado, y que mi mente no estaba obnubilada por la presión que mi madre ejercía con aquel asunto sobre mí.

—Y comprobó que los sentidos no le habían engañado.

—En efecto. Mis sentidos no me engañaban. Dicen que todos tenemos un doble en algún lugar, y Fernanda tenía a su doble allí, en el camerino del Teatro Maravillas. Visitar un camerino no era difícil para ningún hombre de posición. Solo tenía que pedirlo y enseguida me conducían hacia el que más me apeteciera. Amelia me pareció una persona encantadora, pero tremendamente ingenua. En aquel momento no pensaba en nada excepto en la casualidad de encontrar a una mujer tan sumamente parecida a Fernanda, casi de la misma edad, o en realidad algo más joven; dulce, simpática... se lo conté a mi madre en cuanto llegué a casa aquella noche. Estaba tan impactado que la desperté para decírselo.

—Y entre los dos trazaron un plan.

—¡No! Yo no tracé ningún plan, no tenía la mente clara. Al cabo de unos días, mi madre me pidió que la llevara al Teatro Maravillas antes de que quitaran la función de cartel. Fuimos y pudo comprobar que lo que le había contado era cierto. También ella se asombró del gran parecido de aquella corista con Fernanda. Mi madre era una mujer de mente rápida; si hubiera nacido hombre seguramente dirigiría, no una gran empresa, sino una nación entera. Me animó a que la visitara, que le hiciera regalos, que le enviara flores tras la función diaria.

Blanca se levantó de su asiento.

—Te estás estresando, papá.

—¡Siéntate, Blanca! Te lo pido por favor. —Ella se sentó mientras su padre continuaba hablando—. Mi madre vio en aquel parecido físico, tan extraordinario, una oportunidad de oro para perpetuar nuestra sangre y el apellido de nuestra familia. Una Riquelme de Haro auténtica, con los rasgos de mi legítima esposa. Para ella no era más que cambiar un vientre por otro.

—Y aquella muchacha ingenua que cantaba y bailaba en el coro de la obra de teatro le importaba poco —comenté con amargura.

—No le importaba nada —respondió Alejandro sin mirarme—. A Dolores de Haro le importaba poco todo el mundo, incluso yo, su hijo. Pero tenía razón en muchas cosas: yo era débil. No me costó mucho engatusar a aquella chica. Se notaba a la legua que estaba carente de cariño y mis atenciones eran todo para ella.

—¡Cómo pudiste, papá!

—¡Calla! Déjame contarle. Necesito liberarme de esta losa que llevo arrastrando toda mi vida. Os juro que llegué a quererla. —Nos lanzó una mirada húmeda y cansada—. Amelia era un ser tan dulce, que llegué a dudar si dejar a Fernanda por ella. Pero eso era legalmente imposible en aquellos años, y además habría sido un escándalo tan grande, que mi empresa se habría hundido con toda seguridad. Todo se juntó de golpe: mi suegra falleció tras un ictus que la había dejado postrada, y Fernanda se hundió aún más en aquella depresión que le impedía salir de la cama. Yo no soportaba ya la situación, empezaba a odiar mi vida y Amelia era un bálsamo para mí.

Se pasó la mano por sus labios secos y Blanca corrió a llenar un vaso con agua de una jarra de cristal decorado que había sobre la mesa. El anciano cogió el vaso con su mano temblorosa y bebió antes de continuar.

—Ella lo planeó todo. Amelia era la pieza más importante, pero solo era eso: una pieza. En realidad todos lo éramos. Durante meses nos estuvimos viendo; nos citábamos en el piso de

Malasaña hasta que ocurrió lo que tenía que pasar, lo que estaba ya previsto que pasara antes o después: Amelia quedó encinta. Recuerdo su temblor cuando me lo dijo, el miedo en sus ojos... Yo también tenía miedo... y emoción. No sabía lo que iba a ocurrir después, dependía de los planes de mi madre, y de verdad que temí por ella, por Amelia. Sabía que estaría segura mientras durara el embarazo, pero después... después no sabía qué era lo que nos tenía preparado aquella mujer —endureció el tono—: ¡Mi madre!

Estaba claro que Alejandro Riquelme no tenía un buen recuerdo de su madre. Hablaba de ella en parte con rencor y en parte con temor. Debió de ser una señora de armas tomar, pero en el mal sentido: una auténtica psicópata, una manipuladora, como la definía su propio hijo.

—En cuanto le comuniqué la noticia de que esperaba un hijo de Amelia, mi madre saltó de alegría, como si le hubiera tocado la lotería. Sus planes se iban cumpliendo tal y como lo tenía previsto. Corrió al cuarto de mi mujer y yo la seguí, pero no me dejó entrar; me dijo que esperara fuera, que debía tener una conversación a solas con Fernanda, que era cosa de mujeres y que yo sobraba allí. La obedecí, como obedecía todas sus órdenes.

—Dudo mucho de que Fernanda aceptara los planes de su suegra —aventuré.

—Mi mujer odiaba a mi madre, como todo el mundo, pero ella tenía una capacidad de convicción envidiable. Ante sus deseos solo había dos posibilidades: aceptarlos por las buenas o hacerlo por las malas. Tenía muchos recursos. Utilizaba la humillación para hacerte ceder, eso siempre le daba resultado, y con Fernanda le dio. La acusaba de no ser una buena esposa, de haberse convertido en una carga para ambas familias por su incapacidad para concebir. La convenció de que la única manera de redimir esa culpa era aceptar como propio el hijo de su marido. Le dijo que habían encontrado a la persona perfecta, una mujer que era un calco de ella misma; la criatura tendría sus rasgos y podría educarla y moldearla como si fuera su hija biológica. Llevaba mi sangre, eso era seguro, y Fernanda acabó aceptando el plan perfecto de mi madre.

—¿Cómo convencieron al resto de la familia del supuesto embarazo de Fernanda?

—Eso fue lo más fácil —continuó diciendo—. Los hombres no entendemos nada de preñeces ni de partos, eso es cosa de mujeres. Mi suegra había muerto y tanto mi padre como mi suegro creyeron a pies juntillas que tras años sin poder concebir, Fernanda había quedado milagrosamente embarazada tras la intervención de la Virgen Blanca, patrona de Vitoria, que era la ciudad en la que habían nacido mis suegros, y a quien tanto ella como su difunta madre le habían rezado pidiendo el milagro de un hijo.

—¿Y se lo creyeron? —pregunté escéptica.

—Te aseguro que sí. Eran muy religiosos.

—¿Qué pasó después?

—Llevamos a Amelia a mi piso de Malasaña. Ella ya lo conocía porque nos habíamos visto muchas veces allí. Nos encargamos de que estuviera bien alimentada y la visitaba con frecuencia. Conforme Amelia engordaba, a Fernanda le obligábamos a abultar su vientre bajo el vestido con almohadas que mi madre se encargaba de acoplarle las pocas ocasiones en las que salía a la calle. A todo el mundo le decíamos que era un embarazo de alto riesgo y que debía guardar un reposo muy estricto por prescripción de su ginecólogo.

—¿Y estuvo todos esos meses sin salir?

—Sí, apenas salió unas cuantas porque nos interesaba que la vieran nuestros amigos con vestido premamá, y mi suegro, claro, las veces que vino a visitarnos. Pero eso no era raro en

Fernanda. Ella llevaba mucho tiempo con depresiones y más a raíz de la pérdida de su madre, eso la hundió más aún.

—¿Cómo planearon quedarse con Blanca tras su nacimiento?

Los labios de Alejandro Riquelme comenzaron a temblar. Miró a su hija y esta le tomó la mano.

—Dejé ese asunto en manos de mi madre. Sabía que lo que íbamos a hacer estaba mal, pero no podía oponerme a sus planes; ya habíamos ido demasiado lejos, no podía volverme atrás llegado ese momento. No tengo ni idea de cómo mi madre contactó con el doctor Fuentes, pero lo hizo y nos citó cuando el embarazo de Amelia había llegado a los siete meses. Le visitamos en su despacho del Hospital Jesús de Medinaceli.

—¿Quiénes fueron?

—Mi madre y yo, nadie más. Nos hizo prometer una donación importante para el hospital, según dijo.

—¿Para el hospital o para él?

—Dijo que para el hospital; dónde fuera ese dinero no lo sé. Yo solo firmé el cheque. Luego nos dio instrucciones para el día en que Amelia se pusiera de parto. Yo tenía que llevarla y hablar a continuación con él. Debía dejarme ver poco por allí y en mi lugar debían ir mi madre y Fernanda, con todo preparado para sacar al bebé en cuanto él o personas de su confianza le hicieran un reconocimiento a la criatura para asegurarse de que estaba sana.

—O sea, que si la niña hubiera tenido algún problema físico la habrían dejado allí con su madre biológica, pero si estaba sana se la llevaban.

—Posiblemente —confirmó Alejandro.

Luisa y yo intercambiamos miradas de disgusto.

—Y todo transcurrió conforme a lo planeado, ¿no?

—Sí. Todo ocurrió según lo previsto. Yo llevé a Amelia al hospital con dolores de parto, y en cuanto la ingresaron fui a avisar al doctor Fuentes y me marché. Esa tarde lo pasé muy mal por los nervios, sabiendo todo lo que iba a pasar. Cuando vi que Fernanda, con un cojín bajo la ropa, y mi madre, muy contenta a su lado, cogían un taxi para dirigirse al hospital, casi vomité. Estuve a punto de salir corriendo y destrozar el plan; deseé haber podido tener el coraje suficiente como para no permitir que aquello pasara. Pensé en mil cosas, mil excusas... coger a Amelia y al bebé y esconderlos en alguna parte donde mi madre no pudiera encontrarlas... —Sacudió la cabeza y se mesó los escasos cabellos con las manos temblorosas—. Me sentí como un miserable.

—¿Se imagina cómo se sintió mi hermana cuando le arrebataron a su hija y le dijeron que estaba muerta? —le increpó Luisa con los dientes apretados.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Pero ya no podía hacer nada!

—¡Sí podía hacer algo! ¡Podía haber parado toda aquella locura!

Luisa se había levantado de su asiento y Manuel se levantó a su vez sujetándola por el brazo; ella se soltó con un tirón.

—Durante años lloró a su hija muerta mientras tú, ¡cabrón!, disfrutabas de la vida y te reías de su dolor.

—¡No, no fue así! ¡No fue así!

Al anciano le temblaba la barbilla. Temí que todo aquello se descontrolara antes de obtener la información necesaria.

—Tienes que tranquilizarte, Luisa —supliqué—; no vamos a ninguna parte de esta manera. Déjale acabar, por favor.

—¡Hice todo lo que pude por ella! ¡Lo juro! —gritó Alejandro intentando levantarse con

dificultad de su asiento.

—¡Vamos a calmarnos todos! —exclamó Manuel plantándose en medio de la sala con los brazos extendidos hacia ambos lados—. Luisa —continuó dirigiéndose a ella—, tienes que controlarte o te quedarás en casa esperando nuestras noticias. ¿Qué prefieres? Entendemos tu postura, pero estas no son las formas.

Luisa retrocedió y se dejó caer de nuevo en la silla sujetándose la cabeza con las manos.

—Por favor, continúe —pedí a Alejandro—. ¿Qué pasó con Amelia cuando salió del hospital?

Alejandro alargó la mano temblorosa para coger de nuevo el vaso de agua. Blanca se lo acercó y él bebió antes de continuar hablando.

—La llevé de nuevo a mi casa de Malasaña. Procuré que estuviera bien atendida durante los tres meses que siguieron al parto. Amelia había empeorado de la vista desde que dio a luz y la llevé al mejor oftalmólogo que conocía. Lo suyo era algo congénito y no había mucho que hacer, excepto ayudarse con los cristales adecuados, eso dijo el médico. Le compré las gafas que necesitaba y la iba a visitar de vez en cuando, pero no podía tenerla allí eternamente; además, temía que en cualquier momento me podría venir abajo y descubrir todo lo que habíamos hecho. Me reconcomía la conciencia al verla tan triste, pero cuando volvía a mi casa y veía a mi niña... No quería perderla y cada vez me sentía más unido a ella.

—Y decidió apartarla de su vida definitivamente —afirmé.

—Sí... pero... no sabía qué hacer, me sentía atrapado entre el remordimiento y mi deseo de que aquella situación se acabara, pero no quería dejarla tirada; sobre todo después de que el oftalmólogo me dijera que la enfermedad de Amelia era algo progresivo y que no había un remedio para frenarla, que más pronto que tarde se quedaría ciega. ¿Qué podía hacer? Aquello empeoraba la situación. Sabía que no podría volver a trabajar; también conocía su situación familiar y el rechazo de su padre. Yo era el responsable de todo aquello y asumí esa responsabilidad. Decidí pasarle un dinero fijo cada mes para que sobreviviera dignamente. Se lo comuniqué a mi madre, sabía que ella era quien mejor podría llevar a cabo mi encargo, y así fue. Tres meses después, mi madre encontró una casa donde alojarla.

—Una casa sin agua corriente ni baño en el poblado de Orcasitas, ¿lo sabía?

—No. Yo desconocía ese detalle; ni siquiera sabía en qué zona de la ciudad se encontraba y tampoco quería saberlo. La llevó el chófer de mi madre, ella se ocupó de todo. Quería mantenerla lejos de mi hija para que no pudiera reclamármela jamás. Me limité a enviar el precio del alquiler a la persona que mi madre me indicó como casero de Amelia, y le di instrucciones a mi contable para que enviara un giro mensual de dos mil pesetas a la dirección que me facilitó mi madre como su nuevo domicilio. Era una cantidad bastante aceptable en esos años para que se mantuviera una sola persona.

—¿Durante cuánto tiempo pensaba enviarle dinero?

—Nunca pensé en eso, no me importaba. Eternamente si hubiese sido necesario.

—¿Y si a usted le hubiese pasado algo? Un accidente mortal, por ejemplo, ¿qué hubiera sido de ella?

—No lo sé, le repito que jamás pensé en eso.

—Muy bien, calmó su conciencia con dinero y durante los tres años y pico que siguieron vivió tranquilo, ¿verdad? Pero algo ocurrió durante los días anteriores al 9 de octubre de 1965. ¿Qué fue lo que pasó?

—Dos días antes, el 7 de octubre, era jueves y yo tenía la reunión semanal con mi padre y el resto de la dirección. Amelia se presentó en mi oficina alrededor de las diez de la mañana e

increpó a mi secretaria exigiéndole verme. Mi empleada la convenció de que yo no me encontraba en mi despacho, pero no le dijo dónde estaba; entonces ella... Amelia, me dejó una nota y le pidió a la chica que me la entregara en cuanto llegara, advirtiéndole que volvería esa misma tarde y seguiría viniendo hasta que consiguiera hablar personalmente conmigo. Yo sabía que cumpliría su promesa y no podía consentir que me montara escándalos allí. Esa tarde volvió; yo estaba hablando con mi contable, de pie frente a la puerta, cuando la vi salir del ascensor y dirigirse directamente a mí. Le dije que me esperara en el bar de abajo, cogí mi abrigo y baje a reunirme con ella.

—Usted sabía ya a qué iba, ¿verdad?

—Me lo imaginaba. Me esperaba en la puerta del bar. No me quiso decir quién le había dicho lo de la niña. Estaba muy agitada y hablaba a gritos; todo el mundo se volvía a mirar y yo empecé a ponerme nervioso. Al principio lo negué todo, pero ella continuaba acusándome y amenazándome. Me dijo que me mataría si no le devolvía a la niña, que se llevaría a mi hija...

—También era su hija —puntualicé.

—Sí, también era su hija. Yo no podía permitir que me la quitara, aunque legalmente ella tenía las de perder, no había prueba alguna que demostrara que era su madre, pero el escándalo... estaba dispuesta a mover Roma con Santiago, me amenazó con ponerme una denuncia y filtrarla a la prensa, me dijo que la vigilaría día y noche, que no tenía nada que perder, que estaría cerca de ella hasta que tuviera ocasión de llevársela y que jamás volvería a verla. Me insultó. Nunca había oído palabras malsonantes en su boca, pero aquel día estaba fuera de control.

—¿Qué hizo usted?

—Le dije que se marchara, que pensaría en alguna solución para ambos, que me dejara pensar y que iría la tarde siguiente a verla para hablar con más tranquilidad.

—Pero usted no fue a verla la tarde siguiente.

—No. Cuando llegué a casa aquella noche estaba bloqueado. Pensaba cómo solucionar aquello, sin que me viniera una sola idea a la cabeza. Y acudí a mi madre, como siempre.

—Pero usted sabía que su madre era retorcida y mezquina, nos lo ha reconocido hace un rato.

—¡Claro que lo sabía! Pero también sabía que si había alguien que pudiera pensar en una salida, era ella; además, mi prioridad era conservar a mi hija. Ella era lo único bueno que tenía en la vida. Mi mujer era un desastre con quien ya no quería vivir, pero tenía la obligación de aguantarla; mi madre dirigía mi vida y solo me sentía feliz cuando jugaba con Blanca, cuando la miraba dormida o cuando escuchaba su cháchara alegre de niña inocente. No quería vivir sin mi hija.

—Tampoco Amelia quería vivir sin su hija.

—Lo sé. Por eso pensaba y pensaba, me devanaba los sesos buscando una salida.

—¿Y su madre se la dio?

—No exactamente, pero me dijo que ella iría en mi lugar a hacerle una propuesta amistosa. Que yo no estaba en condiciones de negociar nada con aquella mujer y que ella tenía la mente más fría y llegarían a un acuerdo.

—Y Dolores de Haro se presentó la tarde del 8 de octubre en casa de Amelia. ¿Llegaron a algún acuerdo?

—No. —Sacudí la cabeza negativamente—. Mi madre le ofreció veinte mil pesetas y la posibilidad de trabajar al servicio de una amiga suya en Valladolid, con la condición de que no volviera y se olvidara del asunto. Amelia se negó, dijo que no iría a ninguna parte sin llevarse a

Blanca con ella. Discutieron. Le ofreció entonces veinticinco mil y se las puso sobre la mesa. Según mi madre, Amelia la agredió.

—Eso no me lo creo. ¿En qué consistió exactamente la agresión?

—Le tiró el dinero a la cara.

—Eso no es una agresión, no creo que le hiciera mucho daño.

—Tal vez no, pero mi madre tenía un temperamento fuerte y le respondió con dos bofetadas.

—Y las gafas de Amelia cayeron al suelo rompiéndosele el cristal.

—Eso no lo sé.

—Pero yo sí lo sé —afirmé rotunda—. Su madre estaba tan enfurecida por el incidente, y porque no había logrado comprar el amor de Amelia hacia su hija, que no contenta con eso, antes de marcharse recogió las gafas del suelo y las arrojó dentro del pozo. Amelia tenía dificultades de visión, y aun así se marchó al día siguiente en busca de la niña. ¿Cómo fue exactamente? ¿Cómo acabó Amelia detenida por intento de secuestro?

—¿Sabéis eso? —Me miró con los ojos muy abiertos denotando su sorpresa.

—Claro que lo sabemos. Ahora queremos que nos cuente los detalles para saber en qué terminó aquella detención.

Alejandro se volvió hacia su hija, que le miraba con incredulidad.

—Todo lo hicimos por ti —le dijo al tiempo que posaba su mano sobre la de ella.

Blanca esquivó la caricia de su padre y le sostuvo la mirada unos instantes, antes de levantarse y dirigirse a la ventana. Allí se quedó, de espaldas a nosotros, mirando a través de los visillos el ajeteo de la calle.

Alejandro bajó los ojos sacudiendo la cabeza. Su espalda se encorvó aún más por el peso de la tristeza. El desaire de su hija había sido una puñalada en el corazón para él. Levantó de nuevo su mirada vidriosa y suspiró.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —respondí—. Quiero saber qué pasó el 9 de octubre y los posteriores. Quiero saber qué hicieron con ella.

—Yo no le hice nada. Juro por Dios que yo no le hice nada.

—Pero tampoco impidió que otros le hicieran.

—Nada estaba en mi mano. No participé y ni siquiera la volví a ver después de la visita que me hizo a mi despacho.

—Pero sabe lo que pasó, ¡cuéntelo de una vez!

Tragó saliva; noté que el cansancio empezaba a hacer mella en el anciano, pero no me importaba, no nos iríamos de allí sin respuestas.

—Amelia se presentó temprano en mi casa —comenzó a decir—. Cuando la chica de servicio abrió la puerta, ella se abalanzó y entró por la fuerza gritando: «¿Dónde está mi hija? ¡Devolvedme a mi hija!». Empezó a abrir todas las puertas de la casa buscándola.

—¿Llegó a verla?

—Sí. Fernanda, mi madre y Blanca estaban desayunando en el comedor cuando Amelia entró como una tromba. Se lanzó dispuesta a coger a la niña en sus brazos, pero mi madre se interpuso. La chica de servicio llamó a la policía y Fernanda entró en pánico, le dio una crisis nerviosa y cayó al suelo. Tuvieron que llamar a su médico por vía de urgencia. Entre la asistenta y mi madre lograron reducirla tras una pelea que le dejó a mi madre varios arañazos en la cara y algunos golpes. La policía no tardó en llegar y se la llevaron esposada.

—Y la llevaron a la comisaría donde Ricardo Fernández, su sobrino, era capitán.

—Sí, la llevaron allí.

—¿Por expreso deseo de Dolores de Haro?

—No lo sé. Tal vez fue casualidad o estaba más cerca.

—¡Y una mierda! —exclamó Luisa, que llevaba mucho rato callada—. No estaba más cerca. Acabó donde queríais que acabara.

—¡Por favor, Luisa! —le recriminó Manuel. Ella pasó los dedos por sus labios mostrando que los sellaba de nuevo.

Alejandro obvió la intervención de Luisa y continuó su relato, mirándome a mí y de vez en cuando a su hija, que le daba la espalda.

—Me llamaron por teléfono contándome el incidente. Cuando llegué a mi casa mi madre no estaba. Habían encerrado a la niña, que lloraba muy asustada por todo lo que había tenido que presenciar: los gritos, la pelea, la policía reduciendo contra el suelo a una desconocida que luchaba por llevársela de casa... La asistenta tenía orden de no abrir la puerta a nadie, y Fernanda estaba en el dormitorio acompañada de su médico, que le estaba dando un tranquilizante. Me quedé con mi hija en su cuarto hasta que se calmó y esperé a que llegara mi madre.

—¿Le contó que había ido a buscar a Ricardo?

—Sí, me lo contó y me dijo que él se haría cargo de Amelia y que nunca más volvería a molestarnos. Yo conocía a mi primo, sabía que eso no era bueno y quise hablar con él, pero no pude localizarle hasta el día siguiente. Fuimos a verle...

—¿Fueron? ¿Quiénes?

—Mi madre y yo.

—¿Su madre por qué?

—Porque ella controlaba absolutamente todo. De todas formas no me importó que viniera. Fuimos a casa de Ricardo y le pregunté por la situación de Amelia. Me dijo que estaba detenida y que aún no sabían qué determinaría el juez, si la meterían en prisión preventiva hasta el juicio o si le pedirían una fianza para que saliera en libertad con cargos. Yo le aseguré que no era una persona peligrosa, pero después de lo que había pasado, eso no era creíble.

—¿Le dijo Ricardo que solo la habían interrogado o que hubo algo más?

—¿Más?... No. La habían interrogado, pero ella insistía en que era la verdadera madre de la niña. Por supuesto no la creyeron.

—Y usted respiró aliviado.

—Sí... Respiré aliviado pero no me quedé tranquilo.

—¿Por qué?

—Por nada.

—Por nada, no. ¿Por qué no se quedó tranquilo?

El anciano carraspeó y bebió otro sorbo de agua.

—Porque... porque conocía a mi primo, por eso.

—Supongo que nadie pagó la fianza de Amelia. Tampoco usted, ¿verdad?

—Así es.

—¿Le dijo Ricardo dónde la llevaron? ¿A alguna prisión en concreto? ¿A algún lugar fuera de Madrid? ¿Qué hicieron con ella?

—No me dijo nada más, solo que él se había encargado, que no nos preocupáramos más por ella, que el asunto estaba controlado. No quise pensar, no quise saber. Seguí viviendo, nada más. Al fin y al cabo yo no tenía poder para hacer nada más, hubiera pasado lo que hubiera pasado.

—¿Y no cree que su madre continuó organizando, junto con Ricardo, un destino oscuro para

Amelia?

—No lo sé —dijo tras una pausa—. Tal vez. No puedo saberlo.

El tiempo había pasado más rápido de lo que creíamos. Pasaban de la una y media y la enfermera de Alejandro entró en la sala tras golpear varias veces la puerta con los nudillos.

—Disculpen —interrumpió la mujer—; es hora de que don Alejandro tome su almuerzo y sus medicinas.

En realidad no había mucho más que hablar. Alejandro Riquelme había confesado presuntamente todo aquello que conocía de la historia. No parecía que le quedara nada importante que contar.

Nos levantamos en silencio dispuestos a traspasar la puerta de la sala en dirección a la salida. Antes de que ninguno de nosotros pusiera un pie fuera, escuchamos la voz de Blanca, esta vez fuerte, ronca...

—¡Quiero encontrarla! ¿Me oyes, papá? La quiero viva o muerta. Nunca pensé que mi padre, al que tanto he querido, pudiera ser capaz de una canallada tan grande.

El anciano la miró un momento y se tapó la cara con las manos. Se escuchó un sollozo mientras sus hombros se convulsionaban. Volvió a mirar a su hija con los ojos enrojecidos y húmedos.

—¡Lo hice por ti, Blanca, solo por ti!

No quisimos escuchar más. Alejandro y su hija tenían mucho de qué hablar. Ninguno de nosotros dijo una palabra, nos limitamos a desfilarnos hacia la puerta de salida de la vivienda.

En el ascensor, los tres respiramos profundamente. Quedaba averiguar lo más duro: qué hicieron con Amelia desde que la lanzaron dentro de aquel calabozo. Nos aterraba saberlo, pero ninguno lo manifestó. Esa idea estaba dentro de nuestras mentes girando como un remolino, pero preferimos dejarla ahí, porque cualquier especulación sobre eso nos hacía daño.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Damián no estaba en el zaguán; sin embargo, no debía de hacer mucho que se había marchado, porque el suelo estaba húmedo. Observamos que debió de irse con mucha prisa, porque en algunos puntos estaba encharcado y sin enjuagar, sin el esmero con el que solía trabajar y que nosotras habíamos visto hasta ese momento.

Solo di dos pasos fuera del ascensor; mi tacón resbaló, mis pies se doblaron sin que pudiera retomar el equilibrio a tiempo, y mi cuerpo se estrelló contra el suelo en una caída estruendosa que me hizo gritar de dolor. Luisa y Manuel se lanzaron a recogerme antes de que mi espalda chocara con las baldosas pero fue inútil, mi velocidad de caída fue mayor.

La contusión de la espalda fue importante, pero el dolor que empecé a sentir desde el tobillo derecho hasta la rodilla fue aún más fuerte.

No podía caminar, ni siquiera podía ponerme de pie. Llamaron a una ambulancia que no tardó en llegar y nos fuimos hasta el Hospital de La Paz para que me atendieran por urgencias. Me sentí abochornada por el aparatoso trompazo y el espectáculo que había ofrecido a mis amigos.

Salimos de urgencias tardísimo. Tenía una contusión lumbar y un esguince de tobillo. El médico insistió en que debía guardar reposo absoluto durante al menos una semana, pie en alto, con analgésicos y antiinflamatorios, y otra semana de reposo moderado hasta que pudiera volver a caminar sin ayuda. Yo no podía conducir y Manuel se ofreció a llevarnos a Pedrezuela a pesar de lo avanzado de la hora.

Llamé a mi hijo y también a Roberto. En una semana tenía que empezar a trabajar y era imposible en mi estado. La vuelta al trabajo se aplazaba hasta el alta médica, esa era la parte menos mala. Lo que más me fastidiaba era que durante los siguientes quince días no podría continuar la búsqueda de Amelia, no me quedaba más remedio que dejarlo en manos de Manuel.

Sabía que yo no era imprescindible, pero de lo que se trataba era que yo seguiría tumbada con la pierna sobre un taburete mientras mis amigos continuaban la investigación. Me iba a morir de impaciencia esperando las noticias a través del teléfono en vez de estar metida en harina como a mí me hubiera gustado.

Por parte de Roberto no hubo problemas. Se trataba de una cuestión de salud, no había nada que hacer en ese sentido. Él ya había hecho planes y me había preparado algunos asuntos para que me hiciera cargo, pero eso tendría que esperar.

—No lo habrás hecho a propósito, ¿verdad? —bromeó Roberto cuando le di la mala noticia—. Seguro que te has tirado de cabeza para alargar las vacaciones.

—Vete a la mierda, Roberto. Estoy aquí, casi inmóvil y dolorida como un trasto viejo y tú te ríes de mí.

—¡Venga, mujer! —rió—, que es una broma. Ya sé que no te perderías por nada del mundo el ambiente que se ha quedado en la oficina después de la última trifulca con Enrique —y volvió a reír a carcajadas.

—Que bien me conoces, lo estoy deseando —mentí.

Guillermo se mostró mucho más preocupado. Imaginarse a su madre tirada por los suelos no era una idea que le hiciera ninguna gracia. Se empeñó en cogerse unos días libres y venirse a Madrid a por mí. Le insistí una y otra vez en que no necesitaba nada, que con Luisa estaba de maravilla y que en un par de días empezaría a caminar despacito; pero nada, mi hijo es mucho más cabezota que yo y eso es todo un récord.

—¿Y qué pasa con Irene? —le pregunté, preocupada por el embarazo de mi nuera.

—Nada, mamá. Irene está perfectamente, trabajando con normalidad. No está enferma, solo embarazada.

—Eso ya lo sé.

—Entonces deja ya de ponerme excusas, voy a ir al pueblo ese en el que te escondes y te traeré de nuevo a casa.

Siempre cumplía con lo que se proponía, así que era inútil seguir protestando; Guillermo vendría a por mí y yo no quería marcharme de allí todavía. Empecé a pensar en la forma de retenerle y alargar mi estancia en Pedrezuela hasta tener más perfilada la investigación.

Manuel ya se había puesto a ello desde que salimos de la casa de Alejandro Riquelme. Buscaría en los archivos más antiguos para conocer el destino que le habían dado tras la detención y el procedimiento que se había seguido con la detenida, según la policía «sin identificar», a pesar de que ella, con total seguridad, lo habría hecho ante la policía y ante el juez aunque no llevara encima su DNI, y a pesar también de que quienes la habían denunciado conocían no solo su nombre, sino también su domicilio; de hecho, eran ellos mismos quienes pagaban su alquiler.

Recordé a Pedro y consideré que debía continuar informándole de los avances que habíamos conseguido durante la entrevista con Alejandro Riquelme.

Fue Luisa quien le llamó y le puso al día, incluyendo mi desgraciada caída y el estado de semiinvalidez en el que me encontraba en aquellos momentos.

—Pedro tiene muchas ganas de vernos —dijo mi amiga al colgar.

—¿Cómo está él?

—Me ha dicho que está bien, pero aburrido. Se alegra mucho de todo lo que hemos hecho en la búsqueda de Amelia, pero se ha preocupado por ti cuando le he contado lo de tu accidente.

—Es una auténtica lata estar aquí postrada, Luisa, yo tendría que estar haciendo cosas ahora mismo.

—¿Qué cosas? No seas boba, sigues de vacaciones y punto. Ya nos encargaremos los demás, ahora aprovecha para descansar y reponerte.

—Mi hijo llegará mañana —recordé.

—Me parece estupendo —celebró Luisa—, mira por dónde, voy a tener ocasión de conocerle. Me encanta tener gente en casa.

Realmente, Luisa tenía el semblante alegre. Hacía varios meses que no veía a sus hijos y, a pesar de que la vida en aquel pueblo era relajante para ella, mi llegada y todo lo que había supuesto remover el pasado y empeñarnos en encontrar el paradero de su hermana, había dado un giro de ciento ochenta grados a su tranquila vida de jubilada. Parecía que el cuidado de aquel jardín primoroso, que había creado con sus propias manos, ya no era suficiente. Su vida de elegida soledad había pasado a la historia, y había descubierto de nuevo el placer de la vida compartida y la emoción de descubrir otras actividades.

La búsqueda de Amelia también había supuesto para ella la posibilidad de cerrar una herida abierta que nunca había dejado de sangrar aunque estuviera tapada por el tiempo.

GUILLERMO

Mi coche había quedado aparcado en Madrid y sacarlo me iba a salir por un ojo de la cara, pero es lo que había. Guillermo llegó en el autobús, Luisa le había dado todas las indicaciones. Había un horario fluido desde Plaza Castilla y Guillermo llegó pasado el mediodía.

Luisa había salido a recibirle para conducirlo hasta su casa. Aunque no le había visto nunca no fue difícil saber quién era él; en el pueblo se conocía casi todo el mundo, y un muchacho joven y alto, con cara de despiste, saliendo del autobús y mirando hacia todas partes, era perfectamente identificable.

Ambos caminaron con una charla animada desde la parada del autobús hasta el chalet de Luisa. El trayecto era largo yendo a pie, pero los dos estaban en muy buena forma y no tardaron mucho en regresar.

Les vi pasar a través del ventanal del salón y escuché a Guillermo admirar la espléndida rosaleda que se ofrecía a sus ojos al tiempo que Luisa abría la puerta.

Cuando entró a la casa dejó su bolsa de viaje en el suelo y corrió a abrazarme. Mis brazos también se abrieron para recibirle.

—¡Joder, mamá! Cuánto siento lo que te ha pasado. ¿Te duele mucho?

—¡Qué va! —respondí quitando hierro a mis lesiones—, solo cuando me río.

Me llamó boba y me besó varias veces antes de apartarse de mí. Luisa había dejado preparado un sabroso guiso y corrió a preparar la mesa para que Guillermo se repusiera del cansancio del viaje. Estaba encantada de tenerle allí, en su casa, y no paró de hacerle preguntas durante la comida.

Cuando miro a mi hijo me parece mentira que el tiempo haya pasado tan rápido. Recuerdo cuando conocí a su padre y ni siquiera pensaba en que él, lo mejor de mi vida, llegaría pocos años después.

A Guillermo le resultó difícil asumir nuestra separación. Era solo un adolescente, un niño con ortodoncia y acné, cuando tomamos la dura decisión de romper nuestra relación matrimonial. Nunca nos fue demasiado bien. Ni siquiera sé por qué me enamoré de Félix. Aparte de su gran atractivo físico, no tenía mucho más que yo pudiera valorar como positivo. Un intelectual que me miraba por encima del hombro como si yo no valiera nada; eso nos llevaba a continuas discusiones. Siempre me rebelé ante su despotismo y él nunca aguantó que yo le plantara cara. En realidad consideraba que debía rendirme ante su superioridad.

A los pocos meses de separarnos ya tenía una nueva novia. A mí no me extrañó, Félix es un hombre que a pesar de su edad sigue siendo atractivo y con una labia que funde cualquier cerebro, y si es una mujer joven, con mucha más efectividad. Conozco sus métodos de seducción y doy fe de que son efectivos. Conmigo lo fueron.

Guillermo nunca se llevó demasiado bien con su padre. Le exigía un comportamiento de hombre duro y seguro de sí mismo, un calco de él mismo que el chico no quería copiar. Nunca valoró, igual que conmigo, la sensibilidad y la capacidad humana de su hijo. Félix se empeñaba en que yo influía demasiado en el carácter de Guillermo, y decía que de esa manera le ponía palos en las ruedas de su futuro. No sé qué tipo de futuro imaginaba mi marido para nuestro hijo, pero creo que el resultado llegó a ser extraordinario. Pasado el tiempo tuvo que reconocerlo. Siempre fue un

niño sociable, empático y estudioso, siempre dispuesto a ayudar a los demás, y jamás le faltaron amigos.

Ahí estaba el resultado. Le miraba mientras le veía charlar con Luisa y la sonrisa se me dibujaba sin pretenderlo. Una sonrisa de madre orgullosa: ese era mi hijo. Su carrera de matemático la sacó con excelentes notas, pero no solo se perdía en un mundo de números: Guillermo escribía cuentos, historias que bullían dentro de su cabeza, y las plasmaba con maestría sobre el papel. Nada que ver con su padre. Para Félix los números no eran nada si no se podían ingresar en una cuenta corriente, y en cuanto a la literatura, tonterías, romanticismos que no llevaban a ninguna parte y no daban de comer.

Guillermo era profesor de Secundaria y ejercía en un instituto público de barrio. Le gustaba su trabajo y le gustaban los niños. Pronto sería padre, eso era algo que esperaba con emoción.

—¿Y tu mujer? —le preguntaba Luisa—. ¿La has dejado sola en su estado?

—En realidad no estamos casados.

—Da igual, como si lo estuvierais.

—Irene está perfectamente y no me necesita tanto, al menos mientras el bebé no llegue; después será una tarea de los dos.

—Guillermo está preparando su tesis doctoral —me apresuré a informar.

—¿Una tesis doctoral? Qué interesante —estimó Luisa—. ¿Sobre qué es?

Guillermo me miró con cierto reproche.

—Es un proyecto de investigación sobre la Conjetura de Feichtinger —declaró.

—¿Sobre quéee...?

La cara de Luisa se transformó en un gesto de extrañeza tal, que no pudimos contener la risa.

—No le preguntes, Luisa —exclamé divertida—. A mí me lo ha intentado explicar cien veces y no entiendo nada, ni falta que me hace. Un rollo patatero que no hay dios que lo comprenda.

—Bueno, es algo complicado, pero no para un matemático —se disculpó Guille encogiendo los hombros.

La sobremesa transcurría entretenida cuando la música de mi móvil empezó a sonar dentro de mi bolso. Guille se apresuró a acercármelo. El nombre de Manuel podía leerse en la pantalla iluminada.

—Buenas tardes, Mati —saludó—. ¿Ha llegado ya tu hijo?

—Sí, aquí le tengo. Y tú, ¿qué tal? ¿Tienes ya el permiso para ver los informes de la detención de Amelia?

—Aún no, pero me han asegurado que mañana lo tendré. ¿Alguna de vosotras quiere venir conmigo? Necesitaré ayuda... bueno, perdona, tú desde luego que no.

—Y no sabes la rabia que me da, Manuel. Me muerdo de ganas. Espera que se lo pregunte a Luisa, tal vez ella quiera acompañarte.

—¡Ni hablar! —soltó Luisa mientras recogía la mesa—. Yo me quedo aquí contigo, nadie te va a cuidar mejor que yo.

—¿La has oído?

—Alto y claro —rio Manuel.

—Se me ocurre una cosa —aventuré—: Guillermo tiene que recoger mi coche en el aparcamiento donde lo dejamos antes del accidente. ¿Y si le acompañas tú a buscar el coche y él te ayuda con lo que tengas que hacer?

Guillermo se me quedó mirando con los ojos como platos, pero no rehistó.

—A mí me parece una buena idea —confirmó Manuel—. Supongo que vendrá en autobús.

Dime a qué hora llega y le recogeré. Si es posible, que venga en el primero de la mañana.

—Muy bien, te mando una foto suya por wasap para que le reconozcas. Es un chico muy guapo.

—No lo dudo, seguro que se parece mucho a ti.

Le envié la foto y ambos acordaron la hora en la que Manuel recogería a mi hijo al día siguiente. Sacarían mi coche del *parking* donde lo dejé la mañana de mi fatal resbalón y acudirían con él al archivo general del ministerio del Interior. El permiso que Manuel esperaba para poder inspeccionar el expediente personal de la reclusa «sin identificar» detenida el 9 de noviembre de 1965 estaría listo a primera hora, según los contactos de Manuel.

Una vez que Guille hubo acabado su conversación telefónica con Manuel, Luisa volvió al ataque y continuó su interrogatorio.

—¿Y para cuándo llegará el bebé, Guillermo?

—Para agosto.

—¡Uy! Mal mes en Alicante, ¿no? Demasiado calor.

—Lo llevaremos lo mejor posible con aire acondicionado.

—¿Y cómo os conocisteis?

La paciencia de Guillermo era infinita. Respondía a las preguntas de Luisa con calma y sin desdibujar la sonrisa amable de sus labios. Yo seguía viéndole como siempre: frágil por dentro y fuerte por fuera.

Dormí bien aquella noche. Saber que mi hijo dormía en la habitación de al lado me aportaba seguridad, no porque creyera que él me podría salvar de algún peligro, sino porque sentía que lo tenía todo en mi vida. Y en realidad lo tenía todo. Me sentí consciente de mi plenitud, de mi felicidad, y me pregunté cuál era la razón por la que unos seres llegamos a ser felices y otros jamás lo consiguen, teniendo los mismos méritos o deméritos que los demás.

Luego tuve unos momentos de tristeza. Ese planteamiento me llevó a pensar en Amelia. Me puse en su lugar, traté de imaginarme la soledad y el desconcierto, la desesperación y el dolor de los golpes... nadie la ayudó. La ignoraron, herida, destrozada por dentro y por fuera, lejos de quienes la amaban, aislada del mundo exterior, tal vez sumida en la locura.

Suspiré consciente de mi impotencia. Pronto conoceríamos el destino que la familia Riquelme de Haro había decidido darle para hundirla en el olvido más atroz. Pronto sabríamos qué fue de ella, de mi querida Amelia, a la que jamás se le permitió ser feliz.

* * *

Aún no había suficiente luz en el jardín, pero escuché el chirrido de la puerta del dormitorio donde descansaba mi hijo. Se había levantado pronto para meterse en la ducha y desayunar algo antes de ponerse en camino hacia la parada del autobús que le conduciría a Madrid. Había un buen trecho que caminar desde la casa de Luisa, y él había calculado escrupulosamente el tiempo para llegar antes de que su transporte se pusiera en marcha.

Llegó puntual, como puntual fue Manuel para no perder su costumbre. Ambos hombres se estrecharon las manos y fueron directos en busca de mi vehículo, que descansaba en el *parking*.

El detective ya tenía la comunicación del permiso que esperaba para inspeccionar las cajas correspondientes a los años 1965 y 1966 de la dirección general de Política Interior. En total eran 245 cajas, entre las que tendrían que encontrar los documentos referentes a la detención de Amelia. La dificultad estribaba en que, según nuestras sospechas, a pesar de conocer su nombre y dirección, la maldad de Dolores de Haro y su sobrino Ricardo les había inducido a registrarla

como «indocumentada», no dándole probablemente la posibilidad de poner su nombre. Estaba claro que su intención era hacerla desaparecer de cualquier manera, a toda costa, y la falta de identidad era la más eficaz y cruel forma de conseguirlo.

Manuel condujo hasta el lugar donde ambos debían pasar la mañana buscando para encontrar el rastro de Amelia.

Entre todo aquel arsenal de cajas y de expedientes, decidieron apartar directamente los que correspondían a varones, mucho más numerosos. Se quedaron con veinte cajas y empezaron su trabajo.

Encontraron su rastro, claro que sí. Fotografiaron con el móvil las fotos de la mujer detenida. Se parecía a ella, pero ni Guillermo ni Manuel quisieron enseñarnos aquellas imágenes cuando volvieron a Pedrezuela. El estado lamentable de Amelia tras la detención, casi no permitía reconocerla. Eso argumentaron para no mostrarnos las fotografías.

—Cuéntamelo todo, por favor —suplicaba Luisa a Manuel en cuanto traspasaron la puerta.

—Te lo contaré, pero quiero que te sientes y estés tranquila —le aconsejó Manuel.

Ella se sentó en el sofá con la angustia reflejada en la cara. Sabía que el relato que iba a escuchar le iba a hacer mucho daño. Respiró hondo y asintió con la cabeza sin apartar ni un momento sus ojos de los del detective.

—Tras varios días en los calabozos de la comisaría, nadie pagó una fianza por su libertad, pues nadie sabía, a excepción de la familia de Alejandro Riquelme, que estaba detenida y sola —comenzó Manuel—. Acusada de intento de secuestro y agresiones, abusada y golpeada hasta el desmayo, Amelia fue conducida a la prisión de la Trinidad, un centro penitenciario para mujeres en Barcelona, en el que estuvo en prisión provisional durante más de cuatro años sin que nadie se preocupara por ella. Su situación se consideraba casi al mismo nivel que un delito de terrorismo, y el trato salvaje al que fue sometida hizo mella también en su mente, deteriorándola hasta el punto de perder la noción de la realidad.

—¿Cómo sabes ese detalle?

—Porque todo eso figura en el expediente personal de Amelia. Los informes médicos también se recogen mientras un recluso está encarcelado.

—De acuerdo, sigue.

—Después de ese tiempo sus problemas de salud empeoraron, haciéndole perder casi totalmente la visión de ambos ojos. Varias enfermedades, adquiridas por la falta de higiene en las celdas masificadas, la llevaron en varias ocasiones al hospital, pero una vez medianamente repuesta la devolvían de nuevo a su celda.

—¿Es que no hubo juicio? —pregunté con preocupación.

—Sí. Se celebró un juicio similar a un teatro de títeres. Su abogado de oficio al parecer tenía mucha prisa el día en el que Amelia comparecía ante el juez para defender su causa. Apenas duró media hora, y a falta de testigos que respaldaran la versión de la reclusa, Amelia fue condenada a diez años de prisión.

—¡Dios mío! —Luisa no pudo contener las lágrimas.

—¿Por qué no se puso en contacto con alguien, no sé, de alguna manera? —pregunté con el corazón en un puño.

—A Amelia nunca se le dio la oportunidad de hacerlo. Desde que la detuvieron estaba señalada como una delincuente muy peligrosa. Le pusieron un número y ese pasó a ser su nombre: Reclusa 4534. Hasta ella misma empezó a llamarse a sí misma «4534» al cabo de los años. Me imagino que había perdido toda esperanza primero y la razón después.

—No me puedo creer que esto se le pueda hacer a un ser humano —protesté dolida.

Guillermo me abrazó y suspiró. Desde que había llegado de Madrid junto con Manuel, no había despegado los labios. Estaba impresionado por lo que habían encontrado en aquellos archivos. Guillermo nunca había visto un drama semejante. Nada que le rozara la piel como aquella historia.

Todo lo que vemos, lo que nos cuentan a diario en las noticias o en los relatos de otros, parece lejano, como si no nos fuera a tocar nunca. «Esas cosas les pasan a los demás, pero nunca a mí». Eso es lo que creemos, o lo que queremos creer hasta que la desgracia nos pasa por el costado y sentimos el frío de saber que no somos inmunes, que el Universo no nos considera especiales, sino iguales y perfectamente elegibles para experimentar el agujón del dolor, de la injusticia, de la ignominia clavándonos en mitad de la vida.

La visión de las fotos que nunca nos quisieron enseñar a Luisa y a mí, había dejado una impresión gris y aterradora en la mente de Guillermo. Él había visto las fotos que mi amiga y yo le habíamos enseñado de Amelia en sus años de felicidad, cuando esperaba todo del futuro; después la vio en aquellas imágenes de frente y de perfil, despeinada, con la cara sucia, hinchada y amoratada; la expresión de espanto en sus ojos, de terror y de incertidumbre, sin saber hacia dónde caminarían sus huesos.

No hacía falta adivinar mucho sobre las sensaciones que sacudieron a aquella mujer inocente durante los días de encierro en el calabozo, durante los años de encierro en una cárcel de una ciudad desconocida para ella; el aislamiento, los malos tratos, la compañía casi nunca armoniosa de otras mujeres, culpables e inocentes tal vez a partes iguales, con el mismo miedo que ella, sin vislumbrar un rayo de luz que les diera esperanza.

También Guillermo lloró con nosotras.

DE NUEVO AMELIA

Amaneció una mañana gris y lluviosa. El viento sacudía las ramas de los árboles del huerto y arrancaba los pétalos de las rosas. El invierno, en todo su apogeo, mostraba su fuerza, y el aguacero caía sin descanso sobre la tierra empapándolo todo, uniéndose a nosotras como un llanto celestial.

Luisa y Guillermo aún no habían bajado a desayunar y yo, sin atisbo de sueño, me mantenía allí sentada, observando los hilillos de agua que el viento hacía zigzaguear en el cristal de la ventana.

Manuel nos había contado la tarde anterior todo lo que había podido averiguar sobre la cárcel de mujeres de Barcelona «la Trinidad». Su relato nos había dejado un sabor amargo y una tristeza absoluta.

Relató que en esa institución llegaban a convivir hasta quince reclusas por celda, muchas de ellas enfermas. Una orden seglar especializada en la evangelización y reeducación de las reclusas, las Cruzadas Evangélicas, creada en plena Guerra Civil por un sacerdote, el padre Doroteo Hernández, era la encargada de desempeñar su misión en esa prisión durante las décadas de los años sesenta y setenta.

A las Cruzadas se les otorgó completa autonomía para su cometido, sometiendo a las reclusas a una disciplina extrema, a recibir obligatoriamente lecciones de «moralidad» y a trabajar en régimen de explotación en los talleres de la cárcel.

—¿Salió alguna vez de la cárcel? —le había preguntado yo a Manuel.

—Todo indica que sí —respondió él—, aunque no llegó a cumplir la condena completa. La legislación del régimen permitía mantener a un reo en prisión provisional hasta la mitad de la pena prevista y hasta la celebración del juicio, de eso no se pudo librar; pero su salud física y mental, la ceguera, que llegó a ser completa, y el buen comportamiento, le permitieron salir en 1973.

—¿Dónde fue? —inquirió Luisa con apremio.

—Se hizo cargo de ella una institución benéfica, Cáritas, según pone en el expediente, pero aún no sé hacia qué destino. Tengo que ponerme en contacto con ellos. Lo averiguaré, tiene que haber algún registro, algún lugar donde guarden la memoria de ese tiempo.

Manuel se había ido y nos había dejado con el alma rota. Nadie tuvo ganas de hacer más y dejamos para la siguiente mañana la obligada llamada a Blanca.

Miré mi reloj, eran más de las ocho y media, y escuché pasos bajando la escalera. Luisa apareció forzando una sonrisa.

—Buenos días, Mati. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Buenos días. Me encuentro bastante bien. Mira, apoyada en la muleta puedo caminar perfectamente.

—No fuerces el pie demasiado —me aconsejó—; debes dejar que se cure totalmente. Hazle caso al médico y siéntate con el pie en alto. ¿Te hago un café?

—Ya he tomado, no te preocupes por mí.

—¿Has llamado a Blanca? —preguntó de espaldas a mí, mientras encendía el fuego.

—No. Aún no. Es muy temprano. Pensaba hacerlo a partir de las nueve. ¿Se ha despertado Guille?

—Creo que está en la ducha.

El desapacible día no invitaba a salir. Llamé a Blanca por teléfono y le fui relatando con detalle toda la información que Manuel y Guillermo habían conseguido sacar el día anterior de los archivos generales del ministerio.

—Conozco personalmente al director de Cáritas en Madrid —se apresuró a decir—; es muy amigo de mi marido. ¿Crees que puedo ayudar a Manuel a averiguar dónde llevaron a mi madre desde la prisión de Barcelona?

—No lo sé, pero creo que es una buena idea que te pongas en contacto con Manuel y se lo digas. Supongo que eso facilitará las cosas en la medida en que sea posible. ¿Tienes su teléfono?

—Sí, lo tengo. Le llamo inmediatamente.

Durante el resto del día solo pudimos esperar y ver caer la lluvia. Nos entretuvimos jugando a juegos de mesa, y con Moro, junto a la chimenea, especialmente contento por recibir tanta atención.

Procuramos mantener la mente ocupada para no caer en la impaciencia. Hablamos con Irene por teléfono para asegurarnos de que se encontraba bien. Guillermo se empeñaba en que nos marcháramos a Alicante al día siguiente, pero yo le dejé claro que no iría a ninguna parte mientras pudiera seguir de cerca la búsqueda de Amelia. En un par de días podría caminar sin muleta aunque sin forzar el pie, y estaba dispuesta a volver a irme con Manuel a donde fuera necesario. Al final le convencí para esperar unos días más, ya que Irene incluso me apoyó en mi decisión. Luisa también habló largo y tendido con sus hijos, los cuales se mostraron muy preocupados por el cariz que había tomado la investigación. Les inquietaban sobre todo los ánimos de su madre, tan afectada por todo aquello pero tan segura de querer continuar hasta el final.

En cuanto a Blanca, me dejó traslucir que había sentido una dolorosa fractura en la relación de su padre. A pesar de que seguía queriéndole, algo había pasado desde que se enteró de aquella tenebrosa historia. No estaba dispuesta a perdonar sin más. La había privado de su madre, de su auténtica madre. La que le proporcionaron entre él y su abuela Dolores nunca se comportó como madre, lo que espera cualquier niña de su madre. No había sentido su calor, su cariño, sus cuidados... Siempre había sido huérfana, ese había sido su sentimiento desde que recordaba. El suicidio de Fernanda fue una tragedia difícil de llevar; se sintió culpable, como si la causa hubiera sido ella, y, siendo tan joven cuando aquello pasó, se le quedó en el alma la convicción de que la que creyó su madre, Fernanda, no había encontrado en ella la hija perfecta que al parecer debía ser. Ese era uno de los traumas que Blanca arrastraba desde niña.

Alejandro Riquelme no se encontraba bien, eso me dijo Blanca, aunque ya lo sabía. Quiso insistir en que había empeorado de sus dolencias, algo que también esperaba. Lo peor fue sentir que no me importaba en absoluto, que no me dolía su dolor. Alejandro fue un cobarde que había dejado pudrirse en el olvido a una mujer buena que solo quería recuperar a su hija. Me daba igual su empeoramiento; por mí podía irse al infierno directamente.

Fue un día de mucho teléfono. Quién me preocupaba de verdad era Pedro. Aquel día gris, en medio de una soledad no deseada, debía de ser de lo peor para él. Le llamé. Se alegró tanto de hablar conmigo que me arrancó la primera sonrisa sincera de la mañana.

Le conté todo, igual que había hecho media hora antes con Blanca, y pude notar cómo cambiaba su voz de la alegría a la tristeza, de la risa al llanto. No paraba de repetir: «¡Nadie la buscó, nadie la buscó!». Mi pobre Pedro, otro ser injustamente tratado por la vida. Si alguien nos hubiera jurado medio siglo atrás que íbamos a ser tan amigos, y que nos íbamos a apreciar tanto, no lo hubiéramos creído. Así es nuestra existencia, una caja de sorpresas que no para de asombrarnos en cada recodo de nuestra vida, para bien y para mal.

* * *

Pasaron unos días, el temporal se había calmado y el tiempo empezaba a prepararse para la primavera. Guillermo había decidido marcharse con la promesa de que volvería a buscarme. Manuel me llamó pasado el mediodía, cuando Luisa y yo estábamos a punto de sentarnos a la mesa.

—He trabajado sin descanso, Mati —me dijo nada más descolgar el teléfono.

—De eso estoy segura —respondí—, pero, ¿a qué viene esto? ¿Acaso la has encontrado?

—Sí —contestó tras un segundo de pausa.

—¿Está muerta? —me arriesgué a preguntar temiendo la respuesta.

—No.

El corazón me dio un vuelco y esperé sin hablar hasta que Manuel continuara informándome de sus pesquisas. Miré de reojo a Luisa, que estaba atareada sacando del horno el asado; aún no se había enterado de que era Manuel quien estaba al otro lado del teléfono.

—Después de años de un lugar a otro —continuó Manuel—, acabó en un hogar de Cáritas en Cuenca; y si no me han informado mal, allí sigue.

—¿Desde cuándo?

—Desde 1992.

—¡Dios mío!

Me volví hacia Luisa y ella dejó caer los cubiertos sobre el mantel. Mi expresión hizo que sus manos comenzaran a temblar.

—¿Es Manuel?

—Sí.

—¿La ha encontrado?

—Sí, Luisa, la ha encontrado.

—¿Dónde, dónde está?

Me quitó el móvil de las manos y se sentó a mi lado interrogando a Manuel, que estaba tan nervioso como nosotras.

—Manuel, ¿dónde está mi hermana?

—Está en una residencia de Cuenca, se llama San Vicente de Paúl.

—¿Nos vamos ya?

—Tranquilízate, Luisa, por favor. Vamos a ir, claro que sí, pero tenemos que organizar todo lo mejor posible; además hay que hablar con Blanca, ella también está pendiente de mis noticias.

—De acuerdo, habla con ella, que me llame. Mañana mismo nos ponemos en camino, ¿vendrás tú también?

—Claro que sí. No me perdería esto por nada del mundo. Prepara toda la documentación que puedas sobre ella, lo que tengas. Es por si nos exigen papeleo, ya sabes. Aunque el amigo de Blanca me ha prometido facilitarnos las cosas al máximo.

Blanca corrió aquella noche a contar a su padre la buena noticia. La emoción hizo que su enfado con él se disipara. Iba a conocer por fin a su madre, aunque ella, Amelia, solo podría tocar su cara y creer lo que todos le diríamos: que esa era su hija.

Alejandro Riquelme recibió la noticia en silencio; pasó el día mirando por la ventana sentado en su sillón. Murió aquella misma noche. Nadie se dio cuenta hasta la mañana siguiente, cuando su enfermera quiso despertarle para hacerle tomar su medicación. Quién sabe si murió en paz o no,

quién sabe si los remordimientos le arrastraron a la sima profunda de la muerte o si cayó sin más, sin plantearse siquiera el perdón de Amelia y el de su hija. Posiblemente nada tuvo que ver la noticia del hallazgo de Amelia, perdida durante medio siglo entre la soledad y el olvido. Tal vez, solo le tocaba morir ese día.

Sí, fue un mal día para morir. Blanca tuvo que elegir entre desplazarse con nosotras a Cuenca, al encuentro con su madre, o quedarse a velar el cadáver de su padre. Eligió venir y pocos lo entendieron. Decidió viajar toda la noche de vuelta para asistir al funeral, una vez que hubo visto y abrazado a Amelia.

* * *

La llegada a la institución en la que se encontraba Amelia fue emocionante. Nos hicieron esperar durante un buen rato hasta que una enfermera la sacó sentada en una silla de ruedas.

A Amelia la conocía todo el personal que trabajaba en aquel lugar. Llegaban y se marchaban y ella continuaba allí, como parte del mobiliario. La llamaban por su nombre porque ella había insistido en que ese era su nombre, no recordaba sus apellidos y ningún otro nombre excepto ese y el de «reclusa 4534».

Las dos personas que llevaban más tiempo allí nos dijeron que la recordaban en muy mal estado cuando llegó. Su delgadez, su desaliño, su ánimo alterado casi llegando a la demencia... Había llegado ya completamente ciega y reaccionaba a los ruidos fuertes, aunque solo fueran producidos por el viento, haciéndose un ovillo, temiendo un golpe sobre su cuerpo, gimiendo de miedo y protegiéndose la cabeza con los brazos. Hubo de pasar bastante tiempo hasta que su relación con el resto de internas, y con el personal que cuidaba de ella, se normalizara. Entonces empezó a tener episodios de lucidez mezclados con otros que no lo eran.

Supimos que era ella porque la enfermera enfiló la silla de ruedas directamente hacia nosotras. Me temblaban las piernas cuando me levanté; no solo porque mi tobillo aún no estaba totalmente recuperado, sino porque al verla, al comparar mis recuerdos de ella con la imagen que se me mostraba en aquel momento, sentí que mi alma entera se hundía.

No había brillo en su mirada, una mirada inexistente, perdida en la nada. Su cabello blanco y recortado enmarcaba un rostro lleno de arrugas; en cambio mostraba una sonrisa amable, confiada, relajada.

Le habían dicho que por fin habían encontrado a su hermana y a su hija. No sabemos hasta qué punto comprendió lo que aquello significaba, pero desde luego debió de intuir que era algo bueno y lo reflejaba en aquella sonrisa, como un niño que espera encontrar el juguete de sus sueños al romper el envoltorio de un regalo.

Luisa rompió a llorar y se inclinó para abrazarla y besarla mil veces. Le repetía: «Soy tu hermana, soy Luisa, ¿me recuerdas? Dime que me recuerdas, por favor». La miraba y volvía a repetir lo mismo entre achuchones y besos.

Blanca esperaba su turno con la impaciencia reflejada en los ojos. Manuel y yo nos manteníamos un poco más alejados, conscientes de nuestro papel secundario en la escena.

Cuando Luisa decidió dar paso a Blanca, y antes de que esta se aproximara a su hermana, acercó su boca junto al oído de su sobrina y le susurró: «No le digas que eres Blanca, ella no conoce ese nombre. Para tu madre te llamas Amelia, igual que ella. Ese es el nombre que figura sobre tu lápida y el único que puede recordar».

Blanca no hizo ningún comentario. Se agachó junto a la silla de ruedas y cogió las manos de Amelia con ternura.

—Mamá —dijo casi en un susurro—, soy Amelia, tu hija.

La anciana palpó despacio la cara de Blanca, acarició su pelo.

—No, mi niña es muy pequeñita.

—He crecido, mamá, ha pasado mucho tiempo —la voz de Blanca se quebró.

—Amelia, tienes una hija muy guapa —intervino la enfermera tratando de distender aquel momento de emoción—. Ha venido a buscarte, estarás contenta, ¿verdad?

Amelia asentía sonriente sin soltar la mano de Blanca. Los años de sufrimiento habían acabado. Nadie sabe cómo pudo sobrevivir al infierno que fue su vida, pero allí estaba, anciana y ciega, pero viva.

Tuve una idea, saqué mi móvil y busqué en Internet hasta encontrar lo que quería. Era una canción de las favoritas de Amelia. Subí el volumen y la voz de la Piquer comenzó a sonar en medio de las notas de *Ojos verdes*. La cara de Amelia se transformó, abrió los ojos como si pudieran ver y coreó las estrofas casi como yo la recordaba cantar:

*Ojos verdes, verdes como la albahaca,
Verdes como el trigo verde,
Y el verde, verde limón.*

Era ella, sin duda. Mi dulce Amelia, la que me acariciaba el cabello mientras me lo trenzaba, la que me cantaba en mi niñez y me llenaba de alegría con su música, con aquellas cien canciones que llegué a aprender enteras a su lado.

Aquella noche, Blanca volvió a Madrid para asistir al funeral de su padre al día siguiente. Nosotras nos quedamos en Cuenca un día más, mientras se cerraban los preparativos del traslado.

Estimamos entre todas que la mejor opción era la casa de Luisa; allí estaría siempre bien atendida, en la tranquilidad de aquel pueblo tan cerca de Madrid; Blanca y sus hijos podrían visitarla a menudo, igual que Pedro, que no quiso venir a conocer el mar aquella primavera para poder estar más cerca de su eterno amor: Amelia. Ella ya no podía ver sus cicatrices, su párpado pegado sobre una cuenca vacía. Solo podía escuchar su voz, sentir cómo le acariciaba la cara y las manos dando rienda suelta a todo el amor acumulado y pendiente de expresar de aquel hombre durante años de desesperanza.

Encontrarla fue una fiesta. Ella había logrado unirnos a todos a su alrededor. Un grupo de personas que no se hubieran conocido jamás sin el nexo común de la búsqueda de aquella mujer. Una amistad que nos uniría para siempre a todos nosotros, el mejor regalo que un ser humano puede hacerle a otro.

Amelia incluso mejoró su perdida memoria tras los primeros meses de convivencia con su hermana Luisa, incluso se acordaba de mí en algunos momentos, y juntas cantábamos sus canciones favoritas. Su voz no se había perdido del todo.

Los hijos y nietos de Luisa y de Amelia hicieron más posible aún que la alegría volviera a su vida, algo que hacía mucho que no esperaba. La risa de los niños, Moro apoyando el hocico sobre su falda mientras ella le acariciaba la cabeza, la brisa despeinando sus canas en medio de un jardín lleno de rosas envolviéndola en su fragancia. El mundo cambió para Amelia y el miedo dio paso a la esperanza, el dolor dejó de existir y la felicidad llegó por fin a tiempo en los últimos años de su existencia.

Han pasado cinco años desde entonces. Cinco años que se nos han pasado volando, demasiado deprisa.

Esta mañana recibí un mensaje: *Amelia ha muerto*. Murió tranquila, después de dos días ingresada en el hospital, acompañada de su hija y de su hermana. Murió feliz, como debió vivir y no se lo permitieron.

Por eso escribo su historia, para que no se pierda su memoria, para que nunca se olvide a las miles de Amelias que quedaron enterradas en la oscuridad del tiempo, perdidas en los recovecos de la historia sin que nadie las mirara siquiera, y que ya nadie recuerda. Almas anónimas que murieron pidiendo justicia, esperando el espacio que les correspondía en la vida y que nunca llegó.

Ahora cierro estas páginas. Amelia ha muerto y yo tengo un largo camino de viaje para despedirme de ella hasta que nos encontremos de nuevo, quién sabe, en algún lugar.